



M 6
34-b
BIBLIOTECA NAZIONALE VITTORIO EMANUELE
6
11 I
19



VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO CABALLERO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA,

COMPUESTA

Por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

Corregida, é ilustrada con varias Láminas finas, y la vida del Autor.

PARTE II. TOMO IV.



MADRID. MDCCLXXI.

Por D. JOACHIN DE IBARRA, Impresor de Cámara de S.M.

Con las Licencias necesarias.

A costa de la Real Compañia de Impresores, y Libreros del Reyno.



INDICE

De los Capítulos que en este Tomo se contienen.

tu-



y

CAP.

sas

SE-

SEGUNDA PARTE
DE LA VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.



CAPITULO XCII.

Donde Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia.

De qualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba D. Quixote; y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de D. Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda (dixo Sancho). Claro está (respondió Trifaldin),



que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Yá se ha visto, señor escudero (replicó Sancho), enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y pareciame á mí que estaba la Reyna Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian; y no fue tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Quando se huviera casado esta señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haverse casado con un Caballero tan gentilhombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi Señor, que está presente, y no me dexará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los Caballeros (y mas si son Andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes, Sancho (dixo D. Quixote), porque un Caballero Andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor señor

ñor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo de esta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo (respondió la Condesa), y tan amargo, que en su comparacion son dulces las rudas, y sabrosas las adelfas. Muerta, pues, la Reyna, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vase, quando (*quis talia fando temperet à lacrymis*?) puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reyna el Gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel, era encantador; el qual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de D. Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dexó encantados sobre la misma sepultura: á ella convertida en una xîmia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos está un padron, asimismo de metal, y en él escritas en lengua Siriaca unas letras, que haviéndose declarado en la Candayesca, y ahora en la Castellana, en-

cierran esta sentencia : No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura. Hecho esto, sacó de la vayna un ancho, y desmesurado alfange; y asiéndome á mí por los cabellos, hizo finca de querer segarme la gola, y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo estremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora, y doliente le dixe tantas, y tales cosas, que le hicieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traher ante sí todas las Dueñas de Palacio, que fueron estas, que están presentes; y despues de haver exâgerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las Dueñas, sus malas mañas, y peores trazas; y cargando á todas la culpa, que yo sola tenia, dixo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil, y continua; y en aquel mismo momento, y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que

se

se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis. Y luego la Dolorida, y las demás Dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarrazadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque, y la Duquesa, pasmados D. Quixote, y Sancho, y atónitos todos los presentes; y Trifaldi prosiguió: De esta manera nos castigó aquel malintencionado Malambruno, cubriendo la blandura de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, que pluguiera al cielo, que ántes con su desmesurado alfange nos huviera derribado las testas, que no que nos asombrára la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre. Porque si entramos en cuenta, señores mios (y esto que voy á decir ahora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes); pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas; y así lo diré sin lá-

grimas. Digo, pues, ¿que adónde podrá ir una Dueña con barbas? ¿Qué padre, ó qué madre se dolerá de ella? ¿Quién la dará ayuda? Pues si aun quando tiene la tez lisa, y el rostro martyrizado con mil suertes de menjunges, y mudas, apenas halla quien bien la quiera: ¿qué hará quando descubra hecho un bosque su rostro? ¡O Dueñas, y compañeras mias! en desdichado punto nacimos! en hora menguada nuestros padres nos engendraron! Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPITULO XCIII.

De cosas que atañen, y tocan á esta aventura, y á esta memorable historia.

REal, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas de ella, sin dexar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, y finalmente los átomos del mas curioso de-

deseo manifiesta. ¡O Autor celeberrimo! ¡ó D. Quixote dichoso! ¡ó Dulcinea famosa! ¡ó Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos, para gusto, y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dixo: Por la fé de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oido, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. ¡Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador, y Gigante Malambruno! ¿Y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo, y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque habláran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor (respondió una de las doce), que no tenemos hacienda para mondarnos; y así hemos tomado alguna de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes, ó parches pegajosos, y

aplicándolos á los rostros , y tirando de golpe, quedamos rasas, y lisas como fondo de mortero de piedra: que puesto que hay en Candaya mugeres que andan de casa en casa á quitar el vello, y á pulir las cejas , y hacer otros menjunges tocantes á mugeres, nosotras las Dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras, haviendo dexado de ser primas; y si por el señor D. Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias (dixo D. Quixote) en tierra de Moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifalda, y dixo: El retintin de esa promesa, valeroso Caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo de él vuelva, y cobre todos mis sentidos ; y así de nuevo os suplico, Andante ínclito, y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará (respondió D. Quixote): ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso (respondió la Dolorida) que desde aquí al Reyno de Candaya, si se vá por tierra,

hay

hay cinco mil leguas, dos mas á menos; pero si se vá por el ayre, y por la linea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dixo que quando la suerte me deparase al Caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo caballo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona; el qual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es condicion antigua, fue compuesto por aquel sábio Merlin: prestósele á Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el ayre, dexando embobados á quantos desde la tiera los miraban; y no le prestaba sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba: y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder,

der, y se sirve de él en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí, y mañana en Francia, y otro dia en el Potosí. Y es lo bueno que tal caballo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llano, mi rucio, puesto que no anda por los ayres; pero por la tierra yo le curtiré con quantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos; y la Dolorida prosiguió: Y este tal caballo (si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia) ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que havia hallado el Caballero que buscaba, seria enviarme el caballo, donde fuese con con comodidad, y presteza. ¿Y quántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: Dos personas: la

una

una en la silla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son Caballero, y escudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida (dixo Sancho), qué nombre tiene ese caballo. El nombre (respondió la Dolorida) no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alexandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro; ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvan; ni Frontino, como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último Rey de los Godos, entró en la batalla, donde perdió la vida, y el Reyno. Yo apostaré (dixo Sancho) que pues no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le havrán dado el de mi amo *Rocinante*, que en sér propio excede á todos los que se han nombrado. Así es (respondió la barbada Condesa); pero todavia le quadra mucho, porque se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre con-

conviene con el sér de leño, y con la clavija que trahe en la frente, y con la ligereza con que camina; y así en quanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre (replicó Sancho): ¿pero con qué freno, ó con qué jáquima se gobierna? Yá he dicho (respondió la Trifaldi) que con la clavija, que volviéndola á una parte, ó á otra el Caballero que vá en cima, le hace caminar como quiere, ó yá por los ayres, ó yá rastreando, y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca, y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Yá lo querria vér (respondió Sancho); pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es, que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin coxin, ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie: cada qual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor á tan largo viage. Quanto mas que yo no debo de

ha-

hacer al caso para el rapamiento de estas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo (respondió la Trifaldi), y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no harémos nada. Aquí del Rey (dixo Sancho). ¿Qué tienen que vér los escuderos con las aventuras de sus Señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! aun si dixesen los historiadores: El tal Caballero acabó la tal, y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero que escriban á secas: D. Paralipómenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo. Ahora, señores, vuelvo á decir que mi Señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañia de la Duquesa mi señora, y podria ser que quando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio, y quinto, porque pienso en los ratos ociosos, y desocupados darme una tanda de azotes que no

me la cubra pelo. Con todo eso le haveis de acompañar, si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros de estas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del Rey otra vez (replicó Sancho). Quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la dotrina, pudiera el hombre aventurarse á qualquera trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, mal año. Mas que las viese yo con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo (dixo la Duquesa): mucho os vais tras la opinion del Boticario Toledano; pues á fé que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser exemplo de dueñas: que aquí está mi Doña Rodriguez que no me dexará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia (dixo Rodriguez) que Dios sabe la verdad de todo; y buenas, ó malas, barbadas, ó lampiñas, que seamos las Dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como á las otras mugeres; y pues Dios nos echó
en

en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez (dixo D. Quixote), y señora Trifaldi, y compañia, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas: que Sancho hará lo que yo le mandáre. Yá viniese Clavileño, y yá me viese con Malambruno, que yo sé que no havria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! (dixo á esta sazon la Dolorida) con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso Caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan por vuestro ánimo toda prosperidad, y valentia, para ser escudo, y amparo del vituperoso, y abatido género dueñesco, abominado de Boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pages; que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser Monja que á Dueña. Desdichadas de nosotras las Dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varon en varon del mismo Hector el Tro-

ya-

yano, no dexarán de echarnos un vos nuestras señoras, si pensasen por ello ser Reynas. ¡O Gigante Malambruno, que pues eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envianos yá al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura ventura! Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar á su Señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPITULO XCIV.

De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

LLegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso Caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba yá á D. Quixote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el Caballero para quien estaba guardada aquella aventura,

ó

ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí quando á deshora entraron por el jardin quatro Salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros trahian un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los Salvages dixo: Suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello. Aquí (dixo Sancho) yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy Caballero; y el Salvage prosiguió diciendo: Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esa clavija, que sobre el cuello trahe puesta, que él los llevará por los ayres, adonde los aliente Malambruno. Pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos, hasta que el caballo relinche, que será señal de haver dado fin á su viage. Esto dicho, dexando á Clavileño con gentil continente, se volvieron por donde havian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dixo á D. Quixote: Valeroso Caballero, las promesas

de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes, y tundas, pues no está en mas, sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viage. Eso haré, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado, y de mejor talante, sin ponerme á tomar coxin, ni calzar espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, Señora, y á todas estas Dueñas rasas, y mondas. Eso no haré yo (dixo Sancho), ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi Señor otro escudero que le acompañe, y estas Señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los ayres: ¿y qué dirán los mis Insulanos, quando sepan que su Gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que haviendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardarémos en dar la vuelta media docena de años, y yá ni havrá Insu-

las,

las, ni Insulos en el mundo, que me conozcan: y pues se dice comunmente, que en la tardanza vá el peligro, y que quando te dieren la vaquilla, acudas con la soguilla, perdónenme las barbas de estas señoras, que bien se está S. Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme Gobernador. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido, no es movible, ni fugitiva: raices tiene tan hondas, echadas en los abysmos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio de estos de mayor quantía, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno, es que vais con vuestro señor D. Quixote á dar cima, y cabo á esta memorable aventura, que ora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os trayga, y vuelva á pie hecho romero, de meson en meson, y de venta en venta, siempre que volviére-

 des,

des, hallareis vuestra Insula donde la dexais, y á vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma: y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, señor (dixo Sancho): yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar acuestas tantas cortesías: suba mi amo: tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme, si quando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los Angeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es Christiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad, y con mucho tiento, sin meterse con nadie. Ea, pues (dixo Sancho), Dios me ayude, y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes (dixo D. Quixote) nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora: si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo; pero

ro

ro llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras. Y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos, le dixo: Yá vés, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quándo volveremos de él, ni la comodidad, y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vás á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes, á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas. Par Dios (dixo Sancho), que vuestra merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen: En priesa me vés, y doncella me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra merced razon: vamos ahora á rapar estas Dueñas, que á la vuelta yo prometo á vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vues-

vuestra merced se contente: y no le digo mas. Y D. Quixote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno (dixo Sancho); pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra: y con esto se volvieron á subir en Clavileño; y al subir dixo D. Quixote: Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñas tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien de él se fia: y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haver emprendido esta hazaña, no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos, Señor (dixo Sancho), que las barbas, y lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon; y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad (replicó D. Quixote); y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien

los

los ojos ; y haviéndoselos cubierto , se volvió á descubrir , y dixo : Si mal no me acuerdo , yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya , que fue un caballo de madera , que los Griegos presentaron á la Diosa Palas , el qual iba preñado de Caballeros armados , que despues fueron la total ruina de Troya : y así será bien vér primero lo que Clavileño trahe en su estómago. No hay para qué (dixo la Dolorida), que yo le fio , y sé que Malambruno no tiene nada de mal ocioso , ni traidor : vuestra merced , señor D. Quixote , suba sin pavor alguno , y á mi daño , si algo le sucediere. Parecióle á D. Quixote que qualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad , sería poner en detrimento su valentía ; y así sin mas altercar subió sobre Clavileño , y le tentó la clavija , que facilmente se rodeaba; y como no tenia estrivos , y le colgaban las piernas , no parecia sino figura de tapiz Flamenco , pintada , ó texida en algun Romano triunfo. De mal talante , y poco á poco llegó á subir Sancho , y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras , y no nada blandas, y pidió al Duque , que si fuese posible le

acomodasen de algun coxin, ú de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ú del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de marmol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaez, ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer, era ponerse á mugeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hízolo así Sancho; y diciendo: A Dios, se dexó vendar los ojos, y yá despues de vendados, se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin, tiernamente, y con lágrimas dixo que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostres, y sendas Ave Marias, porque Dios deparase quien por ellos los dixese, quando en semejantes trances se viesen. A lo que dixo D. Quixote: Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmado, y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual descendió, no á la sepultura, sino á ser Reyna de Francia, si no mienten las historias? ¿Y yo, que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valero-

roso Pierres, que oprimió este mismo lugar, que yo ahora oprimo? Cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia. Tápenme (respondió Sancho); y pues no quieren que me encomiende á Dios, ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos, que dén con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse; y sintiendo Don Quixote, que estaba como havia de estár, tentó la clavija, y apenas huvo puesto los dedos en ella, quando todas las Dueñas, y quantos estaban presentes, levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroso Caballero. Dios sea contigo, escudero intrépido. Yá vais por esos ayres rompiéndolos con mas velocidad que una saeta. Yá comenzais á suspender, y admirar á quantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas: mira no te caygas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyó Sancho las voces; y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dixo: Señor, ¿cómo dicen estos
que

que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas, y estas volaterías ván fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás, y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas: y en verdad que no sé de qué te turbas, ni te espantas, que osaré jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa vá como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad (respondió Sancho), que por este lado me dá un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando. Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque, la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltó requisito que la dexase de hacer perfecta. Sintiéndose, pues, soplar D. Quixote, dixo: Sin duda alguna, Sancho, que yá debemos de llegar á la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo. Las nieves, los truenos, los relám-

lámpagos, y los rayos se engendran en la tercera region: y si es que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego; y no sé yo cómo templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse, y apagarse desde lexos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dixo: Que me maten, si no estamos yá en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, Señor, por descubrirme, y vér en qué parte estamos. No hagas tal (respondió D. Quixote), y acuérdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el ayre caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la Ciudad, y vió todo el fracaso, asalto, y muerte de Borbon, y por la mañana yá estaban de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que havia visto: el qual asimismo dixo, que quando iba por el ayre, le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y

se

se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya, como hace el sacre, ó neblí sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte; y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haver hecho gran camino. No sé lo que es (respondió Sancho Panza); solo sé decir, que si la señora Magallanes, ó Magalona se contentó de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la estraña, y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estár el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los ayres con estraño ruido, y dió con D. Quixote, y

con


Em. Monfort sculp.

con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo yá se havia desparecido del jardin todo el barbado esquadron de las Dueñas, y la Trifaldi, y todo, y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quixote, y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardin, de donde havian partido, y de vér tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion, quando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella, y de dos cordones de seda verde un pergamino liso, y blanco, en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El ínclito Caballero D. Quixote de la Mancha feneció, y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañia, con solo intentarla.

Malambruno se dá por contento, y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las Dueñas yá quedan lisas, y mondas, y los Reyes D. Clavijo, y Antonomasia en su prístino estado; y quando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca

pa-

paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador: que así está ordenado por el Sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Haviendo, pues, D. Quixote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro huviese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasado tez los rostros de las venerables Dueñas, que yá no parecian, se fue adonde el Duque, y la Duquesa aun no havian vuelto en sí; y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada: la aventura es yá acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podian dar á entender haverles acontecido de veras, lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el car-

cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue á abrazar á Don Quixote, diciéndole ser el mas buen Caballero que en ningun siglo se huviese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por vér qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixéronle que así como Clavileño baxó ardiendo por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las Dueñas con la Trifaldi havia desaparecido, y que yá iban rapadas, y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le havia ido en aquel largo viage? A lo qual Sancho respondió: Yo, Señora, sentí que íbamos, segun mi Señor me dixo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo (á quien pedí licencia para descubrirme) no lo consintió; mas yo que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor

que

que un grano de mostaza, y los hombres, que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas, porque se vea quán altos debíamos de ir entónces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella: y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo havia de cubrir toda la tierra. Así es verdad (respondió Sancho); pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho (dixo la Duquesa), que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas (replicó Sancho); solo sé que seria bien que vuestra Señoría entienda, que pues volamos por encantamento, por encantamento podia yo vér toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirára: y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced, como descubriéndome por junto las cejas, me ví tan junto al cielo, que no havia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, Señora mia, que es muy grande además; y sucedió que íbamos por parte

don-

donde están las siete cabrillas: y en Dios, y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato; y si no la cumpliera, me parece que reventára. Vengo, pues, y tomo, y qué hago? sin decir nada á nadie, ni á mi Señor tampoco, bonita, y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes, y como unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. ¿Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras (preguntó el Duque), en qué se entretenia el señor D. Quixote? A lo que D. Quixote respondió: Como todas estas cosas, y estos tales sucesos ván fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto, ni por baxo, ni ví el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del ayre, y aún que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer: pues estando la region del fuego entre el Cielo, y la Luna,

y la última region del ayre, no podiamos llegar al cielo, donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño (respondió Sancho); si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad, ó no. Dígalas, pues, Sancho (dixo la Duquesa). Son (respondió Sancho) las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa (dixo el Duque), y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores: digo cabras de tales colores. Bien claro está eso (dixo Sancho): sí, que diferencia ha de haver de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho (preguntó el Duque), ¿visteis allá entre esas cabras algun cabron? No señor (respondió Sancho); pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por los cielos, y dar nuevas de quanto allá pasaba, sin haverse movido del jardin. En resolucion este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir

reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera: y llegándose D. Quixote á Sancho al oido, le dixo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que haveis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueba de Montesinos: y no os digo mas.

CAPITULO XCV.

De los consejos que dió D. Quixote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien consideradas.

CON el feliz, y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian, para que se tuviesen por veras: y así, haviendo dado la traza, y órdenes, que sus criados, y sus vasallos havian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fue el que succedió al vuelo de Clavileño, dixo el Duque á Sancho que se adeliñase, y compusiese para ir á ser Gobernador, que

yá sus Insulanos le estaban esperando, como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dixo: Despues que baxé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser Gobernador: ¿porque qué grandeza es mandar en un grano de mostaza? ó qué dignidad, ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no havia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor Insula del mundo. Mirad, amigo Sancho (respondió el Duque): yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes, y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una Insula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobremanera fertil, y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo. Ahora bien (respondió Sancho), venga esa Insula, que yo pugnaré por ser tal

Go-

Gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tengo de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser Gobernador. Si una vez lo probais, Sancho (dixo el Duque), comerosheis las manos tras el Gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro que quando vuestro dueño llegue á ser Emperador, que lo será sin duda (segun ván encaminadas sus cosas), que no se lo atranquen como quiera, y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor (replicó Sancho Panza), yo imagino que es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho Panza, que sabeis de todo (respondió el Duque), y yo espero que sereis tal Gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana en ese mismo dia haveis de ir al Gobierno de la Insula, y esta tarde os acomodarán del trage conveniente que haveis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme (dixo Sancho) como quisieren, que

de qualquiera manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad (dixo el Duque); pero los trages se han de acomodar con el oficio, ó dignidad que se profesa; que no seria bien que un Jurisperito se vistiese como Soldado, ni un Soldado como un Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitan; porque en la Insula que os doy, tanto son menester las armas, como las letras, y las letras como las armas. Letras (respondió Sancho) pocas tengo, porque aun no sé el A, B, C; pero bástame tener el Christus en la memoria para ser buen Gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria (dixo el Duque) no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quixote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se havia de partir á su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con él á su estancia, con intencion de aconsejarle cómo se havia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que ántes, y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir, y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vés premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo, ni cómo no, se halla con el cargo, y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí encaja, y entra bien el decir que hay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la Andante Caballería, sin mas ni mas, te vés Gobernador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho! para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en

 sí

sí encierra la profesion de la Caballería Andante. Dispuesto, pues, el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que te encamine, y saque á seguro puerto de este mar proceloso, donde vas á engolfarte; que los oficios, y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría; y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarse: del conocimiento saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de haver guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad (respondió Sancho), pero fue quando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos

los

los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Así es verdad (replicó D. Quixote), por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de que no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Inumerables son aquellos que de baxa estirpe nacidos han subido á la suma dignidad Pontificia, é Imperatoria; y de esta verdad te pudiera traher tantos exemplos que te cansáran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen por Príncipes, y Señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista; y la virtud vale por sí sola, lo qual la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere á verte quando estés en tu Insula alguno de tus parientes, no le des-

eches,

eches, ni le afrentes; ántes le has de acoger, agasajar, y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo; y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si traxeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á Gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, doctrínala, y desbástala su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un Gobernador discreto, suele perder, y derramar una muger rústica, y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del: No quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del Juez recibiere, ha de dár cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatrotanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Ha-

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas, y dádivas del rico, como por entre los sollozos, é importunidades del pobre.

Quando pudiere, y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinqüente; que no es mejor la fama del Juez riguroso, que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa agena; que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio: y si le tuvieren, será á costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide,

de, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu jurisdicion, considérale hombre miserable, sujeto á condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso, y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece, y campea á nuestro vér el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible: casarás tus hijos como quisieres: títulos tendrán ellos, y tus nietos: vivirás en paz, y beneplácito de las gentes; y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave, y madura; y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos, que han de ador-

adornar tu alma. Escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XCVI.

De los consejos segundos que dió D. Quixote á Sancho Panza.

¿QUién oyera el pasado razonamiento de D. Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la Caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro, y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguió, pues, D. Quixote, y dixo:

En lo que toca á cómo has de gobernar

nar tu persona, y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer, como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender, que las uñas largas les hermosean las manos; como si aquel excremento, y añadidura, que se dexa de cortar, fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido, y floxo, que el vestido descompuesto dá indicios de ánimo desmazalado; si yá la descompostura, y floxedad no cae debaxo de socarronería, como se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que dés librea á tus criados, dásela honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repártela entre tus criados, y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pages, viste tres, y tres pobres; y así tendrás pages para el cielo, y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no la alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda de es-

espacio, y habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Tén cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo (dixo Sancho); y D. Quixote le dixo: Erutar, Sancho, quiere decir, regoldar; y este es uno de los torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo; y así la gente curiosa se ha acogido al Latin, y al regoldar dice erutar; y á los regüeldos, erutaciones: y quando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdad, señor (dixo Sancho), que uno de los consejos, y avisos que pienso llevar en la memoria, ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer

cer muy amenudo. Erutar, Sancho, que no regoldar (dixo D. Quixote). Erutar diré de aquí adelante (respondió Sancho), y á fé que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces las trahes tan por los cabellos, que mas parecen disparates, que sentencias. Eso Dios lo puede remediar (respondió Sancho), porque sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca quando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua vá arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo: mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo; que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Eso sí, Sancho (dixo D. Quixote), encaja, ensarta, y engila refranes, que nadie te vá á la mano: castígame mi madre, y yo trompogelas. Estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos,

que

que así quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran trahido apropósito; pero cargar, y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada, y baxa.

Quando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas, y tiradas, y desviadas de la barriga del caballo; ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vás sobre el rucio: que el andar á caballo á unos hace Caballeros, y á otros caballerías.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el Sol, no goza del dia: y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo), quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho, que los que hasta aquí te he dado, y es:

Que jamás te pongas á disputar de linages, á lo menos comparándolos entre

sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo: gregüescos ni por pienso, que no les está bien ni á los Caballeros, ni á los Gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido que aconsejarte: andará el tiempo, y segun las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor (respondió Sancho), bien veo que todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; ¿pero de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques, y enredos, y revoltillos no se me acuerda, ni acordará mas de ellos, que de las nubes de antaño; y así será menester que se me dén por escrito, que puesto que no sé leer, ni escribir, yo se los daré á mi Confesor, para que me los encaje, y re-

ca-

capacite quando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! (respondió D. Quixote) y qué mal parece en los Gobernadores el no saber leer, ni escribir: porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fue hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ó él tan travieso, y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo; y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre (respondió Sancho), que quando fui Prioste en mi Lugar, aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre; quanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, sino es para la muerte; y teniendo yo el mando, y el palo, haré lo que quisiere: quanto mas que el que tiene el padre Alcalde; y siendo yo Gobernador, que es mas que ser Alcalde, llegaos que la dexan vér: no sino popen, y calónenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por

sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, siendo Gobernador, y juntamente liberal, como lo pienso ser, no havrá falta que se me parezca. No sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales, quanto tienes, decia una mi agüela; y del hombre arraygado no te verás vengado. ¡O maldito seas de Dios, Sancho! (dixo á esta sazon D. Quixote): sesenta mil Satanases te lleven á tí, y á tus refranes: una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca: por ellos te han de quitar el Gobierno tus vasallos, ó ha de haver entre ellos Comunidades. Dime dónde los hallas ignorante, ó cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno, y aplicarle bien sudo, y trabajo como si cabase. Por Dios, señor nuestro amo (replicó Sancho), que vuestra merced se quexa de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes? Y ahora se me ofrecen quatro, que venian aquí pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré,

ré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú (respondió D. Quixote), porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo eso querria saber, qué quatro refranes te ocurrian ahora á la memoria, que venian aquí apropósito, que yo ando corriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. ¿Qué mejores (dixo Sancho), que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares: y á idos de mi casa, y qué quereis con mi muger, no hay responder: y si dá el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los quales vienen á pelo? Que nadie se tome con su Gobernador, ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa); y á lo que dixere el Gobernador, no hay que replicar, como al salios de mi casa, y qué quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que vé la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: Espantóse la muerta de la

 de-

degollada ; y vuestra merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Eso no, Sancho (respondió D. Quixote), que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, á causa que sobre el aumento de la necedad no asienta ningun discreto edificio : y dexemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza : mas consuélome, que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras, y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion, y de mi promesa. Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu Gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la Insula patas arriba : cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura, y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes, y de malicias. Señor (replicó Sancho), si á vuestra merced le parece que no soy de pró para este Gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo ; y así me sustentaré Sancho á secas con pan, y cebolla, como

Go-

Gobernador con perdices, y capones; y mas que mientras se duerme todos son iguales, los grandes, y los menores, los pobres, y los ricos; y si vuestra merced mira en ello, verá que solo vuestra merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de Gobiernos de Insulas, que un buytre: y si se imagina que por ser Gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que Gobernador al infierno. Por Dios, Sancho (dixo D. Quixote), que por solas estas últimas razônes que has dicho, juzgo que mereces ser Gobernador de mil Insulas: buen natural tienes, sin el qual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intencion, y firme propósito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que yá estos señores nos aguardan.

CAPITULO XCVII.

Como Sancho Panza fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el Castillo sucedió á D. Quixote.

DIcen que en el propio original de esta historia se lee que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le traduxo su intérprete como él le havia escrito, que fue un modo de quexa que tuvo el Moro de sí mismo, por haver tomado entre manos una historia tan seca, y tan limitada como esta de D. Quixote, por parecerle que siempre havia de hablar de él, y de Sancho, sin osar estenderse á otras digresiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomparable, cuyo fruto no redundaba en el de su Autor: y que por huir de este inconveniente havia usado en la primera Parte del artificio de algunas Novelas, como fueron la del Curioso impertinente, y la del Capitan cautivo, que están como separadas de la

his-

historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quixote, que no podrian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quixote, no la darian á las Novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa, ó con enfado, sin advertir la gala, y artificio que en sí contienen; el qual se mostrará bien al descubierto, quando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quixote, ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así en esta segunda Parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene, y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer D. Quixote el dia que dió los con-

se-

sejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los huvo dado, quando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa; y los dos se admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de D. Quixote: y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al Lugar que para él havia de ser Insula. Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy gracioso, que no puede haver gracia donde no hay discrecion, el qual havia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus Señores de cómo se havia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal Mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su Señor, le dixo: Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo, ó en creyente, ó vuestra merced me ha de confesar que el rostro de este Mayordomo del Duque,

que, que aquí está, es el mismo de la Dolorida. Miró D. Quixote atentamente al Mayordomo, y haviéndole mirado, dixo á Sancho: No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni es justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del Mayordomo: pero no por eso el Mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradiccion muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos: creeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros, y de malos encantadores. No es burla, Señor (replicó Sancho), sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dexaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubro otra señal que confirme, ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho (dixo D. Quixote), y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente,
ves-

vestido á lo Letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras de él por órden del. Duque iba el rucio con jaeces, y ornamentos jumentiles de seda, y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañia iba tan contento que no se trocára con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su Señor, que se la dió con lágrimas; y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa, que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia; porque los sucesos de D. Quixote, ó se han de celebrar con admiracion, ó con risa. Cuéntase, pues, que apenas se huvo partido Sancho, quando D. Quixote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comision, y quitar-

tarle el Gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas, y doncellas havia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, Señora mia (respondió D. Quixote), que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me hace, solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demás suplico á vuestra Excelencia que dentro de mi aposento consienta, y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad (dixo la Duquesa) señor D. Quixote, que no ha de ser así, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí (respondió D. Quixote) no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déxeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puer-

tas

tas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolucion, ántes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor D. Quixote (replicó la Duquesa); por mí digo que daré órden que ni aun una mosca éntre en su estancia; no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quixote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. Desnúdese vuestra merced, y vístase á sus solas, y á su modo, como, y quando quisiere, que no havrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente, y tan honesto Caballero; y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza, nuestro Gober-

bernador, un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran Señora. A lo qual dixo D. Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haver ninguna que sea mala; y mas venturosa, y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por haverla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas eloqüentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quixote (replicó la Duquesa), la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuestra merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya, no fue tan corto que no le haya causado algun molimiento. No siento ninguno, Señora (respondió D. Quixote), porque osaré jurar á vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera, y tan gentil cavalgadura, y abrasarla así sin mas, ni mas. A eso se puede imaginar (respondió la Duquesa) que arrepentido del mal que ha-

havia hecho á la Trifaldi, y compañia, y á otras personas, y de las maldades que como hechicero, y encantador debia de haver cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que mas le trahia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quixote á la Duquesa; y en cenando D. Quixote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba: siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los Andantes Caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse (¡ó desgracia indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía; sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha zelosía. Afligióse en estremo el buen Señor,

ñor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli; y escribiendo, dixo: ¡O pobreza, pobreza! No sé yo qué razon le movió á aquel gran Poeta Cordobes á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque Moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fé, obediencia, y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como si no las tuviésedes; y á esto llaman pobreza de espíritu: pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos mas que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalla á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echará de

vér que es antiguo el uso del almidon, y de los cuellos abiertos). Y prosiguió: ¡Miserable del bien nacido, que vá dando pistos á su honra comiendo mal, y á puerta cerrada, haciendo hypócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle despues de no haver comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago! Todo esto se le renovó á D. Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con vér que Sancho le havia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo, y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomára los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrecheza. Mató las velas: hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un her-

hermoso jardin; y al abrirla sintió, y oyó que andaba, y hablaba gente en el jardin. Púsose á escuchar atentamente, y levantaron la voz los de abaxo tanto que pudo oir estas razones.

No me porfies, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar: quanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese, y no despertase, en vano seria mi canto, si duerme, y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dexarme escarnecida. No dés en eso, Altisidora amiga (respondieron), que sin duda la Duquesa, y quantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma; porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estár despierto. Canta, lastimada mia, en tono baxo, y suave al són de tu harpa; y quando la Duquesa nos sienta, le echarémos la culpa al calor que hace. No está en eso el

punto, ó Emerencia (respondió la Altisidora), sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon. Y en esto empezó á tocar una harpa suavísimamente; oyendo lo qual D. Quixote, quedó pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquellas de ventanas, rejas, y jardines, músicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de Caballerías havia leido, luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad: temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo, y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música: y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que D. Quixote las oyese.

Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora dió principio á este Romance.

O tú, que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana:
Caballero el mas valiente
Que ha producido la Mancha,
Mas honesto, y mas bendito
Que el oro fino de Arabia:
Oye á una triste doncella,
Bien crecida, y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
Y agenas desdichas hallas:
Dás las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
Que Dios prospere tus ansias,
¿Si te criaste en la Libia,
O en las montañas de Jaca?
Si sierpes te dieron leche:
Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas,
Y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza, y sana,

Preciarse de que ha vencido
A una tigre, y fiera brava.
Por esto será famosa
Desde Henares á Xarama,
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las mas gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas.
¡O quién se viera en tus brazos;
O si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza,
Y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada:
Los pies quisiera traherte,
Que á una humilde esto le basta.
¡O qué de cosas te diera,
Qué de escarpines de plata,
Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
Cada qual como una agalla,
Que á no tener compañeras,
Las solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
Este incendio, que me abrasa,

Ne-

Neron Manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.
  Niña soy, pulcela tierna:
Mi edad de quince no pasa:
Catorce tengo, y tres meses,
Te juro en Dios, y en mi alma.
  No soy renca, ni soy coxa,
Ni tengo nada de manca:
Los cabellos como lirios,
Que en pie por el suelo arrastran.
  Y aunque mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo ensalza.
  Mi voz, yá vés, si me escuchas,
Que á la que es mas dulce iguala;
Y soy de disposicion
Algo menos que mediana.
  Estas, y otras gracias mias
Son despojos de tu aljava:
De esta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quixote; el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí:

¡Que tengo de ser tan desdichado Andante, que no ha de haver doncella que

me mire, que de mí no se enamoré! ¡Qué tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Qué la quereis, Reynas? ¿A qué la perseguis, Emperatrices? ¿Para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dexad, dexad á la miserable que triunfe, se goce, y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa, y de al feñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar. Para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida; y las demás las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore, ó cante Altisidora, desespere Madama, por quien me aporrearon en el castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido, ó asado, limpio, bien criado, y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra. Y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado, y pesaroso, como

mo si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso Gobierno.

CAPITULO XCVIII.

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡O Perpetuo descubridor de los Antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aquí, Febo allí, Tirador acá, Médico acullá, padre de la Poesía, inventor de la Música; tú que siempre sales (y aunque lo parece), nunca te pones. A tí digo, ó Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí, digo, que me favorezcas, y alumbres la obscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado, y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un Lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores

que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la Insula Barataria, ó yá porque el Lugar se llamaba Baratario, ó yá por el barato con que se le havia dado el Gobierno. Al llegar á las puertas de la Villa, que era cercada, salió el Regimiento del Pueblo á recibirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegria; y con mucha pompa le llevaron á la Iglesia Mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del Pueblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador de la Insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequeñez del nuevo Gobernador tenia admirada á toda la gente, que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la Iglesia, le llevaron á la silla del Juzgado, y le sentaron en ella; y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Insula, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion de esta famosa Insula, está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el Pueblo toma,

ma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Gobernador; y así, ó se alegra, ó se entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes, y muchas letras, que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como él no sabia leer, preguntó, qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban? Fuele respondido: Señor, allí está escrito, y notado el dia en que V. S. tomó posesion de esta Insula, y dice el Epitafio: Hoy dia á tantos de tal mes, y de tal año tomó la posesion de esta Insula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman D. Sancho Panza? (preguntó Sancho). A V. S. (respondió el Mayordomo), que en esta Insula no ha entrado otro Panza, sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano (dixo Sancho), que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones, ni donas; y yo imagino que en esta Insula debe de haver mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá

ser

ser que si el Gobierno me dura quatro dias, yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ahora se entristezca, ó no se entristezca el Pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de Labrador, y el otro de Sastre, porque trahia unas tixeras en la mano; y el Sastre dixo: Señor Gobernador, yo, y este hombre Labrador venimos ante vuestra merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo, con perdon de los presentes, soy Sastre exâminado, que Dios sea bendito; y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, havria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia, y en la mala opinion de los Sastres: y replicóme, que mirase si havria para dos: adivinéle el pensamiento, y díxele que sí; y él caballero en su dañada, y prime-

mera intencion, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? (preguntó Sancho). Si señor (respondió el hombre); pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana (respondió el Sastre); y sacando de continente la mano debaxo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: Hé aquí las cinco caperuzas, que este buen hombre me pide; y en Dios, y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleyto. Sancho se puso á considerar un poco, y dixo: Paréceme que en este pleyto no ha de haver largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon; y así yo doy por sentencia que el Sastre pierda las hechuras, y el Labrador el paño; y las caperuzas se lleven

ven á los presos de la carcel, y no haya mas. Si la sentencia, que se referirá despues, de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el Gobernador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos: el uno trahia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dixo: Señor, á ese buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro, por hacerle placer, y buena obra, con condicion que me los volviese quando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenia quando se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una, y muchas veces, y no solamente no me los vuelve; pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que yá me los ha vuelto. Yo no tengo testigos, ni del prestado, ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuestra merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí, y para delante de Dios. ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo?

(di-

(dixo Sancho). A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó, y baxe vuestra merced esa vara, y pues él lo dexa en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto, y pagado real, y verdaderamente. Baxó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazára mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le havian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los havia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Gobernador, preguntó al acreedor, ¿qué respondia á lo que decia su contrario? Y dixo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien, y buen christiano, y que á él se le debia de haver olvidado el cómo, y quándo se los havia vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y baxando la cabeza, se salió del Juzgado. Visto lo qual Sancho, y que sin mas ni mas se iba; y viendo

do tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho; y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas, y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que yá se havia ido. Traxéronsele, y en viéndole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana (respondió el viejo): hele aquí, señor; y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que yá haveis pagado. Yo, señor? (respondió el viejo) ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí (dixo el Gobernador), ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo caletre para gobernar todo un Reyno; y mandó que allí delante de todos se rompiese, y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su Gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde havia colegido, que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos? Y respondió que de haverle visto dar al vie-

jo





Em.^l Monfort sc.^t

jo, que juraba, á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los havia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar, le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion, que dentro de él estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas, que él havia oido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello que querria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Finalmente el un viejo corrido, y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados; y el que escribia las palabras, hechos, y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendria, ó pondria por tonto, ó por discreto. Luego acabado este pleyto, entró en el Juzgado una muger, asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Gobernador, justicia; y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal

 hom-

hombre me ha cogido en la mitad de ese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y, desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de Moros, y Christianos, de naturales, y estrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera, como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar, si tiene limpias, ó no las manos este galan (dixo Sancho); y volviéndose al hombre, le dixo que qué decia, y respondia á la querella de aquella muger? El qual todo turbado, respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este Lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas, y socaliñas poco menos de lo que ellos valian: volvíame á mi Aldea: topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos. Paguéla lo suficiente, y ella mal contenta, asió de mí,

y

y no me ha dexado hasta traherme á este puesto. Dice que la forcé, y miente para el juramento que hago, ó pienso hacer: y esta es toda la verdad, sin faltar meaja. Entónces el Gobernador le preguntó si trahia consigo algun dinero en plata? El dixo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante. El lo hizo temblando. Tomóla la muger, haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida, y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas, y doncellas: y con esto se salió del Juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos; aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al ganadero, que yá se le saltaban las lágrimas, y los ojos, y el corazon se iban tras su bolsa: Buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella. Y no lo dixo á tonto, ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fue á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pley-

 to,

to, y de allí á poco volvieron el hombre, y la muger, mas asidos, y aferrados que la vez primera. Ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible, segun la muger la defendia; la qual daba voces diciendo: Justicia de Dios, y del mundo: mire vuestra merced, señor Gobernador, la poca vergüenza, y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa, que vuestra merced mandó darme. ¿Y haosla quitado? (preguntó el Gobernador). ¿Cómo quitar? (respondió la muger) ántes me dexára yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña: otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado, y asqueroso: tenazas, y martillos, mazos, y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones; ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon (dixo el hombre), y yo me doy por rendido, y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y déxola. Entónces el Gobernador dixo á la muger: Mostrad, honrada, y valiente, esa bol-

bolsa. Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dixo á la esforzada, y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que haveis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta Insula, ni en seis leguas á la redonda, só pena de doscientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada, y embaydora. Espantóse la muger, y fuese cabizbaxa, y mal contenta; y el Gobernador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro Lugar con vuestro dinero; y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios, y sentencias de su nuevo Gobernador. Todo lo qual notado de su Cronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando. Y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos dá su amo, alborozado con la música de Altisidora.

CAPITULO XCIX.

Del temeroso espanto cencerril, y gatuno que recibió D. Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DExamos al gran D. Quixote envuelto en los pensamientos que le havia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos; y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni sosegar un punto, y juntábanse los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por D. Quixote, dexó las blandas plumas, y no nada perezoso, se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manto de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata. Colgó el tahalí de sus hombros, con su buena, y tajadora espada: asió un gran rosario, que consigo continuo trahia, y

con

con gran prosopopeya, y contonéo salió á la antesala, donde el Duque, y la Duquesa estaban yá vestidos, y como esperándole: y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora, y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á D. Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quixote que lo vió, llegándose á ellas, dixo: Yá yo sé de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué (respondió la amiga), porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto há que la conozco; que mal haya quantos Caballeros Andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuestra merced, señor D. Quixote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuestra merced aquí estuviere. A lo que respondió D. Quixote: Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella; que en los principios amorosos, los desengaños presto suelen sèr remedios califi-

cados. Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se huvo bien apartado, quando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dixo á su compañera: Menester será que se le ponga el laud, que sin duda D. Quixote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laud que pedia D. Quixote; y ella alegre sobre modo, concertó con el Duque, y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuese mas risueña que dañosa: y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se havia venido el dia, el qual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con D. Quixote: y la Duquesa aquel dia real, y verdaderamente despachó á un page suyo, que havia hecho en la selva la figura de la encantada Dulcinea, á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que havia dexado, para que se le enviase, encargándole le traxese buena relacion de todo lo que con ella le pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló D. Quixote una vihuela en su aposento: templóla: abrió la reja,

y

y sintió que andaba gente en el jardin; y haviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió, y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente Romance, que él mismo aquel dia havia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

Suele el coser, y el labrar,
Y el estár siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Caballeros,
Y los que en la Corte andan,
Requiébranse con las libres;
Con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al Poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recienvenido,

Que hoy llegó, y se vá mañana,
Las imágenes no dexa
Bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala;
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso,
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y á sí mismo los levanta.

Aquí llegaba D. Quixote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque, y la Duquesa, Altisidora, y casi toda la gente del castillo, quando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de D. Quixote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos; y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo trahian cencerros menores atados á las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques havian sido inven-

to-

tores de la burla, todavia les sobresaltó; y temeroso D. Quixote, quedó pasmado: y quiso la suerte que dos, ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una region de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardian; y andaban buscando por do escaparse. El descolgar, y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba. La mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa, y admirada. Levantóse D. Quixote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja, y á decir á grandes voces: A fuera, malignos encantadores: á fuera, canalla hechiceresca, que soy yo D. Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron; aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quixote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas, y los dientes, por cuyo dolor D. Quixote comenzó á dar los mayores gritos

que

que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea. Acudió el Duque á despartirla; y D. Quixote dixó á voces: No me le quite nadie: déxenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quixote de la Mancha. Pero el gato, no curándose de estas amenazas, gruñia, y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraygó, y le echó por la reja. Quedó D. Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le havian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traher aceyte de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas bendas por todo lo herido; y al ponérselas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanzas te suceden, empedernido Caballero, por el pecado de tu du-

re-

reza, y pertinacia; y plegue á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quixote otra palabra, sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora, y cencerruna, sino porque havia conocido la buena intencion con que havian venido á socorrerle. Los Duques le dexaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera á D. Quixote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada; la qual no quiere su Historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito, y muy gracioso en su Gobierno.

CA-

CAPITULO C.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

CUenta la historia que desde el Juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real, y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, y sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no havia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personage, que despues mostró ser Médico, con una varilla de vallena en la mano. Levantaron una riquísima, y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia estudiante, echó la bendicion; y un page puso un babador randado á Sancho: otro, que hacia el oficio de Maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas huvo comido un bocado, quando el de la varilla tocando con ella en el plato,

se

se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el Maestresala llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero ántes que llegase á él, ni le gustase, yá la varilla havia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedó suspenso; y mirando á todos, preguntó si se havia de comer aquella comida como juego de Maesecorral? A lo que respondió el de la vara: No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso, y costumbre en las otras Insulas donde hay Gobernadores. Yo, señor, soy Médico, y estoy asalariado en esta Insula para serlo de los Gobernadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche, y de dia, y tanteando la complexîon del Gobernador, para acertar á curarle quando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas, y cenas, y dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda: y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar, por ser de-

demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata, y consume el humedo radical, donde consiste la vida. De esa manera aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el Médico respondió: Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué? (dixo Sancho) Y el Médico respondió: Porque nuestro Maestro Hippócrates, norte, y luz de la Medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio; mala perdix autem pessima.* Quiere decir, toda hartazga es mala; pero la de las perdices malísima. Si eso es así (dixo Sancho) vea señor Dotor de quantos manjares hay en esta mesa quál me hará mas provecho, y quál menos daño, y déxeme comer de él, sin que me le apalee: porque por vida del Gobernador, y así Dios me le dexe gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor Dotor, y él mas me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuestra merced tiene razon, señor Gobernador (respondió el Médico, y así es mi parecer que vuestra merced no coma

ma de aquellos conejos guisados, que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada, y en adobo, aún se pudiera probar; pero no hay para qué. Y Sancho dixo: Aquel platonazo, que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dexar de topar con alguna que me sea de gusto, y de provecho. Absit (dixo el Médico): vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los Canónigos, ó para los Retores de Colegios, ó para las bodas labradorescas, y déxennos libres las mesas de los Gobernadores, donde ha de asistir todo primor, y toda atildadura; y la razon es, porque siempre, y á do quiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud, y corroborarla, es un ciento de cañutillos de

suplicaciones, y unas rajadillas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago, y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal Médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y adónde havia estudiado? A lo que él respondió: Yo, señor Gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caraquel, y Almodobar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: Pues señor Doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que está á la mano derecha como vamos de Caraquel á Almodobar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no, voto al Sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar Médico en toda la Insula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los Médicos sabios, prudentes, y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como personas divinas: y vuelvo

á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal Médico, verdugo de la República: y dénme de comer, ó si no, tómense su Gobierno; que oficio que no dá de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el Doctor viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aqueste instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomándose el Maestresala á la ventana, volvió diciendo: Correo viene del Duque mi señor: algun despacho debe de traher de importancia. Entró el Correo sudando, y asustado; y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del Mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: A D. Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano, ó en las de su Secretario. Oyendo lo qual Sancho, dixo: ¿Quién es aquí mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban respondió: Yo, señor, porque sé

leer, y escribir, y soy Vizcaino. Con esa añadidura (dixo Sancho) bien podeis ser Secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el reciennacido Secretario; y haviendo leido lo que decia, dixo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despojar la sala, y que no quedasen en ella sino el Mayordomo, y el Maestresala; y los demás, y el Médico se fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que así decia:

"A mi noticia ha llegado, señor D. San-»cho Panza, que unos enemigos mios, y de »esa Insula la han de dar un asalto furio-»so, no sé qué noche: conviene velar, y »estár alerta, porque no le tomen desa-»percibido. Sé tambien por espias verda-»deras, que han entrado en ese Lugar »quatro personas disfrazadas para quita-»ros la vida, porque se temen de vuestro »ingenio: abrid el ojo, y mirad quién lle-»ga á hablaros, y no comais de cosa que »os presentaren: yo tendré cuidado de so-»correros, si os viéredes en trabajo; y en »todo hareis como se espera de vuestro »entendimiento. De este Lugar á 16 de »Agosto, á las quatro de la mañana."

Vuestro amigo el Duque.

Que-

Quedó atónito Sancho , y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes ; y volviéndose al Mayordomo , le dixo : Lo que ahora se ha de hacer , y ha de ser luego , es meter en un calabozo al Doctor Recio , porque si alguno me ha de matar , ha de ser él , y de muerte adminícula , y pésima , como es la de hambre. Tambien dixo el Maestresala : Me parece á mí que vuestra merced no coma de todo lo que está en esta mesa , porque lo han presentado unas Monjas : y , como suele decirse , detras de la Cruz está el diablo. No lo niego (respondió Sancho) , y por ahora denme un pedazo de pan , y obra de quatro libras de ubas , que en ellas no podrá venir veneno , porque en efecto no puedo pasar sin comer ; y si es que hemos de estár prontos para estas batallas , que nos amenazan , menester será estár bien mantenidos , porque tripas llevan corazon , que no corazon tripas. Y vos , Secretario , responded ad Duque mi Señor , y decidle , que se cumplirá lo que manda , como lo manda , sin faltar punto ; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que la suplico no se la olvide de enviar

con un propio mi carta, y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren: y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor D. Quixote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos como buen Secretario, y como buen Vizcayno, podeis añadir todo lo que quisiéredes, y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con quantas espias, y matadores, y encantadores vinieren sobre mí, y sobre mi Insula. En esto entró un Page, y dixo: Aquí está un Labrador negociante, que quiere hablar á vuestra Señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Estraño caso es este (dixo Sancho) de estos negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de vér, que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos Jueces, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide; sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y
en

en mi conciencia que si me dura el Gobierno (que no durará, segun se me trasluce), que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Ahora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de las espias, ó matador mio. No señor (respondió el Page), porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer (dixo el Mayordomo), que aquí estamos todos. ¿Seria posible (dixo Sancho), Maestresala, que ahora que no está aquí el Doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso, y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan, y cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuestra Señoría satisfecho, y pagado (dixo el Maestresala). Dios lo haga (respondió Sancho), y en esto entró el Labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de vér que era bueno, y de buena alma. Lo primero que dixo fue: ¿Quién es aquí el señor Gobernador? ¿Quién ha de ser (respondió el Secretario), sino el que está sentado en la silla? Humíllome, pues, á su presencia (dixo el Labrador); y poniéndose de rodillas, le

pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase, y dixese lo que quisiese. Hízolo así el Labrador, y luego dixo: Yo, señor, soy Labrador, natural de Miguel Turra, un Lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tirteafuera tenemos (dixo Sancho): decid, hermano, que lo que yo sé decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lexos de mi Pueblo. Es, pues, el caso, señor, prosiguió el Labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz, y en haz de la Santa Iglesia Católica Romana. Tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir, me la mató un mal Médico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para Doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el Bachiller, y el Licenciado. De modo (dixo Sancho) que si vuestra muger no huviera muerto, ó la huvieran muerto, vos no fuérades ahora viudo? No, señor, en ninguna manera (respondió el Labrador). Medrados estamos (replicó San-

Sancho): adelante, hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo, pues (dixo el Labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachiller, se enamoró en el mismo Pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, Labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si vá á decir verdad, la doncella es como una perla orgental: mirada por el lado derecho, parece una flor del campo: por el izquierdo no tanto, porque la falta aquel ojo, que se la saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos, y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trahe las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que ván huyendo de la boca; y con todo esto parece bien por estremo, porque tiene la boca grande; y á no faltarle diez, ó doce dientes, y muelas, pudiera pasar, y echar raya entre las mas bien

bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles, y delicados, que si se usáran aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagros, porque son jaspeados de azul, y verde, y averengenado. Y perdóneme el señor Gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes (dixo Sancho), que yo me voy recreando en la pintura; y si huviera comido, no huviera mejor postre para mí, que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir (respondió el Labrador); pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está goviada, y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de vér, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo: y yá ella huviera dado la mano de esposa á mi Bachiller, sino que no la puede estender, que está anu-

anudada; y con todo en las uñas largas, y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Está bien (dixo Sancho), y haced cuenta, hermano, que yá la haveis pintado de los pies á la cabeza: qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos, callejuelas, retazos, ni añadiduras? Querria, señor (respondió el Labrador), que vuestra merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia, que tres, ó quatro veces no le atormenten los malignos espíritus: y de haver caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales; pero tiene una condicion de un Angel; y si no es que se aporrea, y se dá de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? (replicó Sancho). Otra cosa querria (dixo el Labrador), sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha

de

de pudrir en el pecho, pegue, ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuestra merced me diese trescientos, y seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller: digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por sí, sin estár sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa (dixo Sancho), y no la dexeis de decir por empacho, ni por vergüenza. No por cierto (respondió el Labrador): y apenas dixo esto, quando levantándose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dixo: Voto á tal Don patan, rústico, y mal mirado, que si no os apartais, y escondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa, y abra la cabeza. Hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, hediondo? ¿Y por qué te los havia de dar, aunque los tuviera, socarron, y mentecato? ¿Y qué se me dá á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Vá de mí, digo, si no, por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron,

ron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, ¿aun no ha dia, y medio que tengo el Gobierno, y yá quieres que tenga seiscientos ducados? Hízole señas el Maestresala al Labrador, que saliese de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroso de que el Gobernador no executase su cólera; que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dexemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el coro, y volvamos á D. Quixote, que le dexamos vendado el rostro, y curado de las gatescas heridas, de las quales no sanó en ocho dias: en uno de los quales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y brevedad, que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

CAPITULO CI.

De lo que sucedió á D. Quixote con Doña Rodriguez, la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna.

ADemás estaba mohino, y melancólico el mal ferido D. Quixote, vendado el rostro,

tro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anexas á la Andante Caballería. Seis dias estuvo sin salir en público: en una noche de las quales, estando despierto, y desvelado, pensando en sus desgracias, y en el perseguimiento de Altisodora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fé que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No (dixo creyendo á su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexe de adorar la que tengo gravada, y estampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas escondido de mis entrañas: ora estés, señora mia, transformada en cebolluda Labradora: ora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro, y sirgo compuestas: ora te tenga Merlin, ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo, y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre

la

la cama, envuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro, y los vigotes vendados: el rostro por los aruños: los vigotes porque no se le desmayasen, y cayesen; en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta; y quando esperaba vér entrar por ella á la rendida, y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima Dueña con unas tocas blancas, repulgadas, y luengas, tanto que la cubrian, y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda trahia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra, porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Miróla D. Quixote desde su atalaya; y quando vió su adeliño, y notó su silencio, pensó que alguna bruja, ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala fechoría; y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la vision; y quando llegó á la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba hacien-

do

do cruces D. Quixote; y si él quedó medroso en vér tal figura, ella quedó espantada en vér la suya; porque así como le vió tan alto, y tan amarillo con la colcha, y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: Jesus, qué es lo que veo! Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos; y viéndose á obscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas, y dió consigo una gran caida. D. Quixote temeroso, comenzó á decir: Conjúrote fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo quanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy Católico Christiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la Orden de la Caballería Andante que profeso (cuyo exercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del Purgatorio se estiende). La brumada Dueña que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quixote, y con voz afligida, y baxa le respondió: Señor D. Quixote (si es que acaso vuestra merced es D. Quixote), yo no soy fantasma, ni vision, ni ánima del

Pur-

Purgatorio , como vuestra merced debe de haver pensado ; sino Doña Rodriguez, la Dueña de honor de mi señora la Duquesa , que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar, á vuestra merced vengo. Dígame , señora Doña Rodriguez (dixo D. Quixote) ¿por ventura viene vuestra merced á hacer alguna tercería ? Porque la hago saber que no soy de provecho para nadie : merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Tòboso. Digo en fin , señora Doña Rodriguez , que como vuestra merced salve , y dexe á una parte todo recado amoroso , puede volver á encender su vela , y vuelva , y departirémos de todo lo que mas mandáre , y mas en gusto le viniere , salvando , como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie ! Señor mio (respondió la Dueña) mal me conoce vuestra merced : sí , que aún no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías ; pues Dios loado , mi alma me tengo en las carnes , y todos mis dientes , y muelas en la boca , amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros , que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios : pero espé-

reme vuestra merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo. Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quixote sosegado, y pensativo esperándola. Pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale ser mal hecho, y peor pensado, ponerse en peligro de romper á su señora la fé prometida; y decíase á sí mismo: ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil, y mañoso, querrá engañarme agora con una Dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas, ni Condesas? que yo he oido decir muchas veces, y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma, que aguileña. ¿Y quién sabe si esta soledad, esta ocasion, y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla: pero yo no debo de estár en mi juicio, pues tales disparates digo, y pienso; que no es posible que una Dueña toquiblanca, larga, y antoju-

na,

na, pueda mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay Dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay Dueña en el Orbe que dexe de ser impertinente, fruncida, y melindrosa? A fuera, pues, caterva dueñesca, inutil para ningun humano regalo. ¡O quán bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos Dueñas de bulto con sus anteojos, y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las Dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar á la señora Rodriguez; mas quando la llegó á cerrar, yá la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca: y quando ella vió á D. Quixote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha, ó becoquín, temió de nuevo; y retirándose atras como dos pasos, dixo: ¿Estamos seguras, señor Caballero? porque no tengo á muy honesta señal haverse vuestra merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, (respon-

dió D. Quixote); y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido, y forzado. ¿De quién, ó á quién pedís, señor Caballero, esa seguridad? respondió la Dueña. A vos, y de vos la pido (replicó D. Quixote); porque ni soy de marmor, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada, y secreta, que lo debió de ser la cueba donde el traidor, y atrevido Eneas gozó á la hermosa, y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas; y diciendo esto, besó su derecha mano, y le asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por vér ir á los dos así asidos, y travados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin D. Quixote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos, ni la vela. D. Quixote se acorrucó, y se cu-

brió

brió todo, no dexando mas del rostro descubierto; y haviéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue D. Quixote, diciendo: Puede vuestra merced ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon, y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo (respondió la Dueña), que de la gentil, y agradable presencia de vuestra merced no se podia esperar sino tan christiana respuesta. Es, pues, el caso, señor D. Quixote, que aunque vuestra merced me vé sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en hábito de Dueña aniquilada, y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi corta suerte, y el descuido de mis padres, que empobrecieron ántes de tiempo, sin saber cómo, ni cómo no, me traxeron á la Corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una princi-

pal Señora : y quiero hacerle sabidor á vuestra merced que en hacer vainillas, y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos, y Católicos Christianos. Quedé huérfana, y atenida al miserable salario, y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suelen dar en Palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre yá en dias, barbado, y apersonado, y sobre todo hidalgo como el Rey, porque era Montañes. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi Señora; la qual por escusar dimes, y diretes, nos casó en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Católica Romana; de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia: no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho, y en sazon; sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo; que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vues-

vuestra merced se admirára: Y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dixo: Perdóneme vuestra merced, señor D. Quixote, que no vá mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches, ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos. Esto á lo menos no puedo dexar de contarlo, porque se note la crianza, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar en la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante; y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baxa le decia: ¿Qué haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El Alcalde de comedido detuvo las riendas al caballo, y díxole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que así era el nom-

bre de mi ama. Todavia porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de cólera, y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotóse la Puerta de Guadalaxara: digo la gente valdía que en ella estaba. Vínose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un Barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesia de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles; y por esto, y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidió; de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda, y desamparada, con hija acuestas, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba reciencasada con el Duque

que mi señor, quiso traherme consigo á este Reyno de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, bayla como una perdida, lee, y escribe como un Maestro de escuela, y cuenta como un avariento. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres dias, uno mas á menos. En resolucion de esta mi muchacha se enamoró un hijo de un Labrador riquísimo, que está en una Aldea del Duque mi señor, no muy lexos de aquí. En efecto no sé cómo, ni cómo no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir. Y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quexado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal Labrador se case con mi hija, hace orejas de Mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus tram-

pas

pas por momentos, no le quiere descontentar, ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria, pues, señor mio, que vuestra merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó yá por ruegos, ó yá por armas; pues, segun todo el mundo dice, vuestra merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables: y póngasele á vuestra merced por delante la huerfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta, y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuestra merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion, que de hermosura; y mas de desenvoltura, que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estár junto á ella un momento. Y aun mi señora la Duquesa...... quiero callar,
que

que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntó D. Quixote. Con ese conjuro, respondió la Dueña, no puedo dexar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. Vé vuestra merced, señor D. Quixote, la hermosura de mi señora la Duquesa? Aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada, y tersa: aquellas dos mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna; y aquella gallardía con que vá pisando, y aun despreciando el suelo, que no parece sino que vá derramando salud donde pasa? Pues sepa vuestra merced, que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los Médicos que está llena. ¡Santa Maria! dixo D. Quixote: ¿y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera, si me lo dixeran Frayles Descalzos; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser así: pero tales fuentes, y en tales lugares no deben de manar humor, sino ambar líquido. Verda-

daderamente que ahora acabo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó D. Quixote de decir estas razones, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse; y luego sintió la pobre Dueña, que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque D. Quixote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo, y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda, y tunda azotesca. Y no fue vano su temor, porque en dexando molida á la Dueña (la qual no osaba quexarse), los callados verdugos acudieron á D. Quixote, y desenvolviéndole de la sábana, y de la colcha, le pellizcaron tan amenudo, y tan reciamente, que no pudo dexar de defenderse á puñadas; y todo esto en un silen-



Em. Monfort fct.

lencio admirable. Duró la batalla casi media hora : saliéronse las fantasmas : recogió Doña Rodriguez sus faldas , y gimiendo su desgracia , se salió por la puerta á fuera sin decir palabra á D. Quixote ; el qual doloroso , y pellizcado , confuso , y pensativo , se quedó solo , donde le dexaremos deseoso de saber quién havia sido el perverso encantador que tal le havia puesto ; pero ello se dirá á su tiempo , que Sancho Panza nos llama , y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO CII.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su Insula.

DExamos al gran Gobernador enojado, y mohino con el Labrador pintor , y socarron , el qual industriado del Mayordomo , y el Mayordomo del Duque , se burlaban de Sancho ; pero él se las tenia tiesas á todos , magüera tonto , bronco , y rollizo ; y dixo á los que con él estaban, y al Doctor Pedro Recio , que como se acabó el secreto de la carta del Duque havia vuelto á entrar en la sala : Ahora verdaderamente que entiendo que los Jueces,

y Gobernadores deben de ser, ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas, y á todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen, y murmuran, les roen los huesos, y aun deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon, y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer, ni á la del dormir, que los Jueces son de carne, y hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo que no le doy de comer á la mia: merced al señor Doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él, y á todos los de su raléa: digo á la de los malos Médicos, que la de los buenos palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza, se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian

á

á qué atribuirlo, sino á que los oficios, y cargos graves, ó adoban, ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el Doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hippócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo al parecer suyo se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavia se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado francolines de Milan, faysanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos: y entre la cena, volviéndose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el qual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos, y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de Palacio, los re-

ci-

cibe con melindre , y algunas veces con asco. Lo que el Maestresala puede hacer es , traherme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen , y en ellas puede embaúlar, y encerrar todo lo que él quisiere , como sea de comer , que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia ; y no se burle nadie conmigo , porque , ó somos , ó no somos : vivamos todos , y comamos en buena paz , y compaña , pues quando Dios amanece , para todos amanece : yo gobernaré esta Insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho ; y todo el mundo trayga el ojo alerta , y mire por el vigote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana ; y que si me dan ocasion , han de vér maravillas : No si no haceos de miel , y comeroshan moscas. Por cierto , señor Gobernador (dixo el Maestresala), que vuestra merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco , en nombre de todos los Insulanos de esta Insula , que han de servir á vuestra merced con toda puntualidad , amor , y benevolencia ; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuestra merced ha dado, no les dá lugar de hacer,

cer, ni de pensar cosa, que en deservicio de vuestra merced redunde. Yo lo creo (respondió Sancho), y serian ellos unos necios, si otra cosa hiciesen, ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa, y hace mas al caso; y en siendo hora, vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo género de inmundicia, y de gente vagamunda, holgazana, y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdía, y perezosa es en la República lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel, que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los Labradores: guardar sus preeminencias á los hidalgos: premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la Religion, y á la honra de los Religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuestra merced, señor Gobernador (dixo el Mayordomo), que estoy admirado de vér que un hombre tan sin letras como vuestra merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales, y tantas cosas llenas de senten-

cias, y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuestra merced esperaban los que nos enviaron, y los que aquí venimos. Cada dia se vén cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el Gobernador, con licencia del señor Doctor Recio. Aderezáronse de ronda: salió con el Mayordomo, Secretario, Maestresala, y el Cronista, que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y Alguaciles, y Escribanos tantos, que podian formar un mediano esquadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no havia mas que vér; y á pocas calles andadas del Lugar, sintieron ruido de cuchilladas. Acudieron allá, y hallaron que eran solos dos hombres los que reñian; los quales, viendo venir la Justicia, se estuvieron quedos, y el uno de ellos dixo: Aquí de Dios, y del Rey: ¿cómo, y que se ha de sufrir que roben en poblado en este Pueblo, y que salgan á saltear en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien (dixo Sancho), y contadme qué es la causa de esta pendencia, que yo soy el Gobernador. El otro contrario dixo:

Se-

Señor Gobernador, yo la diré con toda brevedad: Vuestra merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontero, mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, juzgué mas de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzóse con la ganancia; y quando esperaba que me havia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso, y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien, y mal pasar, y para apoyar sinrazones, y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas, y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron; y el socarron, que no es mas ladron que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea vuestra merced, señor Gobernador, qué poca vergüenza, y qué poca conciencia; pero á fé que si vuestra mer-

ced no llegára, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que havia de saber con quántas entraba la romana. ¿Qué decís vos á esto? (preguntó Sancho). Y el otro respondió, que era verdad quanto su contrario decia, y no havia querido darle mas de quatro reales, porque se los daba muchas veces, y los que esperan barato, han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si yá no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna havia mayor, que el no haverle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es (dixo el Mayordomo): vea vuestra merced, señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres. Lo que se ha de hacer es esto (respondió Sancho): Vos, ganancioso, bueno, ó malo, ó diferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales; y mas haveis de desembolsar treinta para los pobres de la carcel; y vos, que no teneis oficio, ni beneficio, y andais de nones en esta Insula, tomad luego esos

cien

cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta Insula desterrado por diez años, só pena, si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno: recibió el otro: este salió de la Insula; aquel se fue á su casa, y el Gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos (dixo el Escribano) no la podrá vuestra merced quitar, porque la tiene un gran personage; y mas es, sin comparacion, lo que él pierde al año, que lo que saca de los naypes. Contra otros gariteros de menor quantía podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias encubren; que en las casas de los Caballeros principales, y de los Señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas: y pues el vicio del juego se ha vuelto en exercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abaxo, y le desuellan

vivo. Ahora, Escribano (dixo Sancho), yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un Corchete, que trahia asido á un mozo, y dixo: Señor Gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la Justicia, volvió las espaldas, y comenzó á correr como un gamo: señal que debe de ser algun delinqüente. Yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó, y cayó, no le alcanzára jamás. ¿Por qué huías, hombre? (preguntó Sancho). A lo que el mozo respondió: Señor, por escusar de responder á las muchas preguntas que las Justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Texedor. ¿Y qué texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuestra merced. Graciosico me sois? De chocarrero os picais? Está bien. ¿Y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el ayre. ¿Y adónde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno. Respondeis muy apropósito: discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el ayre, y que os sopla en popa, y os encamino á la carcel. Asidle, ola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin ayre esta noche. Par Dios (dixo el mozo), así me hará vuestra merced dormir en la carcel, como ha-

cer-

cerme Rey. ¿Pues por qué no te haré dormir en la carcel? (respondió Sancho) ¿No tengo yo poder para prenderte, y soltarte cada, y quando que quisiere? Por mas poder que vuestra merced tenga (dixo el mozo), no será bastante para hacerme dormir en la carcel. ¿Cómo que no? (replicó Sancho): llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el Alcayde quiera usar con él de su interesal libertad; que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te dexa salir un paso de la carcel. Todo eso es cosa de risa (respondió el mozo): el caso es, que no me harán dormir en la carcel quantos hoy viven. Dime, demonio (dixo Sancho) ¿tienes algun Angel, que te saque, y te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor Gobernador (respondió el mozo con muy buen donayre), estemos á razon, y vengamos al punto. Presuponga vuestra merced que me manda llevar á la carcel, y que en ella me echan grillos, y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al Alcayde graves penas si me dexa salir, y que él lo cumpla como se le manda: con todo eso, si yo no quiero dormir, sino estarme dispierto toda la noche, sin pe-

gar pestaña, ¿será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? No por cierto (dixo el Secretario), y el hombre ha salido con su intento. De modo (dixo Sancho) que no dexareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor (dixo el mozo), ni por pienso. Pues andad con Dios (dixo Sancho): idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la Justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuese el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda; y de allí á poco vinieron dos Corchetes que trahian á un hombre asido, y dixeron: Señor Gobernador, este que parece hombre, no lo es, sino muger, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronla á los ojos dos, ó tres linternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una muger, al parecer de diez y seis, ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro, y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abaxo,

y

y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro, y aljofar: los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una salta en barca, ó ropilla de lo mismo suelta, debaxo de la qual trahía un jubon de tela finísima de oro, y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre. No trahía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de quantos la vieron, y los naturales del Lugar dixeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas, que se havian de hacer á Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso, y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóla quén era, adónde iba, y qué ocasion la havia movido para vestirse en aquel hábito? Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza, respondió: No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importa fuera secreto: una co-

cosa quiero que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro, que á la honestidad se debe. Oyendo esto el Mayordomo, dixo á Sancho: Haga, señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el Gobernador: apartáronse todos, sino fueron el Mayordomo, Maestresala, y el Secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, Arrendador de las lanas de este Lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino (dixo el Mayordomo), señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno varon, ni hembra: y mas que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Yá yo havia dado en ello (dixo Sancho). Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo (respondió la doncella); pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben

ben de conocer. Aun eso lleva camino (respondió el Mayordomo), que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal, y rico, y que tiene un hijo, y una hija, y que despues que enviudó no ha havido nadie en todo este Lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no dá lugar al Sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad (respondió la doncella), y esa hija soy yo. Si la fama miente, ó no en mi hermosura, yá os havreis, señores, desengañado, pues me haveis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oido del Maestresala, y le dixo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en ello (respondió el Maestresala), y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y la pidió que sin temor alguno les dixese lo que le havia sucedido,

do, que todos procurarian remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, señores (respondió ella), que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen Misa en un rico Oratorio; y yo en todo este tiempo no he visto el Sol del cielo de dia, y la Luna, y las Estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas, ni Templos, ni aun hombres, fuera de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por nó declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa, siquiera á la Iglesia, há muchos dias, y meses que me trahe muy desconsolada. Quisiera yo vér el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Quando oia decir que corrian toros, y jugaban cañas, y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dixese qué cosas eran aquellas, y otras muchas

chas que yo no he visto : él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo rogué, y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogára : y tornó á renovar el llanto. El Mayordomo la dixo: Prosiga vuestra merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras, y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir (respondió la doncella), aunque muchas lágrimas sí que llorar ; porque los mal colocados deseos no pueden traher consigo otros descuentos que los semejantes. Havíase sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljofar, ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperábase el Gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díxola

que

que acabase de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre rotos sollozos, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á vér todo el pueblo, quando nuestro padre durmiese. El, importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo; y poniéndome este vestido, y él vistiéndose otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima; esta noche, debe de haver una hora, poco mas, ó menos, nos salimos de casa; y guiados de nuestro mozo, y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y quando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta debe de ser la Ronda: aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar. Yo á menos de seis pasos
caí

caí con el sobresalto, y entónces llegó el Ministro de la Justicia, que me traxo ante vuestras mercedes, adonde por mala, y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora (dixo Sancho), ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis? ¿No os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de vér mundo, que no se estendia á mas que á vér las calles de este Lugar; y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los Corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos quando se huyó de su hermana. No trahia sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino: la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios, y enrizados. Apartáronse con el Gobernador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venia en aquel trage? Y él, con no menos vergüenza, y empacho, contó lo mismo que su hermana havia contado, de que

re-

recibió gran gusto el enamorado Maestresala; pero el Gobernador les dixo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería; y para contar esta necedad, y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lágrimas, y suspiros; que con decir somos fulano, y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabára el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Así es la verdad (respondió la doncella); pero sepan vuestras mercedes que la turbacion, que he tenido, ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el término que debia. No se ha perdido nada (respondió Sancho): vamos, y dexaremos á vuestras mercedes en casa de su padre: quizá no los havrá echado menos; y de aquí adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de vér mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la muger, y la gallina, por andar se pierden aína; y la que es deseosa de vér, tambien tiene deseo de ser vista. No digo mas. El mancebo agradeció al Gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su

ca-

casa; y así se encaminaron hácia ella, que no estaba muy lexos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento baxó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dexando á todos admirados, así de su gentileza, y hermosura, como del deseo que tenian de vér mundo de noche, y sin salir del Lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el Maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por muger á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos, y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un Gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el Gobierno, con que se destroncaron, y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPITULO CIII.

Donde se declara quiénes fueron los encantadores, y verdugos que azotaron á la Dueña, y pellizcaron, y arañaron á D. Quixote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza.

DIce Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quixote, otra Dueña, que con ella dormia, lo sintió; y que como todas las Dueñas son amigas de saber, entender, y oler, se fue tras ella con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echó de vér; y así como la Dueña la vió entrar en la estancia de D. Quixote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las Dueñas tienen de ser chismosas, al momento fue á poner en pico á su señora la Duquesa de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quixote. La Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidió licencia para que ella, y Altisidora viniesen á vér

lo

lo que aquella Dueña queria con D. Quixote : el Duque se la dió, y las dos con gran tiento , y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento , y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y quando oyó la Duquesa que Rodriguez havia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir , ni menos Altisidora : y así llenas de cólera , y deseosas de venganza , entraron de golpe en el aposento , y acrivillaron á D. Quixote , y vapularon á la Dueña del modo que queda contado: porque las afrentas que ván derechas contra la hermosura, y presuncion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que la havia pasado , de lo que se holgó mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir pasatiempo con D. Quixote, despachó al page, que havia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno , á Teresa Panza su muger , con la carta de su marido, y con otra suya , y con una gran sarta de

corales ricos, presentados. Dice, pues, la historia que el page era muy discreto, y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al Lugar de Sancho; y ántes de entrar en él vió en un arroyo estár lavando cantidad de mugeres, á quienes preguntó si le sabrian decir si en aquel Lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un Caballero llamado D. Quixote de la Mancha; á cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dixo: Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal Caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dixo el page, y mostradme á vuestra madre, porque la traygo una carta, y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas, ó menos; y dexando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse, ni calzarse, que estaba en piernas, y desgreñada, saltó delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vuestra merced, que á la entrada del Pueblo está nuestra casa, y mi madre

dre en ella, con harta pena por no haver sabido muchos dias há nuevas de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas (dixo el page) que tiene que dár bien gracias á Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo, y brincando llegó al Pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa, dixo á voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trahe cartas, y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda, que parecia, segun era de corta, se la havian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los quarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda, y avellanada; la qual, viendo á su hija, y al page á caballo, le dixo: ¿Qué es esto, niña? qué señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza (respondió el page); y diciendo, y haciendo, se arrojó del caballo, y se fue con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Deme vuestra merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así co-

mo muger legítima, y particular del señor D. Sancho Panza, Gobernador propio de la Insula Barataria. ¡Ay, señor mio! quíteseme de ahí; no haga eso (respondió Teresa), que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y muger de un escudero andante, y no de Gobernador alguno. Vuestra merced (respondió el page) es muger dignísima de un Gobernador archidignísimo; y para prueba de esta verdad reciba vuestra merced esta carta, y este presente: y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, que se la echó al cuello, y dixo: Esta carta es del señor Gobernador; y otra que traygo, y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuestra merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas, ni menos; y la muchacha dixo: Que me maten, si no anda por aquí nuestro señor amo D. Quixote, que debe de haver dado á padre el Gobierno, ó Condado, que tantas veces le havia prometido. Así es la verdad (respondió el page), que por respeto del señor D. Quixote es ahora el señor Sancho Gobernador de la Insula Barataria,

co-

como se verá por esta carta. Léamela vuestra merced, señor gentilhombre (dixo Teresa), porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja: ni yo tampoco (añadió Sanchica); pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el Cura mismo, ó el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana, por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie (dixo el page), que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré: y así se la leyó toda, que por quedar yá referida no se pone aquí: y luego sacó otra de la Duquesa, que decia de esta manera:

"Amiga Teresa. Las buenas partes de »la bondad, y del ingenio de vuestro »marido Sancho, me movieron, y obli»garon á pedir á mi marido el Duque le »diese un Gobierno de una Insula de »muchas que tiene. Tengo noticia que go»bierna como un girifalte, de lo que yo »estoy muy contenta, y el Duque mi se»ñor por el consiguiente, por lo que doy »muchas gracias al cielo de no haverme »engañado en haverle escogido para el »tal Gobierno; porque quiero que sepa »la señora Teresa que con dificultad se »halla un buen Gobernador en el mun-

»do, y tal me haga á mí Dios, como »Sancho gobierna. Ahí la envio, queri»da mia, una sarta de corales con extre»mos de oro: yo me holgára que fuera »de perlas orientales; pero quien te dá »el huevo, no te querria vér muerta: »tiempo vendrá en que nos conozcamos, »y nos comuniquemos, y Dios sabe lo »que será. Encomiéndeme á Sanchica su »hija, y dígala de mi parte que se apa»reje, que la tengo de casar altamente, »quando menos lo piense. Dícenme que »en ese Lugar hay bellotas gordas: en»víeme hasta dos docenas, que las esti»maré en mucho, por ser de su mano, »y escríbame largo, avisándome de su »salud, y de su bien estár; y si huvie»re menester alguna cosa, no tiene que »hacer mas que boquear, que su boca se»rá medida: y Dios me la guarde. De »este Lugar. Su amiga que bien la quiere,

La Duquesa."

Ay! dixo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no con las hidalgas que en este Pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento,

to, y van á la Iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas Reynas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora: y veis aquí donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual; que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha. Y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo la enviaré á su Señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á vér á la mira, y á la maravilla. Y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor: pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un Príncipe; que las buenas nuevas que nos ha trahido, y la buena cara que él tiene, lo merecen todo; y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, al Padre Cura, y á Maese Nicolas el Barbero, que tan amigos son, y han sido de tu padre. Sí haré, madre (respondió Sanchica); pero mire que me ha de dar la mitad de esa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se la havia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija (respondió

Te-

Teresa); pero déxamela traher algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán (dixo el page), quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el Gobernador solo un dia llevó á caza; el qual todo le envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años (respondió Sancha), y el que lo trahe ni mas, ni menos, y aun dos mil, si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas, como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura, y Sanson Carrasco, comenzó á baylar, y decir: A fé que ahora que no hay pariente pobre! Gobiernito tenemos: no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra locura, sino que estas son cartas de Duquesas, y de Gobernadores, y estos, que traygo al cuello, son corales finos: las Ave Marias, y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos,

mos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podrán vér ellos (respondió Teresa); y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson, y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que havia leido. Y preguntó el Bachiller, quién havia trahido aquellas cartas? Respondió Teresa que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le trahia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos, y remirólos; y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dixo: Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga, ni qué me piense de estas cartas, y de estos presentes. Por una parte veo, y toco la fineza de estos corales, y por otra leo, que una Duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderécenme esas medidas, dixo entónces Carrasco. Ahora bien, vamos á vér al portador de este pliego, que de él nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al page crivando un poco de cebada para su cavalgadura, y á Sanchica cortan-

tando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haverle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dixese nuevas, así de D. Quixote, como de Sancho Panza; que puesto que havian leido las cartas de Sancho, y de la señora Duquesa, todavia estaban confusos, y no acababan de atinar qué seria aquello del Gobierno de Sancho, y mas de una Insula, siendo todas, ó las mas que hay en el mar Mediterraneo de Su Magestad. A lo que el page respondió: De que el Señor Sancho Panza sea Gobernador, no hay que dudar en ello: de que sea Insula, ó no la que gobierna, en eso no me entrometo; pero basta que sea un Lugar de mas de mil Vecinos: y en quanto á lo de las bellotas, digo que mi señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no digo el enviar á pedir bellotas á una Labradora; pero que la acontecia enviar á pedir un peyne prestado á una vecina suya. Porque quiero que sepan vuestras mercedes que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Caste-

tellanas: con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de esta plática, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al page: Dígame, señor: ¿Mi señor padre trahe por ventura calzas atacadas despues que es Gobernador? No he mirado en ello (respondió el page); pero sí debe de traher. ¡Ay Dios mio! (replicó Sanchica) y qué será de vér á mi padre con pedorreras! ¿No es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de vér á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuestra merced, si vive (respondió el page). Par Dios términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de vér el Cura, y el Bachiller que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo; que yá Teresa les havia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: Señor Cura, eche cara por ahí, si hay alguien que vaya á Madrid, ó á Toledo, para que compre un verdugado redondo, hecho, y derecho, y sea al uso, y de los mejores que huviere;

re; que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aun que, si me enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche, como todas; que la que tiene marido Gobernador, muy bien le puede traher, y sustentar. ¿Y cómo, madre? (dixo Sanchica). Pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana, aunque dixesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en el coche: Mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y cómo vá sentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papesa; pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo: mal año, y mal mes para quantos murmuradores hay en el mundo; y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Dices bien, hija (respondió Teresa): y todas estas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, cómo no pára hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar á ser venturosa: y (como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre, que así como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la vaquilla, corre con tu soguilla:

quan-

quando te dieren un Gobierno , cógele: quando te dieren un Condado , agárrale; y quando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva , envásala : no sino dormios , y no respondais á las venturas , y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me dá á mí (añadió Sanchica) que diga el que quisiere , quando me vea entonada , y fantasiosa : Vióse el perro en bragas de cerro , y lo demás? Oyendo lo qual el Cura , dixo : Yo no puedo creer sino que todos lo del linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo : ninguno de ellos he visto , que no los derrame á todas horas , y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad (dixo el page) , que el señor Gobernador Sancho á cada paso los dice ; y aunque muchos no vienen apropósito , todavia dan gusto , y mi señora la Duquesa , y el Duque los celebran mucho. ¿Qué todavia se afirma vuestra merced , señor mio (dixo el Bachiller) , ser verdad esto del Gobierno de Sancho , y de que haya Duquesa en el mundo que la envie presente , y la escriba ? Porque nosotros , aunque tocamos los presentes , y hemos leido las

car-

cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quixote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento: y así estoy por decir que quiero tocar, y palpar á vuestra merced, por vér si es Embaxador fantástico, ó hombre de carne, y hueso. Señores, no sé mas de mí (respondió el page), sino que soy Embaxador verdadero, y que el señor Sancho Panza es Gobernador efectivo; y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dar, y han dado el tal Gobierno; y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento, ó no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así (replicó el Bachiller); pero *dubitat Augustinus.* Dude quien dudare (respondió el page): la verdad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceyte sobre el agua; y si no, *operibus credite, & non verbis.* Véngase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verá con los ojos lo

lo que no creen por los oidos. Esa ida á mí toca (dixo Sanchica): lléveme vuestra merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á vér á mi señor padre. Las hijas de los Gobernadores (respondió el page) no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas, y literas, y de gran número de sirvientes. Par Dios (respondió Sanchica), tan bien me vaya yo sobre una pollina, como sobre un coche: hallado la haveis la melindrosa. Calla, muchacha (dixo Teresa), que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: quando Sancho, Sancha, y quando Gobernador, señora; y no sé si diga algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa (dixo el page); y denme de comer, y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. Á lo que dixo el Cura: Vuestra merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buen huesped. Reusólo el page; pero en efecto lo huvo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por D. Quixote, y sus hazañas.

El Bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon; y así dió un bollo, y dos huevos á un Monacillo, que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de un mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO CIV.

Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

AManeció el dia, que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la qual el Maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escribir á sus señores los que Sancho hacia, y decia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos; porque andaban mezcladas sus palabras, y sus acciones con asomos discretos, y tontos. Levantóse en

fin

fin el señor Gobernador, y por órden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva, y quatro tragos de agua fria: cosa que la trocára Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de ubas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos, y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos, y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal que en su secreto maldecia al Gobierno, y aun á quien se le havia dado; pero con su hambre, y su conserva se puso á juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreció, fue una pregunta, que un forastero le hizo, estando presentes á todo el Mayordomo, y los demás Acólitos, que fue: Señor, un caudaloso rio dividia á dos términos de un mismo Señorío (y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso): digo, pues, que sobre

este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca, y una como casa de Audiencia, en la qual de ordinario havia quatro Jueces, que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente, y del Señorío, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde vá, y á qué vá; y si dixere verdad, déxenle pasar; y si jurare mentira, muera por ello ahorcado en la horca, que allí se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condicion de ella, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de vér que decian verdad, y los Jueces los dexaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró, y dixo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los Jueces en el juramento, y dixeron: Si á este hombre le dexamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y haviendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuestra merced, señor Gobernador, qué ha-

harán los Jueces del tal hombre, que aun hasta ahora están dudosos, y suspensos; y haviendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores Jueces, que á mí os envian, lo pudieran haver escusado; porque yo soy un hombre, que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio, de modo que yo lo entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra, y otra vez el preguntador á referir lo que primero havia dicho. Sancho dixo: A mi parecer ese negocio en dos paletas lo declararé yo: y es así: El tal hombre jura, que vá á morir en la horca; y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Así es, como el señor Gobernador dice (dixo el mensagero); y quanto á la entereza, y entendimiento del caso, no hay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues, ahora (re-

plicó Sancho), que de este hombre, aquella parte que juró verdad, la dexen pasar, y la que dixo mentira, la ahorquen; y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasage. Pues, señor Gobernador (replicó el preguntador), será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa, y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre (respondió Sancho), este pasagero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir, que para vivir, y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente: y siendo esto así, como lo es, soy de parecer, que digais á esos señores, que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle, ó absolverle, que le dexen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo D. Quixote

la noche ántes que viniese á ser Gobernador de esta Insula, que fue, que quando la justicia estuviese en duda, me descantase, y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios, que ahora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es (respondió el Mayordomo), y tengo para mí, que el mismo Licurgo, que dió las leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia, que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo daré órden como el señor Gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas (dixo Sancho): denme de comer: lluevan casos, y dudas sobre mí, que yo las despavilaré en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última, que trahia en comision de hacerle. Sucedió, pues, que haviendo comido aquel dia contra las reglas, y aforismos del Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles, entró un correo con una carta de D. Quixote para el Gobernador. Mandó Sancho al Secreta-

rio que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el Secretario, y repasándola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quixote escribe á vuestra merced merece estár estampado, y escrito con letras de oro; y dice así:

CARTA

De D. Quixote de la Mancha á Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria.

»QUando esperaba oir nuevas de tus »descuidos, é impertinencias, Sancho ami»go, las oí de tus discreciones, de que »dí por ello gracias particulares al cie»lo, el qual del estiercol sabe levantar »los pobres, y de los tontos hacer discre»tos. Dícenme que gobiernas como si fue»ses hombre, y que eres hombre como si »fueses bestia, segun es la humildad con »que te tratas; y quiero que adviertas, »Sancho, que muchas veces conviene, y es »necesario, por la autoridad del oficio, »ir contra la humildad del corazon, por»que

»que el buen adorno de la persona que »está puesta en graves cargos, ha de ser »conforme á lo que ellos piden, y no á »la medida de lo que su humilde con»dicion le inclina. Vístete bien, que un »palo compuesto no parece palo: no di»go que traygas diges, ni galas, ni que »siendo Juez te vistas como Soldado; sino »que te adornes con el hábito que tu »oficio requiere, con tal que sea limpio, »y bien compuesto. Para ganar la vo»luntad del Pueblo que gobiernas, entre »otras has de hacer dos cosas: la una, »ser bien criado con todos, aunque esto »yá otra vez te lo he dicho; y la otra, »procurar la abundancia de los mante»nimientos: que no hay cosa que mas fa»tigue el corazon de los pobres que la »hambre, y la carestía.

»No hagas muchas premáticas; y si »las hicieres, procura que sean buenas, »y sobre todo que se guarden, y cum»plan: que las premáticas que no se guar»dan, lo mismo es que si no lo fuesen, »ántes dan á entender que el Príncipe »que tuvo discrecion, y autoridad para »hacerlas, no tuvo valor para hacer que »se guardasen: y las leyes que atemo-

»ri-

»rizan, y no se executan, vienen á ser
»como la viga, rey de las ranas, que al
»principio las espantó, y con el tiem-
»po la menospreciaron, y se subieron
»sobre ella. Sé padre de las virtudes, y
»padrastro de los vicios. No seas siem-
»pre riguroso, ni siempre blando, y es-
»coge el medio entre estos dos extremos,
»que en esto está el punto de la discre-
»cion. Visita las Cárceles, las Carnicerías,
»y las Plazas; que la presencia del
»Gobernador en lugares tales es de mu-
»cha importancia: consuela á los presos,
»que esperan la brevedad de su despa-
»cho: es coco á los carniceros, que por
»entónces igualan los pesos; y es espan-
»tajo á las placeras por la misma razon.
»No te muestres (aunque por ventura lo
»seas, lo qual yo no lo creo) codicioso,
»mugeriego, ni gloton; porque en sa-
»biendo el Pueblo, y los que te tratan
»tu inclinacion determinada, por allí te
»darán bateria hasta derribarte en el pro-
»fundo de la perdicion. Mira, y remira,
»pasa, y repasa los consejos, y documen-
»tos que te dí por escrito ántes que de
»aquí partieses á tu Gobierno, y verás
»como hallas en ellos, si los guardas,
»una

„una ayuda de costa, que te sobrelleve „los trabajos, y dificultades que á cada „paso á los Gobernadores se les ofrecen. „Escribe á tus señores, y muéstrateles „agradecido, que la ingratitud es hija de la „soberbia, y uno de los mayores peca„dos que se sabe; y la persona que es „agradecida á los que bien le han hecho, „dá indicio que tambien lo será á Dios, „que tantos bienes le hizo, y de conti„nuo le hace. La señora Duquesa despa„chó un propio con tu vestido, y otro „presente á tu muger Teresa Panza, y por „momentos esperamos respuesta.

„Yo he estado un poco mal dispuesto „de un cierto gateamiento que me sucedió, „no muy á cuento de mis narices; pero „no fue nada, que si hay encantadores „que me maltraten, tambien los hay que „me defiendan. Avísame si el Mayordo„mo, que está contigo, tuvo que vér en „las acciones de la Trifaldi, como tú lo „sospechaste, y de todo lo que te suce„diere me irás dando aviso, pues es tan „corto el camino; quanto mas que yo pien„so dexar presto esta vida ociosa en que „estoy, pues no nací para ella. Un ne„gocio se me ha ofrecido, que creo que

„me

»me ha de poner en desgracia de estos »señores; pero aunque se me dá mucho, »no se me dá nada, pues en fin en fin »tengo de cumplir ántes con mi profe- »sion que con su gusto, conforme á lo »que suele decirse: *Amicus Plato, sed »magis amica veritas*: dígote este latin, »porque me doy á entender que despues »que eres Gobernador lo havrás aprendi- »do. Y á Dios, el qual te guarde de que »ninguno te tenga lástima. Tu amigo

D. Quixote de la Mancha."

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron: y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al Secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego á su señor D. Quixote; y dixo al Secretario que sin añadir, ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dixese, y así lo hizo, y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

CAR-

CARTA

De Sancho Panza á D. Quixote de la Mancha.

„LA ocupacion de mis negocios es tan „grande que no tengo lugar para ras- „carme la cabeza, ni aun para cortarme „las uñas, y así las traygo tan crecidas, „qual Dios lo remedie. Digo esto, señor „mio de mi alma, porque vuestra mer- „ced no se espante, si hasta ahora no he „dado aviso de mi bien, ó mal estár en „este Gobierno, en el qual tengo mas „hambre que quando andábamos los dos „por las selvas, y por los despoblados.

„Escribióme el Duque mi señor el otro „dia, dándome aviso que havian entrado „en esta Insula ciertas espias para matarme, „y hasta ahora yo no he descubierto otra „que un cierto Doctor, que está en este „Lugar asalariado para matar á quantos „Gobernadores aquí viniesen. Llámase el „Doctor Pedro Recio, y es natural de „Tirteafuera, porque vea vuestra merced „qué nombre para no temer que he de „morir á sus manos. Este tal Doctor dice

„él

»él mismo de sí mismo que él no cura »las enfermedades quando las hay, sino »que las previene para que no vengan; y »las medicinas que usa son dieta, y mas »dieta, hasta poner la persona en los »huesos mondos, como si no fuese ma- »yor mal la flaqueza que la calentura. »Finalmente él me vá matando de ham- »bre, y yo me voy muriendo de despe- »cho; pues quando pensé venir á este »Gobierno á comer caliente, á beber »frio, y á recrear el cuerpo entre sába- »nas de holanda, sobre colchones de plu- »ma, he venido á hacer penitencia, co- »mo si fuera hermitaño; y como no la »hago de mi voluntad, pienso que al »cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

»Hasta ahora no he tocado derecho, »ni llevado cohecho, y no puedo pen- »sar en qué vá esto; porque aquí me han »dicho que los Gobernadores que á esta »Insula suelen venir, ántes de entrar en »ella, ó les han dado, ó les han presta- »do los del Pueblo muchos dineros: y »que esta es ordinaria usanza en los de- »más que ván á Gobiernos, no solamen- »te en este.

»Anoche andando de ronda topé una

»muy

»muy hermosa doncella en trage de varon,
»y un hermano suyo en hábito de muger:
»de la moza se enamoró mi Maestresala,
»y la escogió en su imaginacion para su
»muger, segun él ha dicho: yo escogí el
»mozo para mi yerno: hoy los dos pon-
»dremos en plática nuestros pensamientos
»con el padre de entrambos, que es un
»tal Diego de la Llana, hidalgo, y Chris-
»tiano viejo quanto se quiere.

»Yo visito las plazas, como vuestra
»merced me lo aconseja, y ayer hallé una
»tendera que vendia avellanas nuevas, y
»averigüela que havia mezclado con una
»hanega de avellanas nuevas otra de viejas,
»vanas, y podridas: apliquélas todas para
»los niños de la dotrina, que las sabrán
»bien distinguir, y sentenciéla que por
»quince dias no entrase en la plaza: han-
»me dicho que lo hice valerosamente; lo
»que sé decir á vuestra merced es, que es
»fama en este Pueblo, que no hay gen-
»te mas mala que las placeras, porque
»todas son desvergonzadas, desalmadas,
»y atrevidas; y yo así lo creo, por las
»que he visto en otros Pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya
»escrito á mi muger Teresa Panza, y en-
»via-

»viádola el presente que vuestra merced »dice, estoy muy satisfecho, y procu»raré de mostrarme agradecido á su tiem»po: bésela vuestra merced las manos de »mi parte, diciendo que digo yo que »no lo ha echado en saco roto, como lo »verá por la obra. No querria que vuestra »merced tuviese travacuentas de disgustos »con esos mis señores; porque si vuestra »merced se enoja con ellos, claro está que »ha de redundar en mi daño; y no será »bien que pues se me dá á mí por con»sejo que sea agradecido, que vuestra »merced no lo sea con quien tantas mer»cedes le tiene hechas, y con tanto re»galo ha sido tratado en su castillo.

»Aquello del gateado no entiendo, »porque imagino que debe de ser alguna »de las malas fechorias que con vuestra »merced suelen usar los malos encan»tadores: yo lo sabré quando nos vea»mos. Quisiera enviarle á vuestra mer»ced alguna cosa; pero no sé qué en»vie, sino es algunos cañutos de ge»ringas, que para con vegigas los hacen »en esta Insula muy curiosos, aunque si »me dura el oficio, yo buscaré qué en»viar de haldas, ú de mangas. Si me es»cri-

»cribiere mi muger Teresa Panza, pague »vuestra merced el porte, y envíeme la »carta, que tengo grandísimo deseo de »saber del estado de mi casa, de mi mu»ger, y de mis hijos. Y con esto Dios »libre á vuestra merced de mal intencio»nados encantadores, y á mí me saque »con bien, y en paz de este Gobierno, »que lo dudo, porque lo pienso dexar »con la vida, segun me trata el Doctor »Pedro Recio. Criado de vuestra merced,

Sancho Panza el Gobernador."

Cerró la carta el Secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron órden entre sí cómo despacharle del Gobierno: y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen Gobierno de la que él imaginaba ser Insula; y ordenó que no huviese regatones de los bastimentos en la República; y que no pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el Lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo aguase, ó le mudase el nombre, perdiese la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado

principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exhorbitancia. Puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese. Puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche ni de dia. Ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no traxese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los exâminase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolucion él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza.*

CAPITULO CV.

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

CUenta Cide Hamete que estando Don Qui-

Quixote yá sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la Orden de Caballería que profesaba; y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues pareció) cubiertas de luto de los pies á la cabeza; y la una de ellas llegándose á D. Quixote, se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de Don Quixote; y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos que puso en confusion á todos los que la oian, y miraban; y aunque pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hacer á Don Quixote, todavia viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemia, y lloraba, los tuvo dudosos, y suspensos, hasta que Don Quixote compasivo la levantó del suelo, y hizo que

se descubriese, y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser (lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez) la Dueña de la casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del Labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba, y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras tales. Finalmente Doña Rodriguez, volviéndose á los señores Duques, les dixo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este Caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo que él se la daba, y que departiese con el señor Don Quixote quanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz, y el rostro á Don Quixote, dixo: Dias há, valeroso Caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosía que un mal Labrador tiene fecha á mi muy querida, y amada hija, que es es-

ta desdichada , y sin ventura que aquí está presente, y vos me havedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho ; y ahora ha llegado á mi noticia que os quereis partir de este castillo en busca de las buenas venturas que Dios os deparare ; y así querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos , desafiásedes á este rústico indómito , y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la dió de ser su esposo, ántes y primero que yogase con ella ; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia , es pedir peras al olmo, por la ocasion que yá á vuestra merced en puridad tengo declarada; y con esto nuestro Señor dé á vuestra merced mucha salud , y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quixote con mucha gravedad , y prosopopeya : Buena Dueña , templad vuestras lágrimas , ó por mejor decir enjugadlas , y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija; á la qual la huviera estado mejor no haver sido tan facil en creer promesas de enamorados , las quales por

la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca de ese desalmado mancebo, y le hallaré, le desafiaré, y le mataré cada y quando que se escusáre de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester (respondió el Duque) que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta buena Dueña se queja, ni es menester tampoco que vuestra merced me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen, y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos Príncipes que dán campo franco á los que se combaten en los términos de sus Señoríos. Pues con ese se-

gu-

guro , y con buena licencia de vuestra grandeza (replicó D. Quixote) desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía , y me allano , y ajusto con la llaneza del dañador , y me hago igual con él , habilitándole para poder combatir conmigo ; y así , aunque ausente , le desafio , y reto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre , que fue doncella , y yá por su culpa no lo es , y que la ha de cumplir la palabra que la dió de ser su legítimo esposo , ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante , le arrojó en mitad de la sala , y el Duque le alzó , diciendo , que como yá havia dicho , él aceptaba el tal desafio en nombre de su vasallo , y señalaba el plazo de allí á seis dias , y el campo en la plaza de aquel castillo , y las armas las acostumbradas de los Caballeros , lanza, y escudo , y arnés tranzado , con todas las demás piezas , sin engaño , supercheria , ó superstición alguna , exâminadas , y vistas por los Jueces del campo ; pero ante todas cosas es menester que esta buena Dueña , y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote ; que de

otra manera no se hará nada, ni llegará á debida execucion el tal desafio. Yo sí pongo, respondió la Dueña: y yo tambien, añadió la hija toda llorosa, y toda vergonzosa, y de mal talante. Tomando, pues, este apuntamiento, y haviendo imaginado el Duque lo que havia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así las dieron quarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en qué havia de parar la sandez, y desenvoltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el page que llevó las cartas, y presentes á Teresa Panza, muger del Gobernador Sancho Panza; de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le havia sucedido en su viage; y preguntándoselo, respondió el page que no lo podia decir tan en público, ni con breves palabras:

que

que sus Excelencias fuesen servidos de dexarlo para á solas, y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas. Y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa. La una decia en el sobrescrito: Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé dónde; y la otra: A mi marido Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí. No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leyéndola para sí, viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

CARTA

De Teresa Panza á la Duquesa.

»MUcho contento me dió, señora mia, »la carta que vuestra grandeza me escri»bió, que en verdad que la tenia bien de»seada. La sarta de corales es muy bue»na, y el vestido de caza de mi marido »no le vá en zaga. De que vuestra Señoría »haya hecho Gobernador á Sancho mi »consorte ha recibido mucho gusto todo

»el

»el Lugar, puesto que no hay quien lo »crea, principalmente el Cura, y Maese »Nicolas el Barbero, y Sanson Carrasco »el Bachiller; pero á mí no se me dá na»da, que como ello sea así, como lo es, »diga cada uno lo que quisiere: aunque si »vá á decir verdad, á no venir los cora»les, y el vestido, tampoco yo lo creye»ra; porque en este Pueblo todos tienen »á mi marido por un porro, y que saca»do de gobernar un hato de cabras, no »pueden imaginar para qué Gobierno pue»da ser bueno. Dios lo haga, y lo enca»mine como vé que lo han menester sus »hijos. Yo, señora de mi alma, estoy de»terminada, con licencia de vuestra mer»ced, de meter este buen dia en mi casa, »yéndome á la Corte á tenderme en un co»che, para quebrar los ojos á mil envi»diosos que yá tengo. Y así suplico á vues»tra Excelencia mande á mi marido me »envie algun dinerillo, y que sea al»go, porque en la Corte son los gastos »grandes, que el pan vale á real, y la car»ne la libra á treinta maravedis, que es »un juicio; y si quisiere que no vaya, que »me lo avise con tiempo, porque me es»tán bullendo los pies por ponerme en ca-

»mino:

»mino : que me dicen mis amigas, y mis »vecinas que si yo, y mi hija andamos »orondas, y pomposas en la Corte, ven»drá á ser conocido mi marido por mí mas »que yo por él, siendo forzoso que pre»gunten muchos : Quiénes son estas seño»ras de este coche? y un criado mio res»ponda : La muger, y la hija de Sancho »Panza, Gobernador de la Insula Barata»ria; y de esta manera será conocido San»cho, y yo seré estimada, y á Roma por »todo. Pésame, quanto pesar me puede, »que este año no se han cogido bellotas en »este Pueblo : con todo eso envio á vues»tra Alteza hasta medio celemin, que una »á una las fui yo á coger, y á escoger al »monte, y no las hallé mas mayores: yo »quisiera que fueran como huevos de aves»truz.

»No se le olvide á vuestra pomposi»dad de escribirme, que yo tendré cui»dado de la respuesta, avisando de mi »salud, y de todo lo que huviere que avi»sar de este Lugar, donde quedo rogan»do á nuestro Señor guarde á vuestra »grandeza, y á mí no me olvide. Sanchi»ca mi hija, y mi hijo besan á vuestra »merced las manos. La que tiene mas de-

»seo

»seo de vér á vuestra Señoría, que de es-
»cribirla; *Su criada Teresa Panza.*"

Grande fue el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques: y la Duquesa tomó parecer á D. Quixote, si seria bien abrir la carta, que venia para el Gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quixote dixo que él la abriria, por darles gusto; y así lo hizo, y vió que decia de esta manera:

CARTA

De Teresa Panza á Sancho Panza su marido.

»TU carta recibí, Sancho mio de mi al-
»ma, y yo te prometo, y juro, como Ca-
»tólica Christiana, que no faltaron dos de-
»dos para volverme loca de contento. Mi-
»ra, hermano, quando llegué á oir que
»eras Gobernador, me pensé allí caer
»muerta de puro gozo; que yá sabes tú
»que dicen que así mata la alegria súbi-
»ta, como el dolor grande. A Sanchica
»tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo
»de puro contento. El vestido que me en-

»viaste tenia delante, y los corales que me
»envió mi señora la Duquesa al cuello, y
»las cartas en las manos, y el portador de
»ellas allí presente; y con todo eso creia,
»y pensaba que era todo sueño lo que
»veia, y lo que tocaba: porque ¿quién
»podia pensar que un pastor de cabras
»havia de venir á ser Gobernador de In-
»sulas? Yá sabes tú, amigo, que decia
»mi madre que era menester vivir mucho
»para vér mucho: dígolo, porque pienso
»vér mas, si vivo mas; porque no pien-
»so parar, hasta verte Arrendador, ó Al-
»cavalero, que son oficios, que aunque
»lleva el diablo á quien mal los usa, en
»fin, en fin, siempre tienen, y manejan
»dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el
»deseo que tengo de ir á la Corte: míra-
»te en ello, y avísame de tu gusto, que
»procuraré honrarte en ella, andando en
»coche.

»El Cura, el Barbero, el Bachiller, y
»aun el Sacristan, no pueden creer que
»eres Gobernador, y dicen que todo es
»embeleco, ó cosas de encantamento, co-
»mo son todas las de D. Quixote tu amo;
»y dice Sanson que ha de ir á buscarte,
»y á sacarte el Gobierno de la cabeza, y

„á D. Quixote la locura de los cascos. Yo
„no hago sino reirme, y mirar mi sarta,
„y dar traza del vestido que tengo de ha-
„cer del tuyo á nuestra hija. Unas bello-
„tas envié á mi señora la Duquesa: yo
„quisiera que fueran de oro. Envíame tú
„alguna sarta de perlas, si se usan en esa
„Insula. Las nuevas de este Lugar son,
„que la Berrueca casó á su hija con un
„Pintor de mala mano, que llegó á este
„Pueblo á pintar lo que saliese. Mandó-
„le el Concejo pintar las armas de Su Ma-
„gestad sobre las puertas del Ayuntamien-
„to: pidió dos ducados: diéronselos ade-
„lantados: trabajó ocho dias: al cabo de
„los quales no pintó nada, y dixo que no
„acertaba á pintar tantas baratijas: vol-
„vió el dinero, y con todo eso se casó á
„título de buen oficial: verdad es que
„yá ha dexado el pincel, y tomado la ha-
„zada, y vá al campo como gentilhombre.
„El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado
„de grados, y corona, con intencion de
„hacerse Clérigo: súpolo Minguilla, la
„nieta de Mingo Silvato, y hale puesto
„demanda de que la tiene dada palabra de
„casamiento: malas lenguas quieren decir
„que ha estado en cinta de él; pero él lo
„nie-

»niega á pies juntillas. Ogaño no hay acey-
»tunas, ni se halla una gota de vinagre
»en todo este Pueblo. Por aquí pasó una
»compañia de Soldados: lleváronse de ca-
»mino tres mozas de este Pueblo: no te
»quiero decir quién son: quizá volverán,
»y no faltará quien las tome por mu-
»geres, con sus tachas buenas, ó malas.
»Sanchica hace puntas de randas: gana
»cada dia ocho maravedis horros, que los
»vá echando en una alcancía para ayuda
»de su ajuar; pero ahora que es hija de
»un Gobernador, tú le darás la dote, sin
»que ella lo trabaje. La fuente de la pla-
»za se secó: un rayo cayó en la picota,
»y allí me las dén todas. Espero respues-
»ta de esta, y la resolucion de mi ida á
»la Corte: y con esto Dios te me guar-
»de mas años que á mí, ó tantos, porque
»no querria dexarte sin mí en este mundo.

Tu muger Teresa Panza."

Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas, y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el que trahia la que Sancho enviaba á D. Quixote, que asimismo se leyó públicamente, la qual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del pa-

page lo que le havia sucedido en el Lugar de Sancho, el qual se lo contó muy por extenso, sin dexar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso, que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon. Recibióle la Duquesa con grandísimo gusto, con el qual la dexaremos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Panza, flor, y espejo de todos los Insulanos Gobernadores.

CAPITULO CVI.

Del fatigado fin, y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Panza.

PEnsar que en esta vida las cosas de ella han de estár siempre en un estado, es pensar en lo escusado; ántes parece que ella anda toda en redondo: digo á la redonda. La Primavera sigue al Verano: el Verano al Estio: el Estio al Otoño: el Otoño al Invierno; y el Invierno á la Primavera: y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto

di-

dice Cide Hamete, Filósofo Mahomético; porque esto de entender la ligereza, é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de Fé, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro Autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la séptima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dar pareceres, y de hacer estatutos, y pragmáticas, quando el sueño, á despecho, y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento, y escuchando, por vér si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiéndose al ruido de voces, y de campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedó mas confuso, y lleno de temor, y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas por la humedad del suelo; y sin ponerse sobrerropa

 de

de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo que vió venir por los corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con espadas desenvaynadas, gritando á grandes voces: Arma, arma, señor Gobernador: arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y somos perdidos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito, y embelesado de lo que oia, y veia; y quando llegaron á él, uno le dixo: Armese luego vuestra Señoría, si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? (respondió Sancho) ni qué sé yo de armas, ni de socorros? Estas cosas mejor será dexarlas para mi amo D. Quixote, que en dos paletas las despachará, y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada de estas priesas. ¡Ah, señor Gobernador! dixo otro: qué relente es ese? Armese vuestra merced, que aquí le trahemos armas ofensivas, y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia, y nuestro Capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Gober-

bernador. Armenme norabuena, replicó Sancho. Y al momento le traxeron dos paveses, que venian proveidos de ellos. Le pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un paves delante, y otro detras, y por unas concavidades, que trahian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado, y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la qual se arrimó para poderse tener en pie. Quando así le tuvieron, le dixeron que caminase, y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su linterna, y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo (respondió Sancho), que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es, llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ó en pie en algun postigo, que yo le guardaré, ó con esta lanza, ó con mi cuerpo. Ande, señor Gobernador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso. Acabe,

y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuasiones, y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se havia hecho pedazos, y quedó como galápago, encerrado, y cubierto con sus conchas; ó como medio tocino, metido entre dos artesas; ó bien así como barca, que dá al traves en la arena. Y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna; ántes apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera, y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasára muy mal el pobre Gobernador; el qual en aquella estrecheza recogido, sudaba, y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios, que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian, y tal huvo, que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los exércitos, y á grandes voces decia: Aquí de los nuestros, que

por

por esta parte cargan los enemigos. Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen. Vengan alcancías, pez, y resina en calderas de aceyte ardiendo: trinchérense las calles con colchones. En fin él nombraba con todo ahinco todas las baratijas, é instrumentos, y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una Ciudad; y el molido Sancho que lo escuchaba, y sufria todo, decia entre sí: ¡O si mi Señor fuese servido que se acabase yá de perder esta Insula, y me viese yo, ó muerto, ó fuera de esta grande angustia! Oyó el cielo su peticion; y quando menos lo esperaba, oyó voces que decian: Vitoria, vitoria: los enemigos ván de vencida. Ea, señor Gobernador, levántese vuestra merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor de ese invencible brazo. Levántenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar; y puesto en pie, dixo: El enemigo, que yo huviere vencido, quiero que me le claven en la frente. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar á algun amigo, si es que

le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, traxéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor del sobresalto, y del trabajo. Yá les pesaba á los de la burla de havérsela hecho tan pesada; pero el haver vuelto en sí Sancho, les templó la pena que les havia dado su desmayo. Preguntó qué hora era? Respondiéronle que yá amanecia. Calló; y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué havia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho á mucho, se fue á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y llegándose al rucio, le abrazó, y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dixo: Venid vos acá, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miserias. Quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro cuerpezuelo, dichosas

sas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero despues que os dexé, y me subí sobre las torres de la ambicion, y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando al asno, sin que nadie nada le dixese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena, y pesar subió sobre él; y encaminando sus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestre-Sala, á Pedro Recio el Doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dixo: Abrid camino, señores mios, y dexadme volver á mi antigua libertad: dexadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser Gobernador, ni para defender Insulas, ni Ciudades de los enemigos, que quisieren acometerlas: mejor se me entiende á mí arar, cavar, podar, y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias, ni Reynos. Bien se está S. Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de Go-

bernador. Mas quiero hartarme de gazpachos, que estár sujeto á la miseria de un Médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el Verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujecion del Gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de matas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este Gobierno, y sin ella salgo: bien al revés de como suelen salir los Gobernadores de otras Insulas; y apártense, déxenme ir, que me voy á vizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas: merced á los enemigos, que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor Gobernador (dixo el Doctor Recio), que yo le daré á vuestra merced una bebida contra caidas, y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza, y vigor: y en lo de la comida, yo prometo á vuestra merced de enmendarme, dexándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

Tar-

Tarde piache, respondió Sancho: así dexaré de irme, como volverme Turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro Gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos; y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el ayre, para que me comiesen vencejos, y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pie llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja; y nadie tienda mas la pierna, de quanto fuere larga la sábana; y déxenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Gobernador, de muy buena gana dexaremos ir á vuestra merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio, y su cristiano proceder obligan á desearle; pero yá se sabe que todo Gobernador está obligado, ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia:

cia: dela vuestra merced de los diez dias que há que tiene el Gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde. Quanto mas que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender, que he gobernado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que soy de parecer que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciéndole primero compañia, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, medio queso, y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no havia menester mayor, ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dexó admirados, así de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tan discreta.

CAPITULO CVII.

Que trata de las cosas tocantes á esta historia, y no otra alguna.

REsolviéronse el Duque, y la Duquesa de que el desafio que D. Quixote hizo á su vasallo por la causa yá referida, pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde havia ido huyendo, por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo Gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de lo que havia de hacer. De allí á dos dias dixo el Duque á D. Quixote, como desde allí á quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como Caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él la huviese dado palabra de casamiento. D. Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso; y tuvo á gran ventura havérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen vér hasta dónde se esten-

tendia el valor de su brazo; y así con alborozo, y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexémoslos pasar nosotros (como dexamos pasar otras cosas), y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañia le agradaba mas que ser Gobernador de todas las Insulas del mundo. Sucedió, pues, que no haviéndose alongado mucho de la Insula del su Gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era Insula, Ciudad, Villa, ó Lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos estrangeros que piden la limosna cantando; los quales en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedian; y como él (segun dice Cide Hamete) era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan, y medio queso, de que venia

nia proveído, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No entiendo (respondió Sancho) qué es lo que me pedís, buena gente. Entónces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y estendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia ostugo de moneda; y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, haviéndole estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió á él, y echándole los brazos por la cintura, en voz alta, y muy castellana, dixo: ¡Válame Dios! Qué es lo que veo? Es posible que tengo en mis brazos á mi caro amigo, al mi buen Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del estrangero peregrino; y despues de haverle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino, le dixo: ¿Cómo, y es posible,

ble, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el Morisco, Tendero de tu Lugar? Entónces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto; y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dixo: ¿Quién diablos te havia de conocer, Ricote, en ese trage de moharracho que trahes? Dime quién te ha hecho Franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen, y conocen, tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho (respondió el peregrino), seguro estoy que en este trage no havrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer, y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente: yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro Lugar, por obedecer el bando de Su Magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi Nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo así Sancho; y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien des-

desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas, ó esclavinas, y quedaron en pelota; y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que yá era hombre entrado en años. Todos trahian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveídas, á lo menos de cosas incitativas, y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las hierbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dexaban mascar, no defendian ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceytunas, aunque secas, y sin adobo alguno, pero sabrosas, y entretenidas: pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se havia transformado de Morisco en Alemán, ó en Tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto, y

muy

muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos, y las botas en el ayre, que puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el Cielo, no parecia sino que ponian en él la punteria; y de esta manera, meneando las cabezas á un lado, y á otro (señales que acreditaban el gusto que recibian), se estuvieron un buen espacio trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de quando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su punteria como los demás, y no con menos gusto que ellos. Quatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fue posible, porque yá estaban mas enjutas, y secas que un esparto: cosa que puso mustia la alegria que hasta allí havian mostrado. De quando en quando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia *Español, y Tudesqui, tutto uno bon compaño.* Y Sancho respondia: *Bon compa-*

ño, jura Di: y disparaba con una risa, que le duraba una hora, sin acordarse entónces de nada de lo que le havia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato, y tiempo quando se come, y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fue principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas, y manteles. Solo Ricote, y Sancho quedaron alerta, porque havian comido mas, y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dexando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones.

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino, y amigo mio, como el pregon, y bando que Su Magestad mandó publicar contra los de mi Nacion, puso terror, y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte que me parece que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciesemos ausencia de España, yá tenia el rigor de la pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Orde-

né, pues, á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para el tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse): ordené, digo, de salir yo solo sin familia de mi Pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien ví, y vieron todos nuestros ancianos que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se havian de poner en execucion á su determinado tiempo. Y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fue inspiracion Divina lo que movió á Su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion: no porque todos fuésemos culpados, que algunos havia Christianos firmes, y verdaderos; pero eran tan pocos que no se podian oponer á los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que

se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en esta, y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos, y regalados, allí es donde mas nos ofenden, y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dexan allá sus mugeres, y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y ahora conozco, y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro Pueblo: entré en Francia; y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, y llegué á Alemania, y allí me pareció que podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa

en un Pueblo junto á Augusta: juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos de ellos cada año á visitar los Santuarios de ella, que los tienen por sus Indias, y por certísima grangería, y conocida ganancia: ándanla casi toda, y no hay Pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero; y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó yá en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos, y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dexé enterrado, que por estár fuera del Pueblo, lo podré hacer sin peligro, y escribir, ó pasar desde Valencia á mi hija, y á mi muger, que sé que está en Argel, y dár traza cómo traherlas á algun Puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Rico-
ta

ta mi hija, y Francisca mi muger son Católicas Christianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano que de Moro: y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir. Y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fueron mi muger, y mi hija ántes á Berberia que á Francia, adonde podian vivir como Christianas. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, eso no debió de estár en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo, el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro, fuese á lo mas bien parado: y sete decir otra cosa, que creo que vás en valde á buscar lo que dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas que havian quitado á tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, respondió Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron en mi entierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo, y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus nece-

sidades; que yá sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dexé de entre las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi Rey en dár favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aquí de contado quatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has dexado, Sancho? preguntó Ricote. He dexado de ser Gobernador de una Insula, respondió Sancho, y tal que á buena fé que no hallen otra como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esa Insula? pregunto Ricote. Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí; y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las Insulas están allá dentro de la mar, que no hay Insulas en la tierra firme. Cómo no? replicó Sancho: dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí de ella, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer, como un Sagitario; pero con todo eso la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los Gobernadores.

¿Y

¿Y qué has ganado en el Gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haver conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado; y que las riquezas que se ganan en los tales Gobiernos, son á costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento: porque en las Insulas deben de comer poco los Gobernadores, especialmente si tienen Médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; porque quién te havia de dár á tí Insulas que gobernases? Faltaban hombres en el mundo mas hábiles para Gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dexé escondido, que en verdad que es tanto que se puede llamar tesoro; y te daré con que vivas, como te he dicho. Yá te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déxame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde; y lo mal, ello, y su dueño. No quiero

porfiar, Sancho, dixo Ricote; pero dime: ¿Hallástete en nuestro Lugar quando se partió de él mi muger, mi hija, y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y te sé decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla quantos havia en el Pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas, y conocidas, y á quantos llegaban á verla; y á todos pedia la encomendasen á Dios, y á nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento que á mí me hizo llorar (que no suelo ser muy lloron); y á fé que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del Rey los detuvo. Principalmente se mostró mas apasionado D. Pedro Gregorio, aquel mancebo Mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que ese Caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor

de

de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien: que yá havrás oido decir, Sancho, que las Moriscas pocas, ó ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas Christiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes de ese señor Mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déxame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que yá mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino. Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPITULO CVIII.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que vér.

EL haverse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua de él, donde le tomó la noche al-

algo obscura, y cerrada; pero como era Verano, no le dió mucha pesadumbre; y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta, y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él, y el rucio en una honda, y obscura sima, que entre unos edificios muy antigüos estaba; y al tiempo de caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no havia de parar hasta el profundo de los abysmos; y no fue así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima de él, sin haver recibido lesion, ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por vér si estaba sano, ó agujerado por alguna parte; y viéndose bueno, entero, y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le havia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por vér si seria posible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas, y sin asidèro alguno, de lo que Sancho se acongojó mucho, especialmente quando oyó que el rucio se quejaba tierna,

na, y dolorosamente : y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. Ay! dixo entónces Sancho Panza, y quán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¡Quién dixera, que el que ayer se vió entronizado Gobernador de una Insula, mandando á sus sirvientes, y á sus vasallos, hoy se havia de vér sepultado en una sima, sin haver persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro! Aquí havremos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si yá no nos morimos ántes, él de molido, y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor D. Quixote de la Mancha quando descendió, y baxó á la cueba de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue á mesa puesta, y á cama hecha Allí vió él visiones hermosas, y apacibles; y yo veré aquí, á lo que creo, sapos, y culebras. Desdichado de mí, ¡y en qué han parado mis locuras, y fantasías! De aquí sacarán mis huesos (quando el cielo sea servido que me descu-

cubran) mondos, blancos, y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de vér quién somos, á lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte, que muriésemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde yá que no halláro remedio nuestra desgracia, no faltára quien de ella se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrára los ojos!

¡O compañero, y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado Poeta, y de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba, sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que aquel pobre se hallaba. Finalmente, haviendo pasado toda aquella noche en miserables quejas, y lamentaciones,

nes, vino el dia, con cuya claridad, y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse, y dar voces, por vér si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no havia persona, que pudiese escucharle; y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo, que le puso en pie, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas (que tambien havian corrido la misma fortuna de la caida) un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal; y díxole Sancho, como si lo entendiera: *Todos los duelos con pan son buenos*. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capáz de caber por él una persona, si se agoviaba, y encogia: acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso, y largo; y púdole vér, porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo del Sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba, y alargaba por otra concavidad espaciosa: viendo lo qual,

vol-

volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por vér si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba á obscuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios Todo-Poderoso! decia entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quixote: él sí que tuviera estas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y esperára salir de esta obscuridad, y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo, y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debaxo de los pies, de improviso, se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien vengas mal, si vienes solo. De esta manera, y con estos pensamientos le pareció que havria caminado poco mas de media legua; al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser yá de dia, y que por alguna parte entra-

traba, que daba indicio de tener fin abierto aquel para él camino de la otra vida. Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quixote, que alborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla, que havia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto, y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que saliendo una mañana á imponerse, y ensayarse en lo que havia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon, ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueba, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó; y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grande voces dentro; y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las daba decia: ¡Ah de arriba! ¿Hay algun Christiano que me escuche? ó algun Caballero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgobernado Gobernador? Parecióle á D. Quixote que oia la voz de Sancho Panza,

de que quedó suspenso, y asombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quién está allá abaxo? Quién se queja? ¿Quién pude estár aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, Gobernador por sus pecados, y por su mala andanza de la Insula Barataria, escudero que fue del famoso Caballero D. Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual D. Quixote, se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento, que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado de esta imaginacion, dixo: Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte, como Católico Christiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí: que pues es mi profesion favorecer, y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo será para acorrer, y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. De esa manera, respondieron, vuestra merced, que me habla, debe de ser mi señor D. Quixote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. D. Quixote soy, replicó D. Quixote, el

que profesó socorrer, y ayudar en sus necesidades á los vivos, y á los muertos. Por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás; y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte, y dime quién eres. Voto á tal (respondieron), y por el nacimiento de quien vuestra merced quisiere juro, señor D. Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que haviendo dexado mi Gobierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde cayó el rucio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. (Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueba retumbaba.) Famoso testigo! dixo

D. Quixote. El rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traheré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haver puesto. Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que yá no puedo llevar el estár aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexóle D. Quixote, y fue al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haver caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemorables estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo havia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas, y maromas, y á costa de mucha gente, y de mucho trabajo, sacaron al rucio, y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del Sol. Vióle un Estudiante, y dixo: De esta manera havian de salir de sus Gobiernos todos los malos Gobernadores, como sale este pecador del profundo del abysmo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho,

cho, y dixo: Ocho dias, ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la Insula que me dieron, en los quales no me ví harto de pan siquiera una hora. En ellos me han perseguido Médicos, y enemigos me han brumado los huesos: ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor, y lo que está bien á cada uno; y qual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos, no hay estacas; y Dios me entiende, y basta: y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, dixo D. Quixote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: vén tú con segura conciencia, y digan lo que dixeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el Gobernador sale rico de su Gobierno, dicen de él que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para-poco, y mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto,

que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban yá el Duque, y la Duquesa esperando á D. Quixote, y á Sancho; el qual no quiso subir á vér al Duque, sin que primero no huviese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia, que havia pasado muy mala noche en la posada: y luego subió á vér á sus señores, ante los quales, puesto de rodillas, dixo: Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fui á gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo, ni gano: si he gobernado bien, ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haverlo querido así el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, Médico Insulano, y Gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y haviéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Insula que salieron libres, y con victoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion en este tiem-

po

po yo he tanteado las cargas que trahe consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, ántes que diese conmigo al traves el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al traves; y ayer de mañana dexé la Insula como la hallé, con las mismas calles, casas, y texados que tenia quando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en grangerías; y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se havian de guardar, que es lo mismo hacerlas, que no hacerlas. Salí, como digo, de la Insula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima: víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol ví la salida; pero no tan facil, que á no depararme el cielo á mi señor D. Quixote, allí me quedára hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque, y Duquesa, aquí está vuestro Gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias, que ha tenido el Gobierno, el conocer que no se le ha de dar nada por ser Gobernador,

no que de una Insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: Salta tú, y dámela tú, doy un salto del Gobierno, y me paso al servicio de mi señor D. Quixote, que en fin en él, aunque cómo el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, ó de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quixote que havia de decir en ella millares de disparates; y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dixo que le pesaba en el alma de que huviese dexado tan presto el Gobierno; pero que él haria de suerte que le diese en su estado otro oficio de menos carga, y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido, y peor parado.

CAPITULO CIX.

De la descomunal, y nunca vista batalla que pasó entre D. Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la Dueña Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Gobierno que le dieron, y mas que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras, y acciones que Sancho havia dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y haviendo el Duque una, y muchas veces advertido á su Lacayo Tosilos cómo se havia de avenir con D. Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quixote, que no permitia la Christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo, y peligro de las vidas, y que se contentase con

que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el Decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quixote dixo que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y haviendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los Jueces del campo, y las Dueñas, madre, y hija demandantes, havia acudido de todos los Lugares, y Aldeas circunvecinas infinita gente á vér la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal havian visto, ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que havian muerto. El primero que entró en el campo, y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tanteó el campo, y le paseó todo, porque en él no huviese algun engaño, ni cosa encubierta, donde se tropezase, y cayese. Luego entraron las Dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Qui-

xo-

xote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande Lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes, y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho, y de color tordillo. De cada mano, y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se havia de portar con el valeroso D. Quixote de la Mancha; advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza; y llegando donde las Dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia. Llamó el Maese de Campo á D. Quixote, que yá se havia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las Dueñas, preguntándolas si consentian que volviese por su derecho D. Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme, y por valedero. Yá en este

tiem-

tiempo estaban el Duque, y la Duquesa puestos en una galería, que caía sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente, que esperaba vér el rigoroso trance, nunca visto. Fue condicion de los combatientes que si D. Quixote vencia, su contrario se havia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendedor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el Maestro de las ceremonias el Sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde havian de estár. Sonaron los atambores: llenó el ayre el són de las trompetas: temblaba debaxo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el buen, ó mal suceso de aquel caso. Finalmente D. Quixote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro Lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que quando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa muger que havia vis-

visto en toda su vida; y el niño cieguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente, sin que nadie le viese, le ensayó al pobre Lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra, y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que quando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro Lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que yá havia hecho señora de su libertad; y así no atendió al són de la trompeta, como lo hizo D. Quixote, que apenas la huvo oido, quando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dixo á grande voces: Dios te guie, nata, y flor de los Andantes Caballeros: Dios te dé la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quixote, no se movió un paso

de

de su puesto; ántes con grandes voces llamó al Maese de Campo, el qual venido á vér lo que queria, le dixo: ¿Señor, esta batalla no se hace porque yo me case, ó no me case con aquella señora? Así es, le fue respondido. Pues yo, dixo el Lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo, si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maese de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el Maese de Campo le fue á declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedó suspenso, y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dixo á grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y sin peligro de la muerte.

te. Oyó esto el valeroso D. Quixote, y dixo: Pues esto así es, yo quedo libre, y suelto de mi promesa: casarse en hora buena; y pues Dios nuestro Señor se la dió, S. Pedro se la bendiga. El Duque havia baxado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dixo: ¿Es verdad, Caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia, os quereis casar con esta doncella? Sí señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dixo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dár al mur, dalo al gato, y sacarteha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto, y patente su rostro de Lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dixeron: Este es engaño: engaño es este: á Tosilos, el Lacayo del Duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios, y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dixo

D.

D. Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen; los quales, envidiosos de que yo alcanzase la gloria de este vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es Lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quixote, que estoy por creer que este mi Lacayo no lo es; pero usemos de este ardid, y maña. Dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personage, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que volviese á su prístina figura; que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor D. Quixote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos, y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que yá tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á

mi

mi amo. Un Caballero, que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro Pueblo, y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica Labradora; y así imagina que este Lacayo ha de morir, y vivir Lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Séase quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco), que mas quiero ser muger legítima de un Lacayo, que no amiga, y burlada de un Caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion todos estos cuentos, y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese, hasta vér en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la victoria por D. Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancólicos de vér que no se havian hecho pedazos los tan esperados combatientes; bien así como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la justicia. Fuese la gente: volviéronse el Duque, y D. Quixote al castillo: encerraron á Tosilos: quedaron Do-

ña

ña Rodriguez, y su hija contentísimas de vér que por una via, ó por otra aquel caso havia de parar en casamiento; y Tosilos no esperaba menos.

CAPITULO CX.

De como D. Quixote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta, y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

YA le pareció á D. Quixote que era bien salir de tanta ociosidad, como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deleytes, que como á Caballero Andante aquellos señores le hacian; y parecíale que havia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad, y encerramiento; y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: ¡Quién pensára que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger

ger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, havian de parar en volver yo ahora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quixote de la Mancha! Con todo esto me contento de vér que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa: que á no havérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrára ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se la puede dar nombre de cohecho, porque yá tenia yo el Gobierno quando ella las envió: y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él: y así podré decir con segura conciencia que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo D. Quixote, haviéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana, se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio, con sus alforjas, maleta, y repuesto conten-

tísimo; porque el Mayordomo del Duque, el que fue de la Trifaldi, le havia dado un bolsillo con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino; y esto aún no lo sabia D. Quixote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas, y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta, y discreta Altisidora, y en són lastimero dixo:

Escucha, mal Caballero,
Detén un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera;
Sino de una corderilla,
Que está muy lexos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.
Tú llevas (llevar impío!)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.

Llévaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas, y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.
De ese Sancho, tu escudero,
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
Lleve la triste la pena;
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se vuelvan:
En sueño tus pasatiempos,
En olvido tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.
Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres á Inglaterra.

Si jugares al reynado,
Los cientos, ó la primera,
Los Reyes huyan de tí:
Ases, ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan;
Y quédente los raygones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quixote; y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dixo: Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: ¿Dime, llevas por ventura los tres tocadores, y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforfor-

forzar el donayre, y dixo: No me parece bien, señor Caballero, que haviendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama. Volvedla las ligas, si no, yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi Lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quixote, que yo desenvayne mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexe de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y así no tengo de qué pedir-

la perdon, ni á ella, ni á vuestra Excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor D. Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras; y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches (ó valeroso D. Quixote!), dixo entónces Altisidora; y es que le pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. ¿No lo dixe yo? dixo Sancho: bonico soy yo para encubrir hurtos; pues á quererlos hacer, de paleta me havia venido la ocasion en mi Gobierno. Abaxó la cabeza D. Quixote, y hizo reverencia á los Duques, y á todos los circunstantes; y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CA-

CAPITULO CXI.

De como menudearon sobre D. Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

QUando D. Quixote se vió en la campaña rasa, libre, y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus Caballerías; y volviéndose á Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones, que á los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede, y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo, que dexamos, hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados, y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la li-

bertad que lo gozára si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios, y mercedes recibidas son ataduras, que no dexan campear al ánimo libre. Venturoso aquel, á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro, que al mismo cielo. Con todo eso (dixo Sancho) que vuestra merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque, que como píctima, y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparémos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos, y otros razonamientos iban los Andantes Caballero, y escudero, quando vieron, haviendo andado poco mas de una legua, que encima de la hierba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa, que debaxo estaba. Estaban empinadas, y tendidas, y de trecho á trecho

pues-

puestas. Llegó D. Quixote á los que comian; y saludándoles primero cortesmente, les preguntó, qué era lo que aquellos lienzos cubrian? Uno de ellos le respondió: Señor, debaxo de estos lienzos están unas imágenes de relieve, y entabladura, que han de servir en un retablo, que hacemos en nuestra Aldea: llevámoslas cubiertas, porque no se desfloren; y en hombros, porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quixote, holgaria de verlas; pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo que lo son! dixo otro: si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna, que no esté en mas de cincuenta ducados; y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced, y verlahá por vista de ojos; y levantándose, dexó de comer, y fue á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de S. Jorge, puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quixote, dixo: Este Caballero fue uno de los mejores Andan-

dantes que tuvo la Milicia Divina: llamóse D. S. Jorge, y fue además defendedor de doncellas. Veamos esta ahora. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin, puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la huvo visto D. Quixote, quando dixo: Este Caballero tambien fue de los aventureros Christianos, y creo que fue mas liberal, que valiente, como lo puedes echar de vér, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le dá la mitad; y sin duda debia de ser entónces Invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dixo Sancho, sino que se debió de atener al refran, que dice, que para dar, y tener, seso es menester. Rióse D. Quixote, y pidió que quitasen otro lienzo, debaxo del qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas á caballo: la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabezas; y en viéndola, dixo D. Quixote: Este sí que es Caballero, y de las Esquadras de Christo: este se llama D. S. Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos, y Caballeros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego descubrieron

otro lienzo, y pareció que encubria la caida de S. Pablo del caballo abaxo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Quando le vió, tan al vivo, que dixeran que Christo le hablaba, y Pablo respondia: Este (dixo D. Quixote) fue el mayor enemigo, que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo, que tendrá jamás: Caballero Andante por la vida, y Santo á pie quedo por la muerte: trabajador incansable en la Viña del Señor: Doctor de las Gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de Catedrático, y Maestro que le enseñase, el mismo Jesu-Christo. No havia mas imágenes; y así mandó D. Quixote que las volviese á cubrir: y dixo á los que las llevaban: Por buen agüero he tenido, hermanos, haver visto lo que he visto, porque estos Santos, y Caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el exercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí, y ellos es, que ellos fueron Santos, y pelearon á lo Divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Estos conquistaron el cielo á fuerza de brazos (porque el cielo padece fuerza); y yo hasta

aho-

ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado sea sordo, dixo Sancho á esta sazon. Admiráronse los hombres, así de la figura, como de las razones de D. Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer: cargaron con sus imágenes; y despidiéndose de D. Quixote, siguieron su viage. Quedó Sancho de nuevo, como si jamás huviera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haver historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y díxole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves, y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella havemos salido sin palos, ni sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendi-

dito sea Dios, que tal me ha dexado vér con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dixo D. Quixote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana: sale de su casa: encuéntrase con un Frayle de la Orden del Bienaventurado S. Francisco; y como si huviera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas, y vúelvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon; como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento, como las referidas. El discreto, y christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Scipion á Africa: tropieza en saltando en tierra: tiénenlo por mal agüero sus Soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dixo: No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida, y entre mis brazos. Así que, San-

Sancho, el haver encontrado con estas imágenes, ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuestra merced me dixese qué es la causa por que dicen los Españoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel S. Diego Matamoros: *Santiago*; y: *Cierra España*? ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla, ó qué ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quixote; y mira que este gran Caballero de la Cruz bermeja, háselo dado Dios á España por Patron, y amparo suyo, especialmente en los rigorosos trances que con los Moros los Españoles han tenido; y así le invocan, y llaman, como á defensor suyo, en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos Esquadrones: y de esta verdad te pudiera traher muchos exemplos, que en las verdaderas historias Españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dixo á su amo: Maravillado estoy, Señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa: bravamente la de-

debe de tener herida, y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz cieguezuelo, que con estár lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta, y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien, que en la vergüenza, y recato de las doncellas se despuntan, y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dixo D. Quixote, que el amor, ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los Reyes, como las humildes chozas de los pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor, y la vergüenza; y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion, que lástima. Crueldad notoria! dixo Sancho: desagradecimiento inaudíto! Yo de mí sé decir, que me rindiera, y avasallára la mas mínima razon amorosa suya. Hi de puta, y qué corazon de marmol, qué entrañas de bronce, y qué alma de arga-

ma-

masa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuestra merced, que así la rindiese, y avasallase: qué gala, qué brio, qué donayre, qué rostro, qué cada cosa por sí de estas, ó todas juntas le enamoraron: que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar; y haviendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera, y principal parte que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió Don Quixote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo. La del alma campea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena crianza; y todas estas partes caben, y pueden estár en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer al amor con ímpetu, y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero tambien conozco que

no

no soy disforme, y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones, y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dixo á Sancho: Paréceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar: que me maten, si los encantadores, que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el Dios de los Herreros enredó á Venus, y á Marte, así las rompiera, como si fueran de juncos marinos, ú de hilachas de algodon. Y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras,

á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Trahian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo Sol; los quales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel, y de rojo amaranto texidas. La edad al parecer, ni baxaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fue esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quixote, hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos quatro. En fin quien primero habló fue una de las dos Zagalas, que dixo á D. Quixote: Detened, señor Caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos haveis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una Aldea, que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertó con que sus hijos, mugeres, y hijas, vecinos, amigos, y parien-

tes,

tes, nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva, y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores. Trahemos estudiadas dos églogas, una del famoso Poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua Portuguesa, las quales hasta ahora no hemos representado. Ayer fue el primero dia que aquí llegamos. Tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña. En el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido viniesen á dár en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huesped, sereis agasajado liberal, y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolia. Calló, y no dixo mas. A lo que respondió D. Quixote: Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso, ni admirado Anteon, quando vió al improviso bañarse en las aguas á Dia-

na, como yo he quedado atónito en vér vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas, me lo podeis mandar; porque no es esta la profesion mia, sino de mostrarme agradecido, y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocupáran toda la redondez de la tierra, buscára yo nuevos mundos, por do pasar sin romperlas. Y porque deis algun crédito á esta mi exâgeracion, ved que os lo promete por lo menos D. Quixote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. Ay amiga de mi alma! (dixo entónces la otra zagala) y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Vés este señor, que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente, el mas enamorado, y el mas comedido de todo el mundo, si no es que nos mienta, y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre, que trahe consigo, es un tal Sancho

cho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dixo Sancho, que yo soy ese gracioso, y ese escudero que vuestra merced dice: y este señor es mi amo, el mismo D. Quixote de la Mancha, historiado, y referido. Ay! (dixo la otra) supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres, y nuestros hermanos gustarán infinito de ello; que tambien he oido yo decir de su valor, y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho: y sobre todo dicen de él que es el mas firme, y mas leal enamorado: que se sabe que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo D. Quixote, si yá no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los quatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con las riquezas, y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quixote de la

Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él yá noticia, por haver leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor: pidióle que se viniese con él á sus tiendas. Húvolo de conceder D. Quixote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo: llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo: juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores, y pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran D. Quixote, y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque yá tenian de él noticia por su historia. Acudieron á las tiendas: hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias: honraron á D. Quixote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en

quanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y quando estos no bastan, las publico: porque quien dice, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensára, si pudiera: porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dán; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza, y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y así digo, que sustentaré dos dias naturales, en mitad de ese camino real, que vá á Zaragoza, que estas señoras Zagalas contrahechas, que aquí están, son las mas hermosas doncellas, y mas corteses, que hay en el mundo, exceptuada solo la

sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le havia estado escuchando, dando una gran voz, dixo: ¿Es posible que haya en el mundo personas, que se atrevan á decir, y á jurar, que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores, ¿hay Cura de Aldea, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni hay Caballero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse D. Quixote á Sancho, y encendido el rostro, y colérico, le dixo: ¿Es posible, ó Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso, y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que vá de mi parte, puedes dar por vencidos á todos quantos quisieren contrade-

cir-

cirla. Y con gran furia, y muestras de enojo se levantó de la silla, dexando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar, si le podian tener por loco, ó por cuerdo. Finalmente haviéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió D. Quixote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo, y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lexos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de vér en qué paraba su arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, D. Quixote en mitad del camino (como os he dicho), hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros pasageros, y viandantes, Caballeros, escuderos, gente de á pie, y de á caballo, que por este camino pasais, ó haveis de pasar en estos dias siguientes, sabed, que D. Quixote de la Mancha, Caballero Andante, está aquí puesto para de-

defender, que á todas las hermosuras, y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras de estos prados, y bosques, dexando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun Aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel, y á gran priesa. No los huvieron bien visto los que con D. Quixote estaban, quando volviendo las espaldas, se apartaron bien lexos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podia suceder algun peligro: solo D. Quixote, con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos, que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quixote: Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos

estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quixote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el Baquero, ni D. Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así el tropel de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, con la multitud de los Baqueros, y otras gentes, que á encerrar los llevaban á un Lugar, donde otro dia havian de correrse, pasaron sobre D. Quixote, y sobre Sancho, Rocinante, y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quixote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quixote á gran priesa, tropezando aquí, y cayendo allí, comenzó á correr tras la bacada, diciendo á voces: Deteneos, y esperad, canalla malandrina, que un solo Caballero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso

se

se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quixote; y mas enojado, que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante, y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo, y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida, ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPITULO CXII.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quixote.

AL polvo, y al cansancio que D. Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara, y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual dexando libres sin jáquima, y freno al rucio, y á Rocinante, los dos asendereados amo, y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solia llamar condumio. Enjuagóse la boca, y lavóse D. Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron

ron aliento los espíritus desalentados. No comia D. Quixote de puro pesaroso, ni Sancho osaba tocar á los manjares, que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan, y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo D. Quixote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déxame morir á mí á manos de mis pensamientos, y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Príncipes, y solicitado de doncellas: al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos, y coronas, grangeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece las manos,

nos, y quita de todo en todo la gana de comer de manera, que pienso dexarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De esa manera (dixo Sancho sin dexar de mascar apriesa) no aprobará vuestra merced aquel refran que dicen: Muera Marta, y muera harta. Yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el Zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere. Yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin, que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse. Coma vuestra merced, y créame; y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes de estas hierbas, y verá como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así D. Quixote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de Filósofo, que de mentecato; y díxole: Si tú, ó Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lexos de aquí, y con las rien-

riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trescientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil, y tantos, que te has de dar por el desencanto de Dulcinea: que es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido, y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dixo Sancho: dormamos por ahora entrambos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando menos se cate, me verá hecho una criva de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quixote, comió algo, y Sancho mucho; y echáronse á dormir entrambos, dexando á su alvedrio, y sin orden alguna, pacer de abundosa hierba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros, y amigos Rocinante, y el rucio. Despertaron algo tarde: volvieron á subir, y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á

una

una venta, que al parecer una legua de allí se descubria. Digo que era venta, porque D. Quixote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron, pues, á ella: preguntaron al huesped, si havia posada: fueles respondido que sí, con toda la comodidad, y regalo que se puediera hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huesped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza: echóles sus piensos: salió á vér lo que D. Quixote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le huviese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar: recogiéronse á su estancia: preguntó Sancho al huesped, que qué tenia para darles de cenar; á lo que el huesped respondió, que su boca seria medida; y así, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos, que nos asen, tendremos lo suficiente; porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no

no soy traganton en demasía. Respondióle el huesped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huesped, dixo Sancho, asar una polla, que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huesped: en verdad que envié ayer á la Ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas, pida vuestra merced lo que quisiere. De esa manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huesped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo havrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haver de tocino, y huevos. Por Dios, respondió el huesped, que es gentil relente el que mi huesped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos: discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déxese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dixo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déxese de discurrimientos, señor huesped. Dixo el Ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de

ternera, ú dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garvanzos, cebollas, y tocino, y á la hora de ahora están diciendo, cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto; y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el Ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales trahen consigo cocinero, despensero, y repostería. Si por principales vá, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trahe, no permite despensas, ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ú de nísperos. Esta fue la plática que Sancho tuvo con el Ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que yá le havia preguntado qué oficio, ó qué exercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar: recogióse á su estancia D. Quixote: traxo el huesped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento, que junto al de D. Quixote estaba,

que

que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir D. Quixote: Por vida de vuestra merced, señor D. Gerónymo, que en tanto que trahen la cena, leamos otro capítulo de la segunda Parte de D. Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre D. Quixote, quando se puso en pie, y con oido alerto escuchó lo que de él trataban; y oyó, que el tal D. Gerónymo referido respondió: ¿Para qué quiere vuestra merced, señor D. Juan, que leamos esos disparates? que el que huviere leido la primera Parte de la Historia de D. Quixote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda. Con todo eso, dixo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas me desplace es, que pinta á D.Quixote yá desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual D. Quixote, lleno de ira, y de despecho, alzó la voz, y dixo: Quien quiera que dixere que D. Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que vá muy lexos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en

D. Quixote puede caber olvido : su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad, y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere; que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos Caballeros, que tales lo parecian; y uno de ellos, echando los brazos al cuello de D. Quixote, le dixo : Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quixote de la Mancha, norte, y lucero de la Andante Caballería, á despecho, y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor de este libro, que aquí os entrego. Y poniéndole un libro en las manos, que trahia su compañero, le tomó D. Quixote, y sin responder palabra, comenzó á hojearle; y de allí á poco se le volvió, diciendo : En esto poco que he vis-

visto, he hallado tres cosas en este Autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras, que he leido en el Prólogo. La otra, que el lenguage es Aragones, porque tal vez escribe sin artículos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia: porque aquí dice, que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari-Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho: ¡Donosa cosa de Historiador! ¡Por cierto bien debe de estár en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari-Gutierrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, dixo D. Gerónymo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor D. Quixote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio de ello. Pues á fé, dixo el Caballero, que no os trata este Autor con la limpieza, que en vuestra persona se muestra. Os pinta comedor, y simple, y

no nada gracioso, y muy otro del Sancho, que en la primera Parte de la Historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho; dexárame en mi rincon, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos Caballeros pidieron á D. Quixote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no havia cosas pertenecientes para su persona. D. Quixote, que siempre fue comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos. Quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio. Sentóse en cabecera de mesa, y con él el Ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos, y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quixote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso? si se havia casado: si estaba parida, ó preñada; ó si estando en su entereza, se acordaba (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor D. Quixote? A lo que respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias, en su sequedad antigua:

gua : su hermosura , en la de una soez Labradora transformada. Y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea , y lo que le havia sucedido en la cueba de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le havia dado para desencantarla , que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Caballeros recibieron de oir contar á D. Quixote los estraños sucesos de su historia ; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto ; y allí se les deslizaba por mentecato , sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion , y la locura. Acabó de cenar Sancho ; y dexando hecho equis al Ventero , se pasó á la estancia de su amo ; y entrando, dixo: Que me maten , señores , si el Autor de este libro, que vuestras mercedes tienen , quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria que yá que me llama comilon, como vuestras mercedes dicen , no me llamase tambien borracho. Sí llama , dixo D. Gerónymo ; pero no me acuerdo en qué manera , aunque sé que son mal sonantes las razones , y además mentirosas,

segun yo echo de vér en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Créanme vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el D. Quixote de esa Historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto, y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo D. Juan; y si fuera posible, se havia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quixote, si no fuese Cide Hamete su primer Autor: bien así como mandó Alexandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retráteme el que quisiere, dixo D. Quixote; pero no me maltrate: que muchas veces suele caerse la paciencia quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quixote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quixote leyera mas del libro, por vér lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él,

di-

diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba todo por necio; y que no queria, si acaso llegase á la noticia de su Autor que le havia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le havia leido; pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntáronle que dónde llevaba determinado su viage? Respondió que á Zaragoza á hallarse en las Justas del Arnés, que en aquella Ciudad suelen hacerse todos los años. Díxole D. Juan que aquella nueva Historia contaba como D. Quixote, sea quien sequisiere, se havia hallado en ella en una Sortija: falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quixote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese Historiador moderno, y echarán de vér las gentes como yo no soy el D. Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo D. Gerónymo, que otras Justas hay en Barcelona, donde podrá el Señor D. Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo D. Quixote; y vuestras mercedes me dén licencia (pues yá es hora)

pa-

para ir al lecho, y me tengan, y pongan en el número de sus mayores amigos, y servidores. Y á mí tambien, dixo Sancho: quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quixote, y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á D. Juan, y á D. Gerónymo admirados de vér la mezcla que havia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quixote, y Sancho, y no los que describia su Autor Aragones. Madrugó D. Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al Ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPITULO CXIII.

De lo que sucedió á D. Quixote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quixote salió de la venta, informándose primero quál era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza:

za: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso á aquel nuevo Historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele). Apeáronse de sus bestias amo, y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que havia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño. Pero D. Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos; ántes iba, y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares: yá le parecia hallarse en la cueba de Montesinos: yá vér brincar, y subir sobre su pollina á la convertida en Labradora Dulcinea: yá que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias que se havian de hacer, y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de vér la floxedad, y poca caridad de Sancho su escudero, pues

pues, á lo que creia, solo cinco azotes se havia dado: número desigual, y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibió tanta pesadumbre, y enojo, que hizo este discurso: Si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: Tanto monta cortar como desatar, y no por eso dexó de ser universal Señor de toda la Asia; ni mas, ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil, y tantos azotes, qué se me dá á mí que se los dé él, ó que se los dé otro; pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, haviendo primero tomado las riendas de Rocinante; y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas (que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos); pero apenas huvo llegado, quando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dixo: Qué es esto? Quién me toca, y desencinta? Yo soy, respondió D. Quixote, que vengo

go á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece: tú vives en descuido: yo muero deseando; y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso no, dixo Sancho: vuestra merced se esté quedo: si no, por Dios verdadero que nos han de oir los sordos. Los azotes á que yo me obligué, han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuestra merced mi palabra de vapularme, y mosquearme quando en voluntad me viniere. No hay dexarlo á tu cortesía, Sancho, dixo D. Quixote, porque eres duro de corazon; y aunque villano, blando de carnes: y así procuraba, y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido; y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba. Púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las suyas de modo que ni le dexaba rodear, ni alentar. D. Quixote le decia: ¿Cómo, traydor,

dor, con tu amo, y señor natural te desmandas? Con quien te dá su pan te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho; sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuestra merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por ahora, que yo le dexaré libre, y desembarazado; donde no, aquí morirás, traydor, enemigo de Doña Sancha. Prometióselo D. Quixote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria á su voluntad, y alvedrio el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro arbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topó con dos pies de personas con zapatos, y calzas. Tembló de miedo: acudió á otro arbol, y sucedióle lo mismo. Dió voces llamando á D. Quixote que le favoreciese. Hízolo así D. Quixote, y preguntándole qué le havia sucedido, y de qué tenia miedo? Le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies, y de piernas humanas. Tentólos D. Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser; y díxole á San-

Sancho : No tienes de qué tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas, y no vés, sin duda son de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta: por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la verdad, como él lo havia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran de cuerpos de vandoleros. Yá en esto amanecia; y si los muertos los havian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta vandoleros vivos, que de improviso los rodearon, diciéndoles en lengua Catalana que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallóse D. Quixote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un arbol, y finalmente sin defensa alguna; y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros á espulgar al rucio, y á no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y maleta trahía; y avínole

bien á Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que havian sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardára, y le mirára hasta lo que entre el cuero, y la carne tuviera escondido, si no llegára en aquella sazon su Capitan, el qual mostró ser hasta de edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena. Venia en un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedreñales) á los dos lados. Vió que sus escuderos, que así llaman á los que andan en aquel exercicio, iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fue luego obedecido; y así se escapó la ventiera. Admiróle vér lanza arrimada al arbol, escudo en el suelo, y á D. Quixote armado, y pensativo con la mas triste, y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole: No esteis tan triste, buen hombre, porque no haveis caido en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guiñart, que tienen mas de compasivas, que de rigorosas.

sas. No es mi tristeza, respondió D. Quixote, haver caido en tu poder, ó valeroso Roque! cuya fama no hay límites en la tierra, que la encierren; sino por haver sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Orden de la Andante Caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, ó gran Roque! que si me halláran sobre mi caballo con mi lanza, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme; porque yo soy D. Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guiñart conoció que la enfermedad de D. Quixote tocaba mas en locura, que en valentía; y aunque algunas veces le havia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reynase en corazon de hombre; y holgóse en extremo de haverle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos de él havia oido; y así le dixo: Valeroso Caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podia ser que en estos tropie-

zos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caidos, y enriquecer los pobres. Yá le iba á dar las gracias D. Quixote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer hasta de veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos, y saltambarca, con sombrero terciado á la balona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura; la qual en llegando á él, dixo: En tu busca venia, ó valeroso Roque! para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte que soy Claudia Gerónyma, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y yá sabes que este

Tor-

Torrellas tiene un hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no há dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre, porque no hay muger, por retirada que esté, y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la pabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido, y acabó la paciencia; y por no estár mi padre en el Lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que vés; y apresurando el paso á este caballo, alcancé á D. Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas, ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos valas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra. Allí lo

dexo entre sus criados, que no osaron, ni se pudieron poner en su defensa. Vengo á buscarte, para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva; y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: Vén, señora, y vamos á vér si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. D. Quixote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia havia dicho, y lo que Roque Guiñart respondió, dixo: No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo, y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese Caballero, y muerto, ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero; pues no há muchos dias que hizo casar á otro, que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen, le mudaron su verdadera figu-

gu-

gura en la de un Lacayo, esta fuera la hora que yá la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y mozo, no las entendió; y mandando á sus escuderos, que volviesen á Sancho todo quanto le havian quitado del rucio, mandándoles asimismo, que se retirasen á la parte donde aquella noche havian estado alojados, luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar á el herido, ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, que dieron á entender como era la verdad que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados, ó muerto, ó vivo llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle. Diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á D. Vicente en los brazos de sus criados, á quienes con cansada, y debilitada voz rogaba que le dexasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de

de los caballos Claudia, y Roque: llegáronse á él: temieron los criados la presencia de Roque; y Claudia se turbó en vér la de D. Vicente: y así, entre enternecida, y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos, le dixo: Si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido Caballero, y conociendo á Claudia, la dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida, ni debida á mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondió D. Vicente: mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitases la vida; la qual, pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano, y recíbeme por esposo, si quieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósela á

ella

ella el corazon de manera, que sobre la sangre, y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua, que echarles en los rostros, y traxéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo D. Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, haviéndose enterado, que yá su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento: afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel, é inconsiderada muger! (decia) con qué facilidad te moviste á poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos! á qué desesperado fin conducís á quien os dá acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales, y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas

en ninguna ocasion. Lloraban los criados: desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guiñart ordenó á los criados de D. Vicente, que llevasen su cuerpo al Lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dixo á Roque que queria irse á un Monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensaba acabar la vida de otro mejor esposo, y mas eterno acompañada. Alabóla Roque su buen propósito: ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañia Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió de él llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónyma; pero qué mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles, y rigorosas de los zelos! Halló Roque Guiñart á sus escuderos en la parte donde les havia ordenado, y á D.

Qui-

Quixote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática, en que les persuadia dexasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rústica, y desbaratada, no les entraba bien la plática de D. Quixote. Llegado que fue Roque, preguntó á Sancho Panza, si le havian vuelto, y restituido las alhajas, y preseas que los suyos del rucio le havian quitado. Sancho respondió, que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres Ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Así es, dixo D. Quixote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho, por havérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guiñart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traher allí delante de todos los vestidos, joyas, dineros, y todo aquello que desde la última repartición havian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible, y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañia con tanta legalidad, y prudencia, que no pasó un

pun-

punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque á D. Quixote: Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y arboló el moche de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guiñart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos, para vér la gente que por ellos venia, y dar aviso á su Mayor de lo que pasaba; y este dixo: Señor, no lexos de aquí, por el camino que vá á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿Has echado de vér si son de los que nos buscan, ú de los que nosotros buscamos? No sino de los que nosotros buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y trahédmelos

aquí

aquí luego, sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así; y quedando solos D. Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron á vér lo que los escuderos trahian; y en este entretanto dixo Roque á D. Quixote: Nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso, que no hay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio, que se me hizo, así dá con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, á despecho, y pesar de lo que entiendo: y como un abysmo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no solo las mias, pero las agenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir

de

de él á puerto seguro. Admirado quedó D. Quixote de oir hablar á Roque tan buenas, y concertadas razones; porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar, y saltear, no podia haver alguno que tuviese buen discurso. Y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Médico le ordena: vuestra merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios (por mejor decir), que es nuestro Médico, le aplicará medicinas que le sanen, las quales suelen sanar poco á poco, y no de repente, y por milagro: y mas, que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse, que los simples; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuestra merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser Caballero Andante, donde se pasan tantos trabajos, y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en

el

el cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quixote, á quien (mudando plática) contó el trágico suceso de Claudia Gerónyma, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le havia parecido mal la belleza, desenvoltura, y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos Caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mugeres con hasta seis criados, que á pie, y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas, que los Caballeros trahian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guiñart hablase; el qual preguntó á los Caballeros, que quién eran, dónde iban, y qué dinero llevaban? Uno de ellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infantería Española: tenemos nuestras Compañias en Nápoles, y vamos á embarcarnos en quatro galeras, que dicen están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia: llevamos hasta doscientos, ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos, y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los Soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque

á

á los Peregrinos lo mismo que á los Capitanes. Fuele respondido, que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche, y adónde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de á caballo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella, y una dueña, son las que ván en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dixo Roque Guiñart, que yá tenemos aquí novecientos escudos, y sesenta reales: mis Soldados deben de ser hasta sesenta: mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo: Viva Roque Guiñart muchos años, á pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los Capitanes: entristecióse la señora Regenta; y no se holgaron nada los Peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que yá se podia conocer á tiro de arcabuz; y vol-

vién-

viéndose á los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña; porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre, y desembarazadamente, con un salvo conducto, que yo les daré, para que si toparen otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á Soldado, ni á muger alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron á Roque su cortesía, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies, y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera, ántes la pidió perdon del agravio que le havia forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le havian repartido; y yá los Capitanes havian

vian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dár toda su miseria ; pero Roque dixo que se estuviesen quedos ; y volviéndose á los suyos, les dixo : De estos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte : los diez se dén á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura ; y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído, Roque les dió por escrito un salvo conducto para los mayorales de sus Esquadras ; y despidiéndose de ellos, los dexó ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniéndole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana : Este nuestro Capitan mas es para Frade, que para vandolero. Si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan paso el desventurado, que dexase de oirlo Roque ; el qual echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole : De esta manera castigo yo á los deslenguados, y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno

le

le osó decir palabra : tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba con él el famoso D. Quixote de la Mancha, aquel Caballero Andante, de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del mundo; y que de allí á quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia de esto á sus amigos los Ñarros, para que con él se solazasen: que él quisiera que carecieran de este gusto los Cadellos sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras, y discreciones de D. Quixote, y los donayres de su escudero Sancho Panza, no podian dexar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPITULO CXIV.

De lo que sucedió á D. Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas, que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

TRes dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque; y si estuviera trecientos años, no les faltára qué mirar, y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian; acullá comian: unas veces huian sin saber de quién; y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espias, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque trahian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes, y en lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba; porque los muchos bandos que el Visorrey de Barcelona havia echado sobre su vida, le trahian inquieto, y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le havian de matar, ó entregar á la Justicia: vida por cierto mi-

se-

serable, y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos, y sendas encubiertas, partieron Roque, D. Quixote, y Sancho, con otros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa víspera de S. Juan en la noche; y abrazando Roque á D. Quixote, y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los havia dado, los dexó con mil ofrecimientos, que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque: quedóse D. Quixote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho quando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las hierbas, y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el són de muchas chirimias, y atabalillos, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la Ciudad salian. Dió lugar la Aurora al Sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el mas baxo Orizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron D. Quixote, y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entónces de ellos no visto: parecióles es-

paciosísimo, y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha havian visto. Vieron las galeras, que estaban en la playa; las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas, y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban, y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenaban el ayre de suaves, y belicosos acentos. Comenzaron á moverse, y á hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos Caballeros que de la Ciudad sobre hermosos caballos, y con vistosas libreas salian. Los Soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas, y fuertes de la Ciudad. La artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crugía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo, y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho Panza cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos, que

que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes, y algazara los de las libreas, adonde D. Quixote de la Mancha suspenso, y atónito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dixo en alta voz á D. Quixote: Bien sea venido á nuestra Ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la Caballería Andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quixote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas Historias estos dias nos han mostrado; sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondió D. Quixote palabra, ni los Caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose, y revolviéndose con los demás que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de D. Quixote; el qual volviéndose á Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido: yo apostaré que han leido nuestra Historia, y aun la del Aragones, recien impresa. Volvió otra vez el Caballero que habló á D. Quixote, y díxole: Vuestra merced, señor D. Quixote,

se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guiñart. A lo que D. Quixote respondió: Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor Caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Caballero; y encerrándole todos en medio, al són de las chirimias, y de los atabales, se encaminaron con él á la Ciudad. Al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos de ellos traviesos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron, y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. D. Quixote corrido, y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matelote, y Sancho el de su rucio. Quisie-

sieron los que guiaban á D. Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir D. Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y música: llegaron á la casa de su guia, que era grande, y principal, en fin como de Caballero rico, donde le dexaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO CXV.

De la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerias, que no pueden dexar de contarse.

DON Antonio Moreno se llamaba el huesped de D. Quixote, Caballero rico, y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa á D. Quixote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fue hacer desarmar á D. Quixote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho, y acamuzado vestido (como yá

otras veces le hemos descrito, y pintado) á un balcon, que salia á una calle de las mas principales de la Ciudad, á vista de las gentes, y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para él solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se havia hallado sin saber cómo, ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando á D. Quixote como á Caballero Andante; de lo qual hueco, y pomposo, no cabia en sí de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos que de su boca andaban como colgados todos los criados de la casa, y todos quantos le oian. Estando á la mesa, dixo D. Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia. No señor: no es así, respondió Sancho; engañado le han á vuestra merced, porque ten-

tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor D. Quixote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, ú de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias. Verdad es que si tal vez me sucede que me dén la baquilla, corro con la soguilla: quiero decir que cómo lo que me dán, y uso de los tiempos como los hallo: y quien quiera que huviere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta: y de otra manera dixera esto, si no mirára á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dixo D. Quixote, que la parsimonia, y limpieza con que Sancho come, se puede escribir, y gravar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa, y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto: y en el tiempo que fue Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. ¿Cómo, dixo D. Antonio, Gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una Insula llama-
da

da la Barataria: diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los Gobiernos del mundo. Salí huyendo de ella, caí en una cueba, donde me tuve por muerto; de la qual salí vivo por milagro. Contó D. Quixote por menudo todo el suceso del Gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á D. Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no havia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa; despues de lo qual, dixo: Ahora, señor D. Quixote, que estoy enterado que no nos oye, ni escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuestra merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir, novedades que imaginar se pueden, con condicion que lo que á vuestra merced

di-

dixere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió D. Quixote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuestra merced, señor D. Antonio (que yá sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abysmos del silencio. En fue de esa promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á vuestra merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quixote, esperando en qué havian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano D. Antonio, se la paseó por la cabeza de bronze, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia; y luego dixo: Esta cabeza, señor D. Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo

era

era Polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de responder á quantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que verémos mañana, porque los Viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó D. Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por vér quán poco tiempo havia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haverle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala, donde los demás Caballeros estaban. En este tiempo les havia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucesos, que á su amo havian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear

á D. Quixote, no armado, sino de rua, vestido un valandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron con sus criados, que entretuviesen á Sancho de modo que no le dexasen salir de casa. Iba D. Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el valandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es D. Quixote de la Mancha.* En comenzando el paseo, llevaba el rótulo los ojos de quantos venian á verle; y como leian *este es D. Quixote de la Mancha*, admirábase D. Quixote de vér que quantos le miraban, le nombraban, y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dixo: Grande es la prerrogativa que encierra en sí la Andante Caballería, pues hace conocido, y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuestra merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca haverme visto, me conocen. Así es, señor D. Quixote, respondió D. Antonio, que así como el fuego no puede estár escondido,

do, y encerrado; la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras. Aconteció, pues, que yendo D. Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyó el rótulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: Válgate el diablo por D. Quixote de la Mancha. ¿Cómo, que hasta aquí has llegado, sin haverte muerto los infinitos palos, que tienes acuestas? Tú eres loco; y si lo fueras á solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos, y mentecatos á quantos te tratan, y comunican; si no, mírenlo por esos señores, que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y déxate de esas vaciedades, que te carcomen el seso, y te desnatan el entendimiento. Hermano, dixo D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os me-

metais donde no os llaman. Par diez, vuestra merced, tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar á este buen hombre, es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me dá gran lástima, que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su Andante Caballería: y la en hora mala, que vuestra merced dixo, sea para mí, y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero: siguió adelante el paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rótulo, que se le huvo de quitar D. Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche: volviéronse á casa: huvo sarao de damas, porque la muger de D. Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa, y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huesped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas: cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas havia dos de gusto pícaro, y burlonas; y con

con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de vér la figura de D. Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desayrado, y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas; y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dixo: *Fugite partes adversæ.* Dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos: allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es Reyna de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen, y rindan; y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo D. Antonio que le llevasen en peso á su lecho; y el primero que asió de él fue Sancho, diciendo: Nora en tal, señor nuestro amo, lo haveis baylado: ¿pensais, que todos los valientes son danzadores, y todos los Andantes Caballeros baylarines? Digo, que si lo pensais, que es-

estais engañado: hombre hay, que se atreverá á matar á un Gigante, ántes que hacer una cabriola. Si huviérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatéo como un Girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas, y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole, para que sudase la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á D. Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con D. Quixote, Sancho, y otros amigos, con las dos señoras que havian molido á D. Quixote en el bayle, que aquella noche se havian quedado con la muger de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza: contóles la propiedad que tenia: encargóles el secreto; y díxoles que aquel era el primero dia adonde se havia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabia el busiles del encanto; y aun si D. Antonio no se lo huviera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal órden

estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza, fue el mismo D. Antonio, y díxole en voz sumisa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo que fue de todos entendida, esta razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual, todos quedaron atónitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al rededor de la mesa no havia persona humana, que responder pudiese. Quántos estamos aquí? tornó á preguntar D. Antonio; y fuele respondido por el propio tenor paso: Estais tú, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un Caballero famoso, llamado D. Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fue el admirarse de nuevo: aquí sí que fue el herizarse los cabellos á todos de puro espanto; y apartándose D. Antonio de la cabeza, dixo: Esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admira-

ra-



Em.l Monfort sc.t

rable cabeza. Llegue otro, y pregúntela lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegó, fue una de las dos amigas de la muger de D. Antonio; y lo que la preguntó fue: Dime, cabeza, qué haré yo para ser muy hermosa? Y fuela respondido: Sé muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegó luego la compañera, y dixo: ¿Queria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, ó no? Y respondiéronla: Mira las obras que te hace, y echarlo has de vér. Apartóse la casada, diciendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta: porque en efecto las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle: Quién soy yo? Y fuele respondido: Tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el Caballero, sino que me digas, si me conoces tú? Sí conozco, respondió, que eres D. Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza! que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo, y preguntóle: Dime, cabeza, qué deseos tiene mi hijo el Mayorazgo? Yá

 yo

yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dixo el Caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de D. Antonio, y dixo: Yo no sé, cabeza, qué preguntarte: solo querria saber de tí, si gozaré muchos años de buen marido? Y respondiéronla: Sí gozarás, porque su salud, y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quixote, y dixo: Dime tú el que respondes: Fue verdad, ó fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueba de Montesinos? Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueba, respondieron, hay mucho que decir: de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida execucion. No quiero saber mas, dixo D. Quixote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas, que acertáre á desear. El último preguntante fue Sancho, y lo

que

que preguntó fue: Por ventura, cabeza, tendré otro Gobierno? Saldré de la estrecheza de Escudero? Volveré á vér á mi muger, y mis hijos? A lo que le respondieron: Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu muger, y á tus hijos; y dexando de servir, dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho, esto yo me lo dixera: no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo D. Quixote, qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se la pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo, que se declarára mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de D. Antonio, que el caso sabian; el qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero, y extraordinario mysterio en la tal cabeza se encerraba; y así dice que D. Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretener, y suspender á los igno-

norantes; y la fábrica era de esta suerte: La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jaspe; y el pie sobre que se sostenia, era de lo mismo, con quatro garras de Aguila, que de él salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas, ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pie de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta, y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponia el que havia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba, en palabras articuladas, y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobri-
no

no de D. Antonio, Estudiante agudo, y discreto, fue el respondiente; el qual estando avisado de su señor tio de los que havian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue facil responder con presteza, y puntualidad á la primera pregunta: á las demás respondió por conjeturas, y como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez, ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la Ciudad, que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á quantos la preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra Fé, haviendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron, que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinion de D. Quixote, y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada, y por respondona, mas á satisfaccion de D. Quixote, que de Sancho. Los Caballeros de la Ciudad, por complacer á D. Antonio, y por agasajar á D. Quixote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr Sortija de allí á seis dias,

que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quixote de pasear la Ciudad á la llana, y á pie, temiendo, que si iba á caballo, le havian de perseguir los muchachos; y así él, y Sancho, con otros dos criados que D. Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos D. Quixote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*, de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no havia visto Imprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente toda aquella máquina que en las Imprentas grandes se muestra. Llegábase D. Quixote á un caxon, y preguntaba, qué era aquello que allí se hacia? Dábanle cuenta los Oficiales: admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle, qué era lo que hacia? El Oficial le respondió: Señor, este Caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle, y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro Toscano en nuestra lengua Cas-

Castellana , y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó D. Quixote. A lo que el Autor respondió : Señor , el libro en Toscano se llama *Le Bagatele.* ¿Y qué responde Le Bagatele en nuestro Castellano? preguntó D. Quixote. Le Bagatele, dixo el Autor , es como si en Castellano dixésemos los juguetes ; y aunque este libro es en el nombre humilde , contiene , y encierra en sí cosas muy buenas , y sustanciales. Yo, dixo D. Quixote, sé algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuestra merced, señor mio (y no digo esto porque quiero exâminar el ingenio de vuestra merced , sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata* ? Sí, muchas veces , respondió el Autor. ¿Y cómo la traduce vuestra merced en Castellano ? preguntó D. Quixote. Cómo la havia de traducir , replicó el Autor , sino diciendo *olla* ? ¡Cuerpo de tal, dixo D. Quixote, y qué adelante está vuestra merced en el Toscano idioma ! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el Toscano *piache* , dice vuestra merced en el

Cas-

Castellano *place*; y adonde diga *piu*, dice *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abaxo*. Sí declaro por cierto, dixo el Autor, porque estas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dixo D. Quixote, que no es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos. Qué de habilidades hay perdidas por ahí! qué de ingenios arrinconados! qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el reves, que aunque se vén las figuras, son llenas de hilos, que las obscurecen, y no se vén con la lisura, y tez de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le traxesen. Fuera de esta cuenta ván los dos famosos traductores: el uno el Doctor Chris-

Christobal de Figueroa en su *Pastor Fido*; y el otro D. Juan de Xáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda quál es la traduccion, ó quál el original. Pero dígame vuestra merced: ¿Este libro imprímese por su cuenta, ó tiene yá vendido el privilegio á algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el Autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuestra merced en la cuenta, respondió D. Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los Impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros: yo le prometo que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo que se espante; y mas si el libro es un poco avieso, y no nada picante. ¿Pues qué, dixo el Autor, quiere vuestra merced que se lo dé á un Librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que yá en él soy conocido por mis obras: pro-

ve-

vecho quiero, que sin él no vale un quatrin la buena fama. Dios le dé á vuestra merced buena manderecha, respondió D. Quixote; y pasó adelante á otro caxon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba: *Luz del Alma*; y en viéndole dixo: Estos tales libros, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda Parte del ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas. Yá yo tengo noticia de este libro, dixo D. Quixote, y en verdad, y en mi conciencia que pensé que yá estaba quemado, y hecho polvos por impertinente; pero su sanmartin se le llegará como á cada puerco, que las Historias fingidas tanto tienen de buenas, y deleytables, quanto se llegan á la verdad, ó á la semejanza de ella; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y diciendo esto, con muestras

de

de algun despecho se salió de la Imprenta, y aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á vér las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las havia visto. Avisó D. Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde havia de llevar á verlas á su huesped el famoso D. Quixote de la Mancha, de quien yá el Quatralvo, y todos los vecinos de la Ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO CXVI.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRandes eran los discursos que D. Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba, y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que havia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el

ser

ser Gobernador, como queda dicho, todavia deseaba volver á mandar, y á ser obedecido: que esta mala aventura trahe consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion aquella tarde D. Antonio Moreno, su huesped, y sus dos amigos, con D. Quixote, y Sancho, fueron á las galeras. El Quatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos famosos D. Quixote, y Sancho, apenas llegaron á la Marina, quando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias: arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo que puso los pies en él D. Quixote, disparó la Capitana el cañon de crugía, y tambien las otras galeras hicieron lo mismo; y al subir D. Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza quando una persona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal Caballero Valenciano, y abrazó á D. Quixote, diciéndole: Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso lle-

var en mi vida, haviendo visto al señor D. Quixote de la Mancha, tiempo, y señal que nos muestra que en él se encierra, y cifra todo el valor de la Andante Caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió D. Quixote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines. Pasóse el Cómitre en crugía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas quando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas, y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha; el qual yá avisado de lo que havia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie, y alerta, comenzando de la derecha banda, le fue dando, y volteando sobre los brazos de la chusma, de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los

ojos,

ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda á ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fuese lo que sucedido le havia. D. Quixote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General que si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuesen, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes exercicios; y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le havia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie, y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dexaron caer la entena de alto á baxo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza; y agoviándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quixote, que tambien se estremeció, y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa, y ruido que la havian amaynado; y to-

todo esto callando, como si no tuvieran voz, ni aliento. Hizo señal el Cómitre que zarpasen el ferro; y saltando en mitad de la crugía, con el corvacho, ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dixo entre sí: Estas sí que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados que ansí los azotan? ¿Y cómo este hombre solo, que anda por aquí silvando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, este es el Infierno, ó por lo menos el Purgatorio. D. Quixote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dixo: ¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad, y quán á poca costa os podíades vós, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos dos señores, y acabar el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria, y penas de tantos, no sintiérades vos mucho la vuestra! Y mas que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por

diez de los que vos finalmente os havíades de dar. Preguntar querria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, quando dixo el Marinero: Señal hace Monjui de que hay baxel de remos en la Costa por la banda del Poniente. Esto oido, saltó el General en la crugía, y dixo: Ea, hijos, no se nos vaya: algun Bergantin de Corsarios de Argel debe de ser este, que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la Capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque así el baxel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que se salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce, ó quince bancos, y así era la verdad; el qual baxel quando descubrió las galeras, se puso en caza, con intencion, y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegaban; y así le fue entrando, que claramente los del Bergantin co-

conocieron que no podian escaparse; y así el Arraez quisiera que dexáran los remos, y se entregáran, por no irritar á enojo al Capitan que nuestras galeras regia. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que yá que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del baxel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen; dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos, que en el Bergantin venian con estos doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos Soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual, juró el General de no dexar con vida á todos quantos en el baxel tomase; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debaxo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del baxel se vieron perdidos: izaron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela, y remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento: porque alcanzándoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la

presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que trahian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la Marina el Virrey de la Ciudad. Mandó echar el esquife para traherle, y mandó amaynar la entena para ahorcar luego al Arraez, y á los demás Turcos que en el baxel havia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntó el General quién era el Arraez del Bergantin; y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareció ser Renegado Español): Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro Arraez: y mostróle uno de los mas bellos, y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: Dime, mal aconsejado perro ¿quién te movió á matarme mis Soldados, pues veías ser imposible el escaparte? Ese respeto se guarda á las Capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos; pero no temerarios. Responder queria el Arraez;
pe-

pero no pudo el General por entónces oir la respuesta, por acudir á recibir al Virrey, que yá entraba en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del Pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondió el General, qual la verá vuestra Excelencia agora colgada de esta entena. Cómo ansí? replicó el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, contra toda razon, y usanza de guerra dos Soldados de los mejores que en estas galeras venian; y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el Arraez del Bergantin: y enseñóle al que yá tenia atadas las manos, y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virrey, y viéndole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte; y así le preguntó: ¿Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ó Moro, ó Renegado? A lo que el mozo respondió en lengua asimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni Renegado.

Pues qué eres? replicó el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, y en tales pasos, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ó señores, la execucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida. Quién fuera de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandára, ó á lo menos hasta oir las que el triste, y lastimado mancebo decir queria. El General le dixo que dixese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir de esta manera: De aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de Moriscos padres engendrada en la corriente de su desventura. Fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creer-

creerla; ántes la tuvieron por mentira, y por invencion para quedarme en la tierra donde havia nacido; y así por fuerza mas que por grado, me traxeron consigo. Tuve una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano ni mas, ni menos. Mamé la Fé Católica en la leche: crieme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas jamás, á mi parecer, dí señales de ser Morisca. Al par, y al paso de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo Caballero, llamado D. Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Caballero, que junto á nuestro Lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesar el rigoroso cordel que me amenaza; y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio. Mezclóse con los Moriscos, que de otros Lugares salieron, porque sa-

bia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios mios que consigo me trahian; porque mi padre, prudente, y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del Lugar, y se fue á buscar alguno en los Reynos estraños que nos acogiese. Dexó encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro; y mandóme que no tocase al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados pasamos á Berbería, y el Lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dinero, y qué joyas trahia. Díxele el Lugar, y que las joyas, y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dixe temerosa de

que

que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbéme, considerando el peligro que D. Gregorio corria; porque entre aquellos Bárbaros Turcos en mas se tiene, y estima un muchacho, ó mancebo hermoso, que una muger, por bellísima que sea. Mandó luego el Rey que se le traxesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del Cielo, le dixe que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díxome que fuese en buen hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que cor-

corria el mostrar ser hombre, vestíle de Mora, y aquella misma tarde le traxe á la presencia del Rey, el qual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla, para hacer presente de ella al gran Señor; y por huir del peligro, que en el Serrallo de sus mugeres podia tener, y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales Moras, que la guardasen, y la sirviesen: adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar el que le quiero), se dexe á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este Bergantin, y que me acompañasen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros Soldados. Vino conmigo tambien este Renegado Español (señalando al que havia hablado primero), del qual sé yo bien que es Christiano encubierto, y que viene con mas deseos de quedarse en España, que de volverse á Berbería. La demás chusma del Bergantin son Moros, y Turcos, que no sirven de mas que bogar al remo. Los dos Turcos codiciosos, é insolentes, sin guardar el órden que trahíamos, de que á mí, y á este

te

te Renegado en la primer parte de España en hábito de Christianos (de que venimos proveidos) nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta Costa, y hacer alguna presa, si pudiesen, temiendo, que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente, que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el Bergantin en la mar; y si acaso huviese Galeras por esta Costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia de estas quatro Galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que haveis visto. En resolucion D. Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir temiendo perder la vida, que yá me cansa. Este, Señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada: lo que os ruego es, que me dexeis morir como Christiana, pues (como yá he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido. Y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virrey, tier-

tierno, y compasivo, sin hablarla palabra, se llegó á ella, y la quitó con sus manos el cordel, que las hermosas de la Mora ligaba. En tanto, pues, que la Morisca Christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano Peregrino, que entró en la Galera quando entró el Virrey; y apenas dió fin á su plática la Morisca, quando él se arrojó á sus pies, y abrazado de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos, y suspiros, la dixo: ¡O Ana Felix, desdichada hija mia! Yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo); y mirando al Peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su Gobierno; y confirmóse que aquella era su hija, la qual, yá desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el qual dixo al General, y Virrey: Esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa, tanto por su her-

hermosura, como por mi riqueza. Yo salí de mi patria á buscar en Reynos estraños quien nos alvergase, y recogiese; y haviéndole hallado en Alemania, volví en este hábito de Peregrino, en compañia de otros Alemanes, á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas, que dexé escondidas. No hallé á mi hija: hallé el tesoro que conmigo traygo; y agora por el estraño rodeo que haveis visto, he hallado el tesoro, que mas me enriquece, que es á mi querida hija. Si nuestra poca culpa, y sus lágrimas, y las mias, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamientos de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entónces dixo Sancho: Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en quanto á ser Ana Felix su hija; que en esotras zarandajas de ir, y venir, tener buena, ó mala intencion, no me entrometo. Admirados del estraño caso todos los presentes, el General dixo: Una por una, vuestras lágrimas no me dexarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana

Fe-

Felix, los años de la vida, que os tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes, y atrevidos, que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los Turcos que á sus dos Soldados havian muerto; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas loçura que valentía havia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganzas á sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fue tal, como el que dió el Renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros Christianos, porque él sabia dónde, cómo, y quándo podia, y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba. Dudaron el General, y el Virrey el fiarse del Renegado, ni confiar de los Christianos, que havian de bogar al remo. Fióle Ana Felix; y Ricote su padre dixo que salia á dar el rescate

de

de los Christianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virrey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca, y á su padre, encargándole el Virrey que los regalase, y acariciase todo quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia todo lo que en su casa huviese para su regalo. Tanta fue la benevolencia, y caridad que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.

CAPITULO CXVII.

De la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quixote de quantas hasta entónces le havian sucedido.

LA muger de D. Antonio Moreno, cuenta la Historia, que recibió grandísimo contento en vér á Ana Felix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno, y en lo otro era extremada la Morisca; y toda la gente de la Ciudad como á campana tañida venian á verla. Dixo D. Quixote á D. Antonio que el parecer que havian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso, que de con-

conveniente; y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas, y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la Morisma, como havia hecho D. Gayferos á su esposa Melisendra. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el señor D. Gayferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traherle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió D. Quixote, pues llegando el barco á la Marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vuestra merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho: y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. D. Antonio dixo que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quixote pasase á Berbería. De allí á dos dias partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma; y de allí á otros dos se partieron las Galeras á Levante, havien-
do

do pedido el General al Visorrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio , y en el caso de Ana Felix. Quedó el Visorrey de hacerlo así como se lo pedia ; y una mañana, saliendo D. Quixote á pasearse por la playa , armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia , ellas eran sus arreos , y su descanso el pelear , y no se hallaba sin ellas un punto , vió venir hácia él un Caballero armado asimismo de punta en blanco , que en el escudo trahia pintada una Luna resplandeciente ; el qual , llegándose á trecho , que podia ser oido , en altas voces , encaminando sus razones á D. Quixote , dixo : Insigne Caballero , y jamás como se debe alabado D. Quixote de la Mancha , yo soy el Caballero de la Blanca Luna , cuyas inauditas hazañas quizá te le havrán trahido á la memoria : vengo á contender contigo , y á probar la fuerza de tus brazos en razon de hacerte conocer , y confesar que mi dama , sea quien fuere , es , sin comparacion , mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso ; la qual verdad , si tú la confiesas de llano en llano , escusarás tu muerte , y el trabajo que yo he de tomar en

dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion, sino que dexando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas, y retires á tu Lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada en paz tranquila, y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda, y á la salvacion de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas, y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia tengo de término para despachar este negocio. D. Quixote quedó suspenso, y atónito, así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba; y con reposo, y ademán severo le respondió: Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamás haveis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la huviérades, yo sé que procuráraides no poneros en esa demanda, porque su vista os desengañára de que no ha havido, ni puede haver be-

belleza, que con la suya comparar se pueda; y así no diciendoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que haveis referido, acepto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traheis determinado; y solo excepto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé quáles, ni qué tales sean: con las mias me contento, tales quales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Havian descubierto de la Ciudad al Caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al Visorrey que estaba hablando con D. Quixote de la Mancha. El Visorrey, creyendo seria alguna nueva aventura, fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun Caballero de la Ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio, y con otros muchos Caballeros, que le acompañaban, á tiempo quando D. Quixote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorrey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles, qué era la

causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dixo las mismas que havia dicho á D. Quixote, con la aceptacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorrey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal Caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quixote. D. Antonio le respondió, que ni sabia quién era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey en si les dexaria, ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: Señores Caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar, ó morir, y el señor D. Quixote está en sus trece, y vuestra merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses, y discretas razones al Visorrey la licencia que se les daba, y D. Quixote hizo lo mismo; el qual, encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea (como tenia de


Em.l Monfort sculp.t

costumbre al comenzar de las batallas, que se le ofrecian), tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo; y sin tocar trompeta, ni otro instrumento bélico, que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quixote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarlo con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante, y con D. Quixote por el suelo una peligrosa caida. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dixo: Vencido sois, Caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafio. D. Quixote, molido, y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablára dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, Caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo

por cierto, dixo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quixote se retire á su Lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y D. Antonio, con otros muchos que allí estaban; y oyeron asimismo, que D. Quixote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria como Caballero puntual, y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, á medio galope se entró en la Ciudad. Mandó el Visorrey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á D. Quixote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color, y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entónces. Sancho todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse, ni qué hacerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella má-

qui-

quina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año: imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento: temia si quedaria, ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura, si deslocado quedára. Finalmente con una silla de manos, que mandó traher el Visorrey, le llevaron á la Ciudad; y el Visorrey se volvió tambien á ella con deseo de saber quién fuese el Caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante havia dexado á D. Quixote.

CAPITULO CXVIII.

Donde se dá noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos.

SIguió D. Antonio Moreno al Caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un Meson dentro de la Ciudad. Entró en él D. Antonio con deseo de conocerle. Salió un escudero á

recibirle, y á desarmarle. Se entró en una sala baxa, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel Caballero no le dexaba, le dixo: Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco: soy del mismo Lugar de D. Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandez mueve á que le tengamos lástima quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra, y en su casa, dí traza para hacerle estár en ella; y así havrá tres meses que le salí al camino como Caballero Andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque yá le juzgaba por vencido) era, que se volviese á su Lugar,

gar, y que no saliese de él en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento. El prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido, y molido de la caida, que fue además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle, y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la Andante Caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplicoos no me descubrais, ni le digais á D. Quixote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dexen las sandeces de la Caballería. ¡O señor! (dixo D. Antonio) Dios os perdone el agravio que haveis hecho á todo el mundo, en querer volver á cuerdo al mas gracioso loco, que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quixote, á lo

que

que llega el gusto que dá con sus desvaríos? Pero yo imagino, que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane D. Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera de ellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré, y no le diré nada, por vér si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco; el qual respondió que yá una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso. Y haviéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió de él; y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo en que entró en la batalla, se salió de la Ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarse en esta verdadera Historia. Contó D. Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le havia contado; de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto, porque

que en el recogimiento de D. Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos, que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vuestra merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo, que yá que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al Médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad: volvámonos á nuestra casa, y dexémonos de andar buscando aventuras por tierras, y Lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo, que dexé con el Gobierno los deseos de ser mas Gobernador, no dexé la gana de ser Conde, que jamás tendrá efecto, si vuestra merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Caballería; y así vienen á volverse en hu-

humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues vés que mi reclusion, y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban quando entró D. Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor D. Quixote, que D. Gregorio, y el Renegado que fue por él, está en la playa: ¿qué digo en la playa? yá está en casa del Visorrey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto D. Quixote, y dixo: En verdad que estoy por decir que me holgára que huviera sucedido todo al revés, porque me obligára á pasar en Berberia, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á D. Gregorio, sino á quantos Christianos cautivos hay en Berberia. ¿Pero qué digo, miserable? No soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puedo tomar armas en un año? Pues qué prometo? De qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada?

da? Déxese de eso, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque sea con su pepita, que hoy por tí, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros, y porrazos no hay tomarlas tiento alguno; pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estár en la cama: quiero decir que se dexe desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levántese vuestra merced ahora para recibir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y yá debe de estár en casa. Y así era la verdad, porque haviendo yá dado cuenta á D. Gregorio, y el Renegado al Visorrey, y de su ida, y vuelta, deseoso D. Gregorio de vér á Ana Felix, vino con el Renegado á casa de D. Antonio; y aunque á D. Gregorio, quando le sacaron de Argel, fue con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió con él; pero en qualquiera que viniera, mostrára ser persona para ser codiciada, servida, y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete, ó diez y ocho años. Ricote, y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad.

No

No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haver demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas, que descubrieron sus alegres, y honestos pensamientos. Contó el Renegado la industria, y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio: contó D. Gregorio los peligros, y aprietos en que se havia visto con las mugeres con quien havia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó, y satisfizo liberalmente, así al Renegado, como á los que havian bogado al remo. Reincorporóse, y redúxose el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorrey con D. Antonio qué modo tendrian para que Ana Felix, y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan Christiana,

y

y padre, al parecer, tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde havia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor, y las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No (dixo Ricote que se halló presente á esta plática) hay que esperar en favores, ni en dádivas; porque con el gran D. Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, á quien dió Su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, ni promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vé que todo el cuerpo de nuestra Nacion está contaminado, y podrido, usa con él ántes de cauterio que abrasa, que de ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida execucion el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes, y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros; que como

mo raiz escondida con el tiempo venga despues á brotar, y á echar frutos venenosos en España, yá limpia, yá desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia: heroyca resolucion del Gran Filipo Tercero, é inaudita prudencia en haverla encargado al tal D. Bernardino de Velasco. Una por una, yo haré, puesto hallá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido (dixo D. Antonio): D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un Monasterio; y yo sé que el señor Visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta vér como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar á Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de vér á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Felix con la muger de D. Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quixote, y Sancho, que

fue

fue de allí á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Huvo lágrimas, huvo suspiros, desmayos, y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco, que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quixote, y Sancho despues, como se ha dicho: D. Quixote desarmado, y de camino: Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPITULO CXIX.

De lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona volvió D. Quixote á mirar el sitio donde havia caido, y dixo: Aquí fue Troya: aquí mi desdicha, y no mi cobardia se llevó mis alcanzadas glorias: aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas, y revueltas: aquí se obscurecieron mis hazañas: aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes corazones es, señor mio, te-

tener sufrimiento en las desgracias, como alegria en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si quando era Gobernador, estaba alegre, ahora que soy escudero de á pie, no estoy triste; porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha, antojadiza, y sobre todo ciega, y así no vé lo que hace, ni sabe á quien derriba, ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quixote: muy á lo discreto hablas: no sé quien te lo enseña; lo que sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas, ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura: yo lo he sido de la mia; pero no con la prudencia necesaria; y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante: atrevíme en fin: hice lo que pude: derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Caballero Andante,

atre-

atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditaba mis hechos: agora, quando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mis promesas. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva, é incite á hacer grandes jornadas. Dexémos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, harémos las jornadas como vuestra merced las pidiere, y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quixote: cuélguense mis armas por trofeos, y al pie de ellas, ó al rededor de ellas gravarémos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,
Que estár no pueda
Con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos havia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él, ni las armas, replicó D. Quixote, quiero que se ahorquen; porque no se diga que á buen servicio, mal galardon. Muy bien dice vuestra merced, respondió Sancho; porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues de este suceso vuestra merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no rebienten sus iras por las yá rotas, y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones, y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorvase su camino: y al quinto dia á la entrada de un Lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Quando llegaba á ellos D. Quixote, un Labrador alzó la voz, diciendo: Alguno de estos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Sí di-

diré por cierto, respondió D. Quixote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es, pues el caso, dixo el Labrador, señor bueno, que un vecino de este Lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa mas que cinco: fue la condicion que havian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y haviéndole preguntado al desafiador cómo se havia de igualar el peso, dixo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro acuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dixo á esta sazon Sancho, ántes que D. Quixote respondiese, y á mí, que há pocos dias que salí de ser Gobernador, y Juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dár parecer en todo pleyto. Responde en buen hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traygo alborotado, y trastornado el juicio. Con esta licencia, dixo Sancho á los Labradores, que estaban muchos al rededor de él la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no

lleva camino , ni tiene sombra de justicia alguna : porque si es verdad lo que se dice , que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales que le impidan , ni estorven el salir vencedor ; y así es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, entresaque, pula, y atilde , y saque seis arrobas de sus carnes de aquí , ú de allí de su cuerpo , como mejor le pareciere , y estuviere , y de esta manera , quedando en cinco arrobas de peso , se igualará , y ajustará con las cinco de su contrario , y así podrán correr igualmente. Voto á tal , dixo un Labrador , que escuchó la sentencia de Sancho , que este señor ha hablado como un bendito , y sentenciado como un Canónigo ; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes , quanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran , respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne , y échese la mitad de la apuesta en vino , y llevemos estos señores á la Taberna de lo caro , y sobre mí la capa quando llueva. Yo , señores , respondió D. Quixote , os lo agradezco ; pero no puedo detenerme un punto,

to, porque pensamientos, y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso; y así, dando de espuelas á Rocinante, pasó adelante, dexándoles admirados de haver visto, y notado, así su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los Labradores dixo: ¿Si el criado es tan discreto, quál debe de ser el amo? Yo apostaré que si ván á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte: que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura; y quando menos se piensa el hombre, se halla con una Vara en la mano, ó con una Mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo, y mozo en mitad del campo al cielo raso, y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello, y una azcona, ó chuzo en la mano: propio talle de correo de á pie; el qual como llegó junto á D. Quixote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dixo con muestras de mucha alegria: ¡O mi se-

ñor D. Quixote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, quando sepa que vuestra merced vuelve á su castillo, que todavia se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quixote, ni sé quien sois, si vos no me lo decís. Yo, señor D. Quixote, respondió el Correo, soy Tosilos, el Lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dixo D. Quixote: ¿Es posible que sois vos el que los encantadores, mis enemigos, transformaron en ese Lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el Cartero, que no huvo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan Lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos Lacayo salí de ella: yo pensé casarme sin pelear, por haverme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuestra merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haver contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas

ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es yá Monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virrey, que le envia mi amo. Si vuestra merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé quantas rajitas de queso de tronchon, que servirán de llamativo, y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el convite, dixo Sancho, y eche el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho, y pesar de quantos encantadores hay en las Indias. En fin, dixo D. Quixote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este Correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el Lacayo, desenvaynó su calabaza, desalforjó sus rajas; y sacando un panecillo, él, y Sancho se sentaron sobre la hierba verde, y en buena paz, y compaña despavilaron, y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan

tan buenos alientos que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia á queso. Dixo Tosilos á Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. Cómo debe? respondiò Sancho: no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero qué aprovecha, y mas agora que vá rematado, porque vá vencido del Caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le havia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dexar que su amo le esperase; que otro dia, si se encontrasen, havria lugar para ello; y levantándose, despues de haver sacudido el sayo, y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios, dexó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un arbol le estaba esperando.

CA-

CAPITULO CXX.

De la resolucion que tomó D. Quixote de hacerse pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos, y buenos.

SI muchos pensamientos fatigaban á D. Quixote ántes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del arbol estaba (como se ha dicho), y allí como moscas á la miel le acudian, y picaban pensamientos: unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que havia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del Lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dixo D. Quixote, que todavia pienses, ó Sancho, que aquel sea verdadero Lacayo? Parece que se te ha ido de la mente haver visto á Dulcinea convertida, y transformada en Labradora, y al Caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora: ¿Preguntaste á ese Tosilos qué dicen que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia,

ó

ó si ha dexado yá en manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban ? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. Cuerpo de mí, señor : ¿ está vuestra merced ahora en términos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo D. Quixote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento : bien puede ser que un Caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien al parecer Altisidora: dióme los tres tocadores que sabes: lloró en mi partida : maldíxome : vituperóme: quexóse á despecho en la vergüenza públicamente : señales todas de que me adoraba ; que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darla, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea ; y los tesoros de los Caballeros Andantes son como los de los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darla estos acuerdos que de ella tengo, sin perjuicio pero de los que tengo de Dul-

Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si vá á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que vér con los desencantos de los encantados, que es como si dixésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en quantas Historias vuestra merced ha leido, que tratan de la Andante Caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí, ó por no, yo me los daré quando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quixote, y los cielos te den gracia para que caygas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros; y reconociéndole D. Quixote, dixo á Sancho: Este es el prado donde topamos á las bizarras Pastoras, y ga-

gallardos Pastores, que en él querian renovar, é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo, como discreto; á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, ó Sancho! que nos convirtiésemos en Pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido: yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral exercicio son necesarias; y llamándome yo el Pastor Quixotiz, y tú el Pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó yá de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios: darannos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, á pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos, y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par
diez,

diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida; y mas que no la ha de haver aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco, y Maese Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguir, y hacerse Pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarse. Tú has dicho bien, dixo D. Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio (como entrará sin duda), el Pastor Sansonino, ó yá el Pastor Carrascon: el Barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como yá el antiguo Boscan se llamò Nemoroso: al Cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el Pastor Curiambro. Las Pastoras de quienes hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora quadra, así al de Pastora, como al de Princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerla otro, sino el de Teresona, que la vendrá

drá bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y mas que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas agenas. El Cura no será bien que tenga Pastora, por dar buen exemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios! dixo D. Quixote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos! qué de gaytas zamoranas! qué de tamborines! qué de sonajas, y qué de rabeles! ¡Pues qué, si de estas diferencias de música resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quixote, unas chapas á modo de candeleros de azofar, que dando una con otra, por lo vacío, y hueco hace un són, si no muy agradable, ni harmónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta, y del tamborin; y este nombre albogues es Morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua Caste-

tellana comienzan en *Al*: conviene á saber, Almohaza, Almorzar, Alhombra, Alguacil, Alucema, Almacen, Alcancía, y otros semejantes, que deben ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra lengua, que son Moriscos, y acaban en *i*, y son Borceguí, Zaquizamí, y Maravedí. Alhelí, y Alfaquí, tanto por el *Al* primero, como por el *i*, en que acaban, son conocidos por Arábigos. Esto te he dicho de paso, por havérmelo reducido á la memoria la ocasion de haver nombrado Albogues; y hanos de ayudar mucho á poner en perfeccion este exercicio el ser yo algun tanto Poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas, y collares de Poeta: y que las tenga tambien Maese Nicolas no dudo en ello, porque todos, ó los mas son guitarristas, y copleros. Yo me quexaré de ausencia: tú te alabarás de firme enamorado: el Pastor Carrascon de desdeñado; y el Pastor Curiambro de lo que él mas puede servirse; y así andará la cosa, que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgracia-

ciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea. ¡O qué polidas cucharas tengo de hacer quando Pastor me vea! qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas, y qué de zarandajas pastoriles, que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexarán de grangeármela de ingenioso! Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y hay Pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores, y los no buenos deseos por el campo, como por las Ciudades, y por las pastorales chozas, como por los Reales Palacios; y quitada la causa, se quita el pecado; y ojos que no vén, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo D. Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto, y castigábame mi madre, y yo trompógelas. Paré-

réceme, respondió Sancho, que vuestra merced es como lo que dicen dixo la sarten á la caldera, quítate allá, ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuestra merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quixote, yo traygo los refranes apropósito, y vienen quando los digo como anillo en el dedo; pero traéslos tú tan por los cabellos que los arrastras, y no los guias: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene apropósito, ántes es disparate, que sentencia; pero dexémonos de esto, y pues yá viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la Andante Caballería, usadas en las selvas, y en los montes; si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos, y casas, así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del Rico Camacho, y de D. Anto-

nio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO CXXI.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quixote.

ERA la noche algo oscura, puesto que la Luna estaba en el cielo; pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se vá á pasear á los Antípodas, y dexa los montes negros, y los valles oscuros. Cumplió D. Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo: bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexîon, y pocos cuidados. Los de D. Quixote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dixo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion: yo imagino, que eres hecho de marmol, ú de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno: yo velo quando tú duermes, yo llo-

lloro quando tú cantas, yo me desmayo de ayuno, quando tú estás perezoso, y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo, y denuedo agradecido date trescientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos, como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando: yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al exercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra Aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline; ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música: vuestra merced me dexe dormir, y no me apriete en lo de azotarme, que

me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡O alma endurecida! O escudero sin piedad! O pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te hecho, y pienso hacer! Por mí te has visto Gobernador, y por mí te vés con esperanzas propinquas de ser Conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem.* No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor; y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran: balanza, y peso que iguala al Pastor con el Rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dixo D. Quixote, tan elegantemente

co-

como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah, pesia tal (replicó Sancho) señor nuestro amo! no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haver entre los mios, y los suyos esta diferencia, que los de vuestra merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban, quando sintieron un sordo estruendo, y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se estendia. Levantóse en pie D. Quixote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debaxo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado D. Quixote. De punto en punto iba creciendo el ruido, y llegándose cerca á los dos temerosos (á lo menos el uno, que del otro yá se sabe su valentía). Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los quales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que

llevaban, el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oidos de D. Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la estendida, y gruñidora piara; y sin tener respeto á la autoridad de D. Quixote, ni á la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando, no solo á D. Quixote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion, y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho, y á D. Quixote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores, y descomedidos puercos, que yá havia conocido que lo eran. D. Quixote le dixo: Déxalos estár, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es que un Caballero Andante vencido le coman adivas, y le piquen abispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los Escuderos de los Caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les em-

embista la hambre. Si los Escuderos fuéramos hijos de los Cabelleros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzára la pena de sus culpas, hasta la quarta generacion; ¿pero qué tienen que vér los Panzas con los Quixotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quixote, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un Madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dán lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos: vuestra merced coplee quanto quisiere, que yo dormiré quanto pudiere. Y luego tomando en el suelo todo quanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvase. D. Quixote, arrimado á un tronco de una haya, ú de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era), al són de sus mismos

sus-

suspiros cantó de esta suerte:

Amor, quando yo pienso
En el mal que me dás terrible, y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso:
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida:
¡O condicion no oida
La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos suspiros, y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenian traspasado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia: dió el Sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y esperezóse, sacudiéndose, y estirándose los perezosos miembros. Miró el destrozo que havian hecho los puercos en su repostería, y maldixo la piara, y aun mas adelante. Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y quatro, ó cinco
de

de á pie. Sobresaltóse el corazon de D. Quixote, y azoróse el de Sancho, porque la gente, que se les llegaba, trahia lanzas, y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quixote á Sancho, y díxole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promesa no me huviera atado los brazos, esta máquina, que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á D. Quixote, y se las pusieron á las espaldas, y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pie, antecogiendo á Sancho, y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quixote; el qual dos, ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian? Pero apenas comenzaba á mover los labios, quando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo,

mo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron que de quando en quando les decian: Caminad, Trogloditas: callad, Bárbaros: pagad, Antropófagos: no os quexeis, Scitas; ni abrais los ojos, Polifemos matadores, Leones carniceros; y otros semejantes á estos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo, y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿Nosotros Tortolitas? Nosotros Barberos, ni estropajos? Nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres: á mal viento vá esta parva: todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quixote embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los quales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche á un castillo, que bien

bien conoció D. Quixote, que era el del Duque, donde havia poco que havian estado. ¡Válame Dios! (dixo así como conoció la estancia) y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO CXXII.

Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande Historia avino á D. Quixote.

APeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso, y arrebatadamente á Sancho, y á D. Quixote, los entraron en el Palacio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones; y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche (que se mostraba algo oscura) no se echaba de vér la falta del dia. En medio del patio se levan-

vantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata: encima del qual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personages, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban señales de ser algunos Reyes, yá verdaderos, ó yá fingidos. Al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las quales los que traxeron los presos sentaron á D. Quixote, y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos, que asimismo callasen; pero sin que se lo señaláran, calláran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando los tenia

ata-

atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de D. Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huéspedes, los quales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos, que parecian Reyes. ¿Quién no se havia de admirar con esto, añadiéndose á ello haver conocido D. Quixote, que el cuerpo muerto, que estaba sobre el túmulo, era de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levantaron D. Quixote, y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un Ministro; y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego; y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio; y díxole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza, ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abaxo: veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la co-

ro-

rona, vióla pintada de diablos, y volviósela á poner, diciendo entre sí: Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien D. Quixote; y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexó de reirse de vér la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir al parecer debaxo del túmulo un són sumiso, y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando, y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadaver, un hermoso mancebo, vestido á lo Romano, que al són de una harpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima, y clara voz estas dos Estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de D. Quixote;
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote;
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta, y de anascote,
Cantaré su belleza, y su desgracia
Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura, que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;

Mas

Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio Lago conducida,
Celebrándote irá ; y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dixo á esta sazon uno de los dos que parecian Reyes. No mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte, y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente ; y así, ó tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Leto, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado, acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y declára lo luego, porque no se nos dilate el bien, que en su nueva vuelta esperamos. Apenas huvo dicho esto Minos, Juez, y compañero de Radamanto, quando en levantándose en pie Radamanto, dixo: Ea, Ministros de esta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos trás otros, y sellad el rostro de Sancho con

veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos, brazos, y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompió el silencio, y dixo: Voto á tal, así me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme Moro. Cuerpo de mí! ¿qué tiene que vér manosearme el rostro con la resurreccion de esta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: ¡encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante! ¡Múerese Altisidora de males que Dios quiso darla, y hanla de resucitar con hacerme á mí veinte y quatro mamonas, y acrivarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos con pellizcos! Esas burlas á un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto: ablándate, tygre: humíllate, Nembrot soberbio, y sufre, y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio: mamonado has de ser, acrivillado te has de vér, pellizcado has de gemir. Ea, digo, Ministros, cumplid mi mandamiento: si no, por la fé de hombre de bien, que haveis de vér para lo que nacis-

cisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, unas tras otras: las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como ahora se usa). No las huvo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podré yo dexarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mismo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentiré, si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quixote, diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y dá gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo, por haver puesto tal virtud en tu persona, que con el martyrio de ella desencantes los encantados, y resucites los muertos. Yá estaban las dueñas cerca de Sancho, quando él, mas blando, y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro, y barba á la primera; la qual

le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos muda, señora dueña (dixo Sancho), que por Dios que traheis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres; y así se levantó de la silla, al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, Ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martyrios. En esto Altisidora, que debia de estár cansada, por haver estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado. Visto lo qual por los circunstantes, casi todos á una voz dixeron: Viva es Altisidora: Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho, que depusiese la ira, pues yá se havia alcanzado el intento que se procuraba. Así como D. Quixote vió rebullir á Altisidora, se fue á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te dés algunos de los azotes que estás obligado
á

á dar por el desencanto de Dulcinea. Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien, que de tí se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre ojuelas. Bueno seria que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos, viniesen ahora los azotes. No tienen mas que hacer, sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo; de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la baca de la boda. Déxenme, si no, por Dios que lo arroje, y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Yá en esto se havia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, á quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora: Altisidora viva. Levantáronse los Duques, y los Reyes Minos, y Radamanto, y todos juntos con D. Quixote, y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á baxarla del túmulo; la qual haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques, y á los Reyes; y mirando de través á D. Quixote, le dixo: Dios te lo

perdone, desamorado Caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, mas de mil años; y á tí, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida, que poseo: dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias, que te mando, para que hagas otras seis para tí; y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la coroza en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque, que le dexase la ropa, y mitra, que las queria llevar á su tierra por señal, y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dexarian, que yá sabia él quán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á D. Quixote, y á Sancho los llevasen á las que ellos yá sabian.

CA-

CAPITULO CXXIII.

Que sigue al ciento veinte y dos, y trata de cosas no escusadas para la claridad de esta Historia.

DUrmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quixote: cosa que él quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le havia de dexar dormir á preguntas, y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martyrios pasados los tenia presentes, y no le dexaban libre la lengua; y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas huvo entrado su señor en el lecho, quando dixo: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso de esta noche? Grande, y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor,

gor, y el desdén, con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena quando quisiera, y como quisiera, respondió Sancho, y dexárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza, que discreta, tenga que vér (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara, y distintamente, que hay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo eso suplico á vuestra merced me dexe dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quixote, si es que te dán lugar los alfilerazos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, respondió Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por havérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuestra merced me dexe dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dixo D. Quixote, Dios te acompañe. Dur-

miéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir, y dar cuenta Cide Hamete, Autor de esta grande Historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice, que no haviéndosela olvidado al Bachiller Sanson Carrasco, quando el Caballero de los Espejos fue vencido, y derribado por D. Quixote, cuyo vencimiento, y caida borró, y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del page, que llevó la carta, y presente á Teresa Panza, muger de Sancho, adonde D. Quixote quedaba, buscó nuevas armas, y caballo, y puso en el escudo la Blanca Luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un Labrador; y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho, ni de D. Quixote. Llegó, pues, al castillo del Duque, que le informó el camino, y derrota, que D. Quixote llevaba, con intento de hallarse en las Justas de Zaragoza. Díxole asimismo las burlas que le havia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que havia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En

fin

fin dióle cuenta de la burla que Sancho havia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada, y transformada en Labradora; y como la Duquesa su muger havia dado á entender á Sancho, que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea: de que no poco se rió, y admiró el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quixote. Pidióle el Duque, que si le hallase, y le venciese, ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el Bachiller. Partióse en su busca: no le halló en Zaragoza: pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que yá D. Quixote volvia á cumplir como buen Caballero Andante la palabra de retirarse un año en su Aldea; en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachiller, que sanase de su locura: que esta era la intencion que le havia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima, que un hidalgo tan bien entendido como D. Quixote, fuese loco. Con esto se despidió del

del Duque, y se volvió á su Lugar, esperando en él á D. Quixote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho, y de D. Quixote: y haciendo tomar los caminos cerca, y lexos del castillo, por todas las partes que imaginó que podria volver D. Quixote con muchos criados suyos de á pie, y de á caballo, para que por fuerza, ú de grado le traxesen al castillo, si le hallasen. Halláronle: dieron aviso al Duque, el qual yá prevenido de todo lo que havia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad á ellos havia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores, como los burlados; y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los quales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia, y la gana de levan-

tar-

tarse: que las ociosas plumas ni vencido, ni vencedor jamás dieron gusto á D. Quixote. Altisidora (en la opinion de D. Quixote vuelta de muerte á vida), siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda, que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrado de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro, y finísimo évano, entró en el aposento de D. Quixote; con cuya presencia turbado, y confuso se encogió, y cubrió casi todo con las sábanas, y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haver dado un gran suspiro, con voz tierna, y debilitada, le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quixote de la Mancha, soy una de estas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo esto sufrida, y honesta, tanto,

que

que por serlo tanto rebentó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que la consideracion del rigor con que me has tratado (¡ó mas duro que mármol á mis quexas, empedernido Caballero!) he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martyrios de este buen escudero, allá me quedára en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, qué es lo que vió en el otro mundo? qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el Infierno; que si allá entrára, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera. La verdad es, que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas, y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas vueltas de lo mismo,

mo, que les servian de puños, con quatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego; y lo que mas me admiró fue, que les servian en lugar de pelotas libros al parecer llenos de viento, y de borra: cosa maravillosa, y nueva. Pero esto no me admiró tanto, como el vér que siendo natural de los jugadores el alegrarse los ganānciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban, y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen, ó no jueguen, nunca pueden estár contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora. Mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir, me admiró entónces), y fue, que al primer boléo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez; y así menudeaban libros nuevos, y viejos, que era una maravilla. A uno de ellos, nuevo, flamante, y bien enquadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y esparcieron las hojas con gran furor por el ayre. Dixo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese. Y el dia-

diablo le respondió: Esta es la *Segunda Parte de la Historia de D. Quixote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abysmos del Infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertára. Prosiguieron su juego, peloteando otros libros; y yo por haver oido nombrar á D. Quixote, á quien tanto adamo, y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dixo D. Quixote, porque no hay otro yo en el mundo, y yá esa Historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna, porque todos la dán del pie. Yo no me he alterado en oir que anda como cuerpo fantástico por las tinieblas del abysmo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa Historia trata: si ella fuere buena, fiel, y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura

ra

ra no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quexarse de Don Quixote, quando la dixo D. Quixote: Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados (si los huviera) me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: Vive el señor D. Bacallao, alma de almirez, cuesco de datil, mas terco, y duro que villano rogado, quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, Don Vencido, y Don Molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que haveis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger que por semejantes camellos havia de dexar que me doliese un negro de la uña,

uña, quanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dixo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas. Estando en estas pláticas entró el Músico, Cantor, y Poeta, que havia cantado las dos yá referidas estancias el qual haciendo una gran reverencia á D. Quixote, dixo: Vuestra merced, señor Caballero, me cuente, y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. D. Quixote le respondió: Vuestra merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que el Músico, y Panegyrico de la noche ántes. Por cierto, replicó D. Quixote, vuestra merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy apropósito: porque ¿qué tienen que vér las estancias de Garcilaso, con la muerte de esta señora? No se maraville vuestra merced de eso, respondió el Músico, que yá entre los intonsos Poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, ó no venga

á pelo de su intento; y yá no hay necedad que canten, ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quixote, pero estorváronlo el Duque, y la Duquesa, que entraron á verle, entre los quales pasó una larga, y dulce plática; en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quixote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos Caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda, que no Reales Palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El respondió: Señora mia, sepa vuestra Señoría que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el Infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las dexe de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imagen, ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este

es

es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera, que por amor se haya muerto: que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cabando, no me acuerdo de mí oíslo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar de ese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no vér delante de mis ojos, no yá su triste figura, sino su fea, y abominable catadura. Eso me parece, dixo el Duque, á lo que suele decirse: porque aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo; y haciendo reverencia á sus se-

ñores, se salió del aposento. Mándote yo, dixo Sancho, pobre doncella: mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fé que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse D. Quixote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPITULO CXXIV.

De lo que le sucedió á D. Quixote con su Escudero Sancho yendo á su Aldea.

IBA el vencido, y asendereado D. Quixote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra: causaba su tristeza el vencimiento; y la alegria, el considerar en la virtud de Sancho, como lo havia mostrado en la resurreccion de Altisidora; aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba Sancho nada alegre, porque le entristecia vér que Altisidora no le havia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo, y viniendo en esto, dixo á su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado Médico que se debe de hallar en el mundo, en el

el qual hay Fisicos , que con matar al enfermo que curan , quieren ser pagados de su trabajo , que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas , que no las hace él , sino el Boticario , y cátalo cantusado ; y á mí , que la salud agena me cuesta gotas de sangre , mamonas, pellizcos , alfilerazos , y azotes , no me dan un ardite ; pues yo les voto á tal , que si me trahen á las manos otro algun enfermo , que ántes que le cure me han de untar las mias : que el Abad de donde canta yanta ; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon , Sancho amigo , respondió D. Quixote , y halo hecho muy mal Altisidora en no haverte dado las prometidas camisas ; y puesto que tu virtud es *gratis data* , que no te ha costado estudio alguno , bien que mas que estudio es recibir martyrios en tu persona; de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcina, yá te la huviera dado tal como buena; pero no sé si vendria bien con la cura la paga , y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me pa-

rece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana; y dixo á su amo: Ahora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuestra merced en lo que desea, con provecho mio; que el amor de mis hijos, y de mi muger me hace que me muestre interesado. Dígame vuestra merced ¿quánto me dará por cada azote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, respondió D. Quixote, conforme lo que merece la grandeza, y caridad de este remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil trescientos y tantos: de estos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á quartillo cada uno (que no llevaré menos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trescientos

quar-

quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales; que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuestra merced, y entraré en mi casa rico, y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas; y no digo mas. O Sancho bendito! ó Sancho amable! respondió D. Quixote; y quán obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida, si ella vuelve al sér perdido! (que no es posible sino que vuelva) Su desdicha havrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, quándo quieres comenzar la disciplina; que porque la abrevies te añado cien reales. Quándo? replicó Sancho, esta noche sin falta procure vuestra merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas

das del carro de Apolo se havian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo ocostumbrado; bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde dexando vacías la silla, y albarda de Rocinante, y el rucio, se tendieron sobre la verde hierba, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual haciendo del cabestro, y de la jáquima del rucio un poderoso, y flexîble azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quixote que le vió ir con denuedo, y con brio, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos: dá lugar que unos azotes aguarden á otros: no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento: quiero decir que no te dés tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estaré desde aquí contando por este mi rosario los azotes que te dieres: favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho: yo pien-

pienso darme de manera que sin matarme me duela; que en esto debe de consistir la sustancia de este milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó D. Quixote á contar los azotes. Hasta seis, ú ocho se havria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio de ella; y deteniéndose un poco, dixo á su amo que se llamaba engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no á quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dixo D. Quixote, que yo doblo la parada del precio. De ese modo, dixo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dexó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quixote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ga-

nó

nó Zamora en una hora: mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: basten por ahora, que el asno (hablando á lo grosero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí, á dineros pagados, brazos quebrados: apártese vuestra merced otro poco, y déxeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas de estas havremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dixo D. Quixote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea, con tanto denuedo, que yá havia quitado las cortezas á muchos árboles (tal era la riguridad con se azotaba); y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: Aquí morirá Sanson, y quantos con él son. Acudió D. Quixote luego al són de la lastimada voz, y del golpe del rigoroso azote; y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corvacho á Sancho, le dixo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu muger, y á tus hijos: espere Dulcinea

nea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buen hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hízolo así D. Quixote, y quedándose en pelota, abrigó á Sancho; el qual se durmió hasta que le despertó el Sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un Lugar, que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un Meson, que por tal le reconoció D. Quixote, y no por castillo de cabahonda, torres, rastrillos, puente levadiza; que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baxa, á quien servian de guadamaciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las Aldeas. En una de ellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, quando el huésped atrevido se la llevó á Menelao; y en otra estaba la Historia de Dido,

y

y Eneas: ella sobre una alta torre, como que hacia señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una Fragata, ó Bergantin se iba huyendo. Notó en las dos Historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa, y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual D. Quixote, dixo: Estas dos señoras fueron desdichadas por no haver nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haver nacido en la suya. Si encontrára á aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida; pues con solo que yo matára á Páris, se escusáran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haver Bodegon, Venta, ni Meson, ó Tienda de Barbero donde no ande pintada la Historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dixo D. Quixote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban qué pintaba? Respondia: Lo que saliere; y si por

por ventura pintaba un gallo, escribia debaxo: Este es gallo; porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor, ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la Historia de este nuevo D. Quixote, que ha salido; que pintó, ó escribió lo que saliere; ó havrá sido como un Poeta, que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente á quanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*? Respondió: Dé donde diere. Pero dexando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ó al cielo abierto. Par diez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, lo mismo se me dá en casa que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió D. Quixote, sino que para que tomes fuerzas, lo hemos de guardar para nuestra Aldea, que á lo mas tarde llegarémos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su

gus-

gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y á Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas valia un toma, que dos te daré; y el pajaro en la mano, que buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo D. Quixote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, y á lo intrincado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no parezca razon; pero yo me enmendaré, si pudiere: y con esto cesó por entónces su plática.

CAPITULO CXXV.

De como D. Quixote, y Sancho llegaron á su Aldea.

TOdo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel Lugar, y Meson D. Quixote, y Sancho: el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina; y el otro para ver el fin de ella, en

en el qual consistia el de su deseo. Llegó en esto al Meson un caminante á caballo, con tres, ó quatro criados: uno de los quales dixo al que señor de ellos parecia: Aquí puede vuestra merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia, y fresca. Oyendo esto D. Quixote, le dixo á Sancho: Mira, Sancho: quando yo ojeé aquel libro de la Segunda Parte de mi Historia, me parece que de paso topé allí este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho; dexémosle apear, que despues se lo preguntarémos. El Caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quixote, la huéspeda le dió una sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de D. Quixote. Púsose el recien venido Caballero á lo de Verano; y saliéndose al portal del Meson, que era espacioso, y fresco, por el qual se paseaba D. Quixote, le preguntó: ¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre? Y D. Quixote le respondió: A una Aldea, que está aquí cerca, de donde soy natural. ¿Y vuestra merced dónde camina? Yo, señor, respondió el Caballero,

voy

voy á Granada, que es mi patria. Y buena Patria, replicó D. Quixote; pero dígame vuestra merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó D. Quixote: Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe, que anda impreso en la Segunda Parte de D. Quixote de la Mancha, recien impreso, y dado á la luz del mundo por un Autor moderno. El mismo soy, replicó el Caballero; y el tal D. Quixote, sugeto principal de la tal Historia, fue grandísimo amigo mio; y yo fuí el que le saqué de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas Justas á Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que le palmease el verdugo las espaldas, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuestra merced, señor D. Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal D. Quixote, que vuestra merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. ¿Y ese D. Quixote, dixo el nuestro, trahia

hia consigo algun escudero llamado Sancho Panza? Sí trahia, respondió D. Alvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dixo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion, y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas; y si no, haga vuestra merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales, y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á quantos me escuchan: y el verdadero D. Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos, y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo qualquier otro D. Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burlería, y cosa de sueño. Por Dios

que lo creo, respondió D. Alvaro; porque mas gracias haveis dicho vos, amigo, en quatro razones que haveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le he oido hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon, que de bien hablado; y mas de tonto, que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores, que persiguen á D. Quixote el bueno, han querido perseguirme á mí con D. Quixote el malo; pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dexo metido en la casa del Nuncio de Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro D. Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo D. Quixote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor D. Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes por haverme dicho que ese D. Quixote fantástico se havia hallado en las Justas de esa Ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, alvergue de los estrangeros, hospital de los pobres, pa-

tria

tria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza única; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haverla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tarfe, yo soy D. Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: á vuestra merced suplico, por lo que debe á ser Caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde de este Lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que no soy yo el D. Quixote impreso en la Segunda Parte; ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Alvaro, puesto que cause admiracion vér dos D. Quixotes, y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

Sin duda, dixo Sancho, que vuestra merced debe de estár encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al Cielo, que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dixo D. Alvaro; y Sancho le respondió que era largo de contar, pero que él se lo contaria, si acaso iban un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos D. Quixote, y D. Alvaro: entró acaso el Alcalde del Pueblo en el Meson con el Escribano, ante el qual Alcalde pidió D. Quixote por una peticion, de que á su derecho convenia que D. Alvaro Tarfe, aquel Caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á D. Quixote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una Historia intitulada: *Segunda Parte de D. Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente el Alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse;

con lo que quedaron D. Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importára mucho semejante declaracion, y no mostrára claro la diferencia de los dos D. Quixotes, y la de los dos Sanchos sus obras, y sus palabras. Muchas cortesías, y ofrecimientos pasaron entre D. Alvaro, y D. Quixote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo que desengañó á D. Alvaro Tarfe del error en que estaba; el qual se dió á entender que debia de estár encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quixotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel Lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la Aldea de D. Quixote, y el otro el que havia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quixote la desgracia de su vencimiento, el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á D. Alvaro; el qual abrazando á D. Quixote, y á Sancho, siguió su camino, y D. Quixote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dár lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo

que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto que no pudieran quitar los azotes á una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que havia madrugado el Sol á vér el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de D. Alvaro, y de quán bien acordado havia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan auténticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue que en aquella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por vér si en el camino topaba yá desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldea; la qual vista de Sancho, se hin-

có

có de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deseada Patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado: abre los brazos, y recibe tambien tu hijo D. Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desear se puede: dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déxate de esas sandeces (dixo D. Quixote), y vamos con pie derecho á entrar en nuestro Lugar, donde darémos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron á su Pueblo.

CAPITULO CXXVI.

De los agüeros que tuvo D. Quixote al entrar en su Aldea, con otros sucesos que adornan, y acreditan esta grande Historia.

A La entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió D. Quixote, que en las heras del Lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dixo al otro: No te

canses, Periquillo, que no la has de vér en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quixote, y dixo á Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho: No la has de vér en todos los dias de tu vida? Pues bien: ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho? Qué? respondió D. Quixote: ¿no vés tú, que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar, que no tengo de vér mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, quando se lo estorvó vér que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos, y cazadores; la qual temerosa, se vino á acoger, y á agazapar debaxo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á D. Quixote, el qual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Estraño es vuestra merced, dixo Sancho. Presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en la Labradora. Ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra merced, que la tiene en sus brazos, y

la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á vér la liebre, y al uno de ellos preguntó Sancho, que por qué reñian? Y fuéle respondido por el que le havia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él havia tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la qual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quixote, diciendo: He aquí, señor, rompidos, y desbaratados estos agüeros, que no tienen que vér mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro Pueblo, que no es de personas christianas, ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuestra merced me lo dixo los dias pasados, dándome á entender, que eran tontos todos aquellos Christianos, que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra Aldea. Llegaron los Cazadores, pidieron su liebre, y diósela D. Quixote. Pasa-

saron adelante, y á la entrada del Pueblo toparon en un pradillo rezando al Cura, y al Bachiller Carrasco; y es de saber, que Sancho havia echado sobre el rucio, y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tan bien la coroza en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del Cura, y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse D. Quixote, y abrazólos estrechamente; y los muchachos, que son linces no escusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: Venid, muchachos, y vereis al asno de Sancho mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quixote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de muchachos, y acompañados del Cura, y del Bachiller entraron en el Pueblo, y se fueron en casa de D. Quixote, y hallaron á la puerta de ella al ama, y á la sobrina, á quien yá havian llegado las nuevas de

su

su venida. Ni mas ni menos se las havian dado á Teresa Panza, muger de Sancho, la qual desgreñada, y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á vér á su marido; y viéndole no tan bien deliñado, como ella se pensaba que havia de estár un Gobernador, le dixo: ¿Cómo venis así, marido mio, que me parece que venis á pie, y despeado, y mas traheis semejanza de desgobernado, que de Gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas, no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas: dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Trahed vos dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aquí, ó por allí, que como quiera que los hayais ganado, no havreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si trahia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dexando á D. Quixote en la suya en poder de su sobrina, y de su ama, y en

com-

compañia del Cura, y del Bachiller. D. Quixote, sin aguardar términos, ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller, y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que havia quedado de no salir de su Aldea en un año, la qual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como Caballero Andante, obligado por la puntualidad, y órden de la Andante Caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año Pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, y exercitarse en el pastoral virtuoso exercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas, y ganado suficiente, que les diese nombre de Pastores: y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Díxole el Cura que los dixese. Respondió D. Quixote, que él se havia de llamar el Pastor Quixotiz; y el Bachi-

chiller el Pastor Carrascon ; y el Cura el Pastor Curambro ; y Sancho Panza el Pastor Pancino. Pasmáronse todos de vér la nueva locura de D. Quixote ; pero porque no se les fuese otra vez del Pueblo á sus Caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, condescendieron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su exercicio ; y mas, dixo Sanson Carrasco, que como yá todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo Poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales, donde havemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios, es, que cada uno escoja el nombre de la Pastora, que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos arbol, por duro que sea, donde no la rotule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados Pastores. Eso está de molde, respondió D. Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la her-

hermosura, nata de los donayres, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hypérbole que sea. Así es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: Y quando faltáre, darémosles los nombres de las estampadas, é impresas, de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas, y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama (ó por mejor decir mi pastora) por ventura se llamáre Ana, la celebraré debaxo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar á su muger Teresa Panza con nombre de Teresayna. Rióse D. Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañia todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de él, y

y le rogaron, y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte, que su sobrina, y el ama oyeron la plática de los tres; y así que se fueron, se entraron entrambas con D. Quixote, y la sobrina le dixo: ¿Qué es esto, señor tio? ¿Ahora que pensábamos nosotras, que vuestra merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo, tú que vienes pastorcico, tú que vás? Pues en verdad que está yá duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: ¿Y podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del Verano, los serenos del Invierno, el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es exercicio, y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas, y mantillas; aun mal por mal, mejor es ser Caballero Andante, que Pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estár harta de pan, y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese amenudo, favorezca á los pobres, y sobre

mi

mi ánima, si mal le fuere. Callad, hijas, las respondió D. Quixote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto, que ahora sea Caballero Andante, ó Pastor por andar, no dexaré siempre de acudir á lo que huviéredes menester, como lo veréis por la obra. Y las buenas hijas (que lo eran sin duda), ama, y sobrina le llevaron á la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible.

CAPITULO CXXVII.

De como D. Quixote cayó malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.

COmo las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion en sus principios, hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de D. Quixote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin, y acabamiento, quando él menos lo pensaba: porque, ó yá fuese de la melancolía, que le causaba el verse vencido; ó yá por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le ar-

arraygó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas veces del Cura, Bachiller, y Barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no vér cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller, que se animase, y levantase, para comenzar su pastoral exercicio, para el qual tenia yá compuesta una Egloga, que mal año para quantas Sanázaro havia compuesto, y que yá tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Bruton, que se los havia vendido un Ganadero del Quintanar; pero no por eso dexaba D. Quixote sus tristezas. Llamaron sus amigos al Médico: tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dixo, que por sí, ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quixote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina, y su escudero, los quales comenzaron á llo-

rar tan tiernamente, como si yá le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Médico que melancolías, y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quixote que le dexasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron (como dicen) mas de seis horas, tanto, que pensaron el ama, y la sobrina que se havia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y parecieron mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad; y preguntóle: ¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas? ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dixe, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio yá libre, y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga, y conti-

nua

nua leyenda de los detestables libros de las Caballerías. Yá conozco sus disparates, y embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte: querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no havia sido mi vida tan mala, que dexase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos, al Cura, al Bachiller Sanson Carrasco, y á Maese Nicolas el Barbero, que quiero confesarme, y hacer mi testamento. Pero de este trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió D. Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos señores, de que yo yá no soy D. Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Yá soy enemigo de Amadís de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage: yá me son odiosas todas las Historias profanas de la Andante Caballería: yá conozco mi necedad, y el peligro en que me

pusieron haverlas leido: yá, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Quando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le havia tomado. Y Sanson le dixo: ¿Ahora, señor D. Quixote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y ahora que estamos tan á pique de ser Pastores, para pasar cantando la vida como unos Príncipes, quiere vuestra merced hacerse Hermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déxese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó D. Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déxenme burlas á parte, y tráyganme un Confesor, que me confiese, y un Escribano, que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y así suplico, que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el Escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de D. Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de

las

las señales por donde conjeturaron se moria, fue el haver vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las yá dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer, que estaba cuerdo. Hizo salir á la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fue por el Escribano, y de allí á poco volvió con él, y con Sancho Panza; el qual Sancho (que yá sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor, hallando á la ama, y á la sobrina llorosas) comenzó á hacer pucheros, y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el Cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que D. Quixote fue Alonso Quixano el

Bueno á secas, y en tanto que fue D. Quixote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato; y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró el Escribano con los demás, y despues de haver hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quixote con todas aquellas circunstancias christianas que se requieren, llegando á las mandas, dixo: Iten es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (á quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que porque ha havido entre él, y mí ciertas cuentas, y dares, y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna; sino que si sobráre alguno, despues de haverse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco, fuí parte para darle el Gobierno de la Insula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merecen. Y volviéndose á Sancho, le dixo: Perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de

pa-

parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido, de que huvo, y hay Caballeros Andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuestra merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dexarse morir sin mas, ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores (como tenemos concertado), quizás tras de alguna mata hallarémos á la señora Dulcinea desencantada, que no haya mas que vér. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haver yo cinchado mal á Rocinante, le derribaron: quanto mas que vuestra merced havrá visto en sus libros de Caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos Caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dixo Sanson; y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos. Señores, dixo D. Quixote, vámonos poco á poco, pues yá en los nidos de antaño no hay pá-

pájaros ogaño: yo fuí loco, y yá soy cuerdo: fuí D. Quixote de la Mancha, y soy ahora (como he dicho) Alonso Quixano el Bueno: pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia; y prosiga adelante el señor Escribano. Iten mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quixana, mi sobrina, que está presente, haviendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dexo por mis Albaceas al señor Cura, y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Iten es mi voluntad, que si Antonia Quixana, mi sobrina, quisiese casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de Caballerías: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiese casarse con él, y se casase, pierda todo lo que la he mandado; lo qual puedan mis Albaceas distri-

tri-

tribuir en obras pias á su voluntad. Iten suplico á los dichos mis Albaceas, que si la buena suerte les traxere á conocer al Autor, que dicen que compuso una Historia, que anda por ahí, con el título de la *Segunda Parte de las Hazañas de D. Quixote de la Mancha*, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que, sin yo pensarlo, le dí, de haver escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto de esta vida con escrúpulo de haverle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio; y en tres dias que vivió despues de este en que hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho; que esto del heredar algo, borra, ó templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto. En fin llegó el último de D. Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haver abominado con muchas, y eficaces

ra-

razones de los libros de Caballerías.. Hallóse el Escribano presente, y dixo que nunca havia leido en ningun libro de Caballerías, que algun Caballero Andante huviese muerto en su lecho tan sosegadamente, y tan christiano como D. Quixote; el qual entre compasiones, y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu (quiero decir que se murió). Viendo lo qual el Cura, pidió al Escribano le diese por testimonio como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente D. Quixote de la Mancha, havia pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion á algun otro Autor que Cide Hamete Benengeli, le resucitase falsamente, é hiciese inacabables Historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar que todas las Villas, y Lugares de la Mancha contendiesen entre sí, por ahijársele, y tenérsele por suyo, como contendieron las siete Ciudades de Grecia por Homero. Déxanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina, y ama de D. Quixote: los nuevos Epitafios de su sepul-

tu-

tura , aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el Hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente , que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco,
Fue el espantajo , y el coco
Del mundo , en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo , y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dixo á su pluma : Aquí quedarás colgada de esta espetera , y de este hilo de alhambre , ni sé si bien cortada , ó mal tajada , pénola mia , adonde vivirás luengos siglos , si presuntuosos , y malandrines Historiadores no te descuelgan para profanarte ; pero ántes que á tí lleguen , les puedes advertir , y decirlos en el mejor modo que pudieres: Tate , tate , folloncicos : de ninguno sea tocada , porque esta empresa , buen Rey, para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quixote , y yo para él : él supo obrar , y yo escribir : solo los dos somos para en uno , á despe-

cho,

cho, y pesar del Escritor fingido, y Tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de abestruz, grosera, y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Caballero; porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás (si llegas á conocerle), que dexe reposar en la sepultura á los cansados, y yá podridos huesos de D. Quixote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la huesa, donde real, y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada, y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto, y beneplácito de las gentes, á cuya noticia llegaron, así en estos, como en los estraños Reynos; y con esto cumplirás con tu christiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho, y ufano de haver sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y dis-

disparatadas Historias de los libros de Caballerías, que por las de mi verdadero D. Quixote ván yá tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.

FIN

DE ESTE QUARTO TOMO.









